

la
vida
plena



joaquín martínez amor

LA VIDA PLENA

Portada:

Fotografía del Autor,
velas en una iglesia de San Sebastián,
Guipúzcoa, España.

Contraportada:

Fotografía de Ximena Martínez Toral

Diseño de portadas:

Ximena Martínez Toral

ISBN-9978-45036-X

ISBN-978-9978-45-036-9

Depósito de Autor: 024376

Impresión Digráfica S.A.
Guayaquil, Ecuador

¿Cómo puedo explicarles qué aspiro,
qué busco, qué vida anhelo vivir,
qué sueños me quitan el sueño,
qué vientos me arrastran,
qué estrella lejana quisiera seguir?

LA VIDA PLENA

joaquín martínez amador

ÍNDICE

LO QUE QUEREMOS	9
CON EL TIMÓN EN LAS MANOS	13
LOS QUE ESTÁN EN PAZ	13
ANGUSTIA E INCERTIDUMBRE	16
EL CLARO RUMBO	12
EL CAMINO BUSCADO Y ENCONTRADO	25
LO QUE SOMOS	25
EL CAMINO DE LA RAZÓN	29
EL CAMINO DEL CORAZÓN	33
LA VERDAD	37
EL CAMINO DE DIOS	40
EL PECADO	45
LA FE DEL CARBONERO	48
EL CAMINO ANGUSTIOSO	53
LA MEDIDA DEL ÉXITO	53
EN MEDIO DEL CAMBIO	58
VANIDAD Y SOBERBIA	63
EL ANSIA DE TENER	66
ESCLAVOS	70
EL CONCERNOS	74
EN LAS GARRAS DEL MAL	79
INTERESES O VALORES	79
EL RECHAZO Y LA CALUMNIA	84
LOS BROTES DEL MAL	87
CON MEZQUINDAD	91
CON EGOÍSMO	94
CON DUREZA	97
CON ODIO	100
PERDONAR Y OLVIDAR	104

CON MUCHOS OTROS	105
HUELLAS Y CANCIONES	105
VIVIR CON AMOR	109
VIVIR PARTICIPANDO	115
VIVIR SIN JUZGAR	119
VIVIR CON EL CORAZÓN ABIERTO	123
NUESTRO DIARIO AFÁN	129
NIÑOS Y GUERREROS	129
VIVIR TRABAJANDO	131
VIVIR LUCHANDO	135
VIVIR GOZANDO	140
CONTANDO NUESTRAS BENDICIONES	144
SOPORTANDO EL DOLOR	147
FRENTE A LOS LEONES	151
ESTAMOS DE PASO	151
EL EJEMPLO DE JESÚS	155
SEGÚN TU PALABRA	160

•

Este libro es mejor leerlo despacio,
a veces es cuesta arriba, como la vida.

Tiene varias fuentes:
las notas que tomé
durante un retiro espiritual
con los padres jesuitas;

las reuniones que hemos tenido
todas las semanas,
desde hace veintitrés años,
parejas amigas y un sacerdote;

buena parte de las citas provienen de
la maravillosa Antología de Textos de
Francisco Fernández Carvajal;

los versos son míos;

en el Santuario de la Virgen Milagrosa, en París,
al preguntarme cómo tratar a los
que me exasperan o me irritan o me hieren,
se me respondió:

trátalos con amor.

Este libro tiene, pues,
cinco fuentes dispares:

meditación
amistad
sabiduría
poesía
amor

No tan dispares tal vez

Silencio,
no hables y escucha,
ya viene la vida,
se escucha a lo lejos
tocar su tambor,
aromas extraños,
su luz,
su calor.

LO QUE QUEREMOS

“A los que habitan en parajes de sombras de muerte una luz les ha amanecido”.
(Isaías)

“No hay seguridad en esta vida: en tanto vivieres tienes necesidad de armas espirituales”.
(Kempis)

¿Por qué tenemos en nuestras manos, con interés o con curiosidad, un libro como este? ¿Por qué iniciamos su lectura, aunque nos da un poco de vergüenza? Sabemos por qué: no estamos del todo contentos con nuestras vidas y quisiéramos estarlo. Quisiéramos darles clara y firme dirección. Quisiéramos gobernarlas con fortaleza frente a los sobresaltos de todos los días. Quisiéramos iluminar ese pozo negro y sin fondo que la incertidumbre sobre el futuro abre dentro de nosotros. Quisiéramos estar en paz, rodeados de familiares y de amigos que amemos y que nos amen, que ayudemos y que nos ayuden, a quienes podamos abrirles a menudo nuestros corazones.

Hay vidas que sentimos mejores que las nuestras. No porque en ellas haya más dinero o más honores, sino porque las sentimos más capaces de sobrellevar, sin trastocarse, los continuos sobresaltos y la perenne incertidumbre del diario qué hacer; sobrellevar sus incomodidades, sus injusticias, sus sinsabores, sus desilusiones y sus tristezas, sin perder la alegría ni la ilusión. Sin perder la paz. ¡Cómo quisiéramos que nuestras vidas fuesen así! Cómo quisiéramos poder hacer realidad la exhortación:

Que sientas el agrio sabor del fracaso
sin que afecte en nada tu hondo sentir,
que no te envanezca el triunfo que alcances,
que tengas muy clara la ruta a seguir,
que en medio del ruido del mundo
mantengas silencios adentro de ti,
que puedas hablarte a ti mismo,
que no temas llorar si hace falta
y luego reír

Tal vez evitaríamos sobresaltos e incertidumbre si nos refugiásemos en una cueva o viviésemos en perpetua meditación. Pero esas alternativas no nos satisfacen porque, aparte de no sernos factibles, nos hace falta, nos es indispensable, compartir con otros seres humanos, estar inmersos en nuestras comunidades: amando, participando, luchando, trabajando.

Para vivir en comunidad sin perder la paz hay que aprender a vivir. No en el mundo que creemos que debería ser o que quisiéramos que sea, sino en el que es, aunque puede que no nos guste demasiado. Aunque sepamos que ni la abundancia de cosas ni la alabanza de los demás nos darán la paz que ansiamos, no queremos ni la pobreza ni la oscuridad, queremos comodidades y reconocimiento.

Queremos gozar de la vida, pero sin hacer daño a los demás, sin avergonzarnos de lo que tenemos, comparado con lo poco que tienen tantos. Queremos que los nuestros, ilos que tanto amamos!, sean felices y vivan como nosotros o mejor. Queremos ser nosotros mismos, cultivar y mostrar nuestras personalidades, pero no queremos que se nos vea como seres extraños: queremos ser aceptados. Queremos que la comunidad en que vivimos nos aprecie y nos valore. Queremos, en fin, vivir bien.

Sabemos qué nos aleja de vivir bien y queremos evitarlo, pero es harto difícil. Queremos evitar la soberbia. Queremos evitar que nos dominen la ira, los celos, el resentimiento, la envidia; no queremos abusar de los demás. No queremos ser mezquinos, no queremos ser egoístas, no queremos ser duros, no queremos estar llenos de odio, queremos aprender a soportar el dolor. Queremos tener un rumbo claro. Queremos actuar hacia los que nos rodean con amor, participando en sus vidas, sin juzgarlos, con generosidad. Queremos vivir trabajando, luchando, gozando cada momento, contando nuestras bendiciones.

Para lograrlo tenemos que meditar sobre lo que somos y adonde vamos, para entonces, llenas las mochilas de nuestros sueños y de nuestros amores, echarnos a andar por el camino que hemos descubierto, monte arriba, hasta que:

toquen las campanas
dentro de mi vida,
suenen los tambores,
en la vida mía,
se vayan las sombras,
vuelva la alegría,
ya no sepa amargo,
el paso del día.

CON EL TIMON EN LAS MANOS

LOS QUE ESTAN EN PAZ

“El que está en paz no piensa mal de nadie”.
(Kempis)

“Vosotros sois la sal de la Tierra. Vosotros sois la luz del mundo”.
(El Evangelio según San Mateo)

En el curso de nuestras vidas conocemos a muchos: egoístas y generosos, irascibles y mansos, malvados y de buen corazón. A veces, raras veces, nos encontramos con alguien que está en paz. Su manera de ver las cosas, de actuar, de reaccionar es diferente a la nuestra, a la de los demás. Lo observamos con un poco de envidia, como alguien poco corriente, con admiración. ¿Cómo lo reconocemos?

Quién está en paz tiene una infinita capacidad para perdonar y para olvidar. No guarda rencores. No ve a los otros a través de todas las veces que le hicieron desplantes o que se rieron de él o que lo rechazaron o que lo calumniaron; los ve siempre a través de un vidrio limpio y transparente.

Quien está en paz no cree que nadie está contra él. No se siente rodeado de enemigos que buscan aprovecharse de él. Se sabe más bien rodeado de seres humanos que, como él, luchan por sobrevivir en un mundo a veces sordo y ciego a sus esperanzas y aspiraciones. Los ve como compañeros de viaje, no como asaltantes de caminos. Eso hace que su relación con ellos sea fácil, sin tensiones.

Quien está en paz es alegre. No cree que si algo puede salir mal, saldrá mal. Mas bien cree que después de la tormenta siempre sale el sol, que el sol ilumina para todos. No lleva la procesión por dentro, camina más de prisa que ella.

Quien está en paz defiende, sin excitarse, sus convicciones. Ellas son firmes, pero no se han convertido en prejuicios. Está siempre dispuesto a conversar, acaloradamente si hace falta, sobre lo que cree o piensa, pero también está siempre dispuesto a escuchar otras opiniones y a cambiar la suya. No confunde autenticidad con necesidad. Sus convicciones no son las armas de conveniencia con las cuales quiere hacerse rico o famoso, son las rocas sobre las cuales ha construido su casa. Ello le evita tener que ajustarlas al viento cambiante, le evita las frustraciones, la incertidumbre y las tensiones que el ajuste oportunista conlleva.

Quien está en paz tiene una capacidad infinita de dar poca importancia a sus problemas. No vive la constante reiteración de ellos frente a sí mismo, a sus amigos y a sus conocidos. Hace lo que puede para resolverlos y luego los pone de lado. Tiene la capacidad de ubicarse frente al Universo y frente a la sociedad en que vive, no se siente el centro de nada, lo que le permite reírse un poco de sí mismo y florecer donde ha sido sembrado.

Quien está en paz no depende de las cosas materiales que lo rodean. Ello no quiere decir que no las aprecie, sino que no se convierte en su esclavo, lo que hace que no viva en el temor constante de perderlas, sino más bien en la satisfacción permanente de gozarlas. Goza de lo que

tiene como se goza de una puesta de sol, sin necesidad de un sentimiento de propiedad.

Quien está en paz no trata de impresionar a nadie ni con lo que tiene, ni con lo que es, ni con quien conoce. Ello no quiere decir que no lo aprecie, sino que no lo exhibe ni lo pregona para hacerse el importante ante los que lo rodean.

Quien está en paz no lleva el peso de sus tristezas, de sus rencores, de sus odios. Los siente, pero lo que lo diferencia de la mayoría es que no los hace parte del equipaje de su vida. No hace suya la pesada, dura y amarga carga de las debilidades humanas. Dice, más bien:

Miro a la gente sin buscar juzgarla,
la miro sonriendo, la miro con calma,
escucho sus cosas, aspiro sus ansias,
les doy un consejo, les palmeo la espalda.

Sarcasmos y burlas ya no me hacen falta,
me hago un poco al lado si alguien me los lanza,
hago lo que quiero, ya sin preocuparme
qué piensan los otros, qué van a pensarme.

Me siento más libre, me siento con alas,
me siento tan lleno, me siento con alma.

Al sentirse así va más de prisa y se cansa menos. Va más erguido y ve más lejos. Va más alegre y soporta mejor las fatigas del viaje. Nosotros lo vemos como alguien diferente, hecho de materiales más leves que los nuestros, de una textura más suave y más fuerte al mismo tiempo, como si estuviese iluminado por dentro.

ANGUSTIA E INCERTIDUMBRE

“Por cierto, más se daña el hombre a sí mismo que todo el mundo y todos sus enemigos le pueden dañar”.
(Kempis)

“Hágase en vosotros según vuestra fe”.
(El Evangelio según San Mateo)

Admiramos a los que están en paz y quisiéramos ser como ellos pero no nos decidimos a serlo. Nuestras tristezas, nuestros rencores y nuestros odios han pasado a ser tan parte de nosotros que no podríamos vivir sin ellos. Y con ellos vivimos.

No quisiéramos vivir con ellos. No quisiéramos que esas tristezas, esos rencores o esos odios nos quiten la paz. Pero no es fácil evitarlo. Hace falta ir contra corriente, la del mundo y la de nuestra naturaleza animal. El mundo que nos rodea nos fuerza a una vida de perpetua angustia que no deseamos; a una prisión de la cual no hay escape y de la cual ni siquiera queremos escapar. Nuestra naturaleza animal a veces nos hace perder de vista el que somos portadores de valores eternos.

¿Qué busca este pequeño libro? Ayudarnos a que la angustia fruto de la incertidumbre no amargue nuestras vidas ni nosotros amarguemos las de los demás. Busca ayudarnos a vivir con amor, a participar, a no juzgar, a ser generosos, a trabajar, a luchar, a gozar de la vida, a contar nuestras bendiciones y a soportar el dolor. Busca ayudarnos, en fin, a estar en paz.

No hay mayor fortuna ni bendición que vivir en paz nuestras vidas de todos los días, trabajando en el descargo diario de nuestras responsabilidades y en la marcha hacia nuestros sueños. Sabiendo que el ladrillo que hoy colocamos va a poder ser complementado mañana con otro y pasado mañana con uno más. Ser parte de una sociedad en marcha, donde nuestra familia tenga un futuro seguro y en la que nuestros esfuerzos nos

lleven a estar mañana mejor que hoy, a ser cada día más apreciados, a gozar de una familia cada día más unida, a contar con amistades cada día más estrechas, a llevar una vida cada día más cómoda, segura y tranquila. Una vida en paz, en fin. El no tener la certeza que va a ser así nos angustia. ¡Solo unos pocos logran evitar esa angustia!

Si algunos lo logran, ¿por qué no nosotros? Porque no sabemos cómo hacerlo. No hay un manual que nos enseñe en unas pocas claras lecciones a estar en paz. Estar en paz no es una técnica, empieza con una decisión. No es algo que se compra y se pone, o que se estudia y se aplica, y ya está. Es algo que tenemos que hacer crecer en nosotros mismos, a base de reflexionar sobre temas para los cuales rara vez tenemos tiempo y puede que ni siquiera tengamos interés.

Se nos hace difícil estar en paz si no cubrimos nuestras necesidades básicas, si no tenemos reconocimiento social, si no podemos proyectarnos en nuestros hijos, si no tenemos ilusiones, si nos atenaza la desesperación, si vivimos angustiados o disgustados, si estamos en medio de una guerra o en extrema pobreza. Por otro lado, es también difícil estar en paz en medio de la abundancia o cuando se tiene poder. Ello nos puede llevar a desear más cosas y más poder, y el temor de no conseguirlos puede hacernos perder el rumbo y, por ende, hacernos perder la paz. Concientes de esas dificultades, y sabiendo que nuestras vidas no serán siempre un lecho de rosas, tenemos que aprender a estar en paz en la tribulación y en la prosperidad y, sobre todo, en medio de perenne incertidumbre.

Para tratar de hacerlo podríamos construir un caparazón alrededor nuestro o podemos aislarnos del mundo. La primera alternativa es la vida de la ostra. Una casa fea por afuera para ahuyentar a los visitantes, pero cómoda y lujosa por dentro, abriéndose apenas para que le entren los alimentos. Una vida gelatinosa y vacía. Segura y aburrida en su caparazón, sin que nadie sepa de ella y sin que a nadie le importe.

La segunda es la vida del buitre: una vida solitaria que de nadie depende y a nadie necesita, dueña de su propio destino y de su propia soledad, que no llora por nadie ni nadie llora por ella, alimentándose de carroña y esperando terminar algún día en un escondrijo de todos ignorado y por nadie visitado. Después de un tiempo encontramos que el rodearnos de un caparazón o el aislarnos de todo no nos libera de nuestras preocupaciones; es, más bien, como poner cerrojos a nuestra casa para descubrir después que el ladrón ha quedado dentro. No queremos la vida de la ostra ni la vida del buitre.

Hay quienes dicen que la incertidumbre puede desaparecer si se sigue ciertas prácticas esotéricas, ya sea ejercicios, meditaciones o dietas. Son prácticas arduas que quizás pueda seguir un monje retirado en la quietud de una montaña. Nosotros no lo somos. Otros dicen que se puede vivir dejando de preocuparse, dejando que los problemas se resuelvan por sí solos. Algunos viven así, llenos de no me importismo; es una alternativa que satisface a pocos. Otra alternativa es ponernos una careta hacia nosotros mismos, evitando involucrarnos en nuestras profundidades. ¡Hay que estar siempre contentos!, ¡no hay problema!, ¡todo está bien! Sabemos que no es así. No siempre podemos estar contentos, si hay problemas, no todo está bien. Esa careta, a la larga, se nos resbala.

El primer paso para que la incertidumbre no nos robe la paz es dejar de engañarnos y reconocer abiertamente cómo somos. Nos sorprenderá cuánto de lo que somos lo compartimos con otros. Generalmente nuestras relaciones con otros son circunstanciales y de conveniencia, como los encuentros breves y sin consecuencia en recepciones sociales porque nuestros intereses circunstanciales nos absorben y nos aíslan. Cuando nos abrimos a otros y nuestras relaciones se hacen profundas y permanentes actuamos ya no a la luz de nuestros intereses circunstanciales sino a la luz de

valores compartidos. Dejamos de estar solos, pasamos a tener compañeros de viaje.

Comprobamos así que todos tenemos miedo del porvenir y que ese miedo es muchas veces la fuerza que moldea nuestras vidas y nuestras relaciones con los demás, haciéndolas antagónicas y ásperas. Para todos,

la vida está llena del miedo que vengan
las cosas terribles que a todos espantan:
la muerte del hijo, la ruina o la guerra,
el grave accidente, la amarga vergüenza.

Comprendemos que no es fácil vivir, ni para nosotros ni para los demás. Que hay momentos de alegría, así como momentos de gran dolor. Que lo que nos acompaña siempre y que mucho nos acongoja es el temor que las cosas cambien para peor, perdiendo lo poco o lo mucho que tenemos: familia honores, ahorros. Para los hijos es la preocupación de que el matrimonio de sus padres se rompa, para los padres es la preocupación de que sus hijos vayan por mal camino. Llevaremos esas preocupaciones a lo largo de nuestras vidas. Si las dejamos con las riendas sueltas nos robarán la paz. Tenemos que aprender a tensar las riendas para que esas preocupaciones no se desboquen, aunque es imposible domeñarlas del todo.

Por otro lado, tampoco exageremos. No todo es incertidumbre. No es cierto eso de: nacer, sufrir y morir. La mayor parte de nuestra vidas está placentemente trazada. Hay muchas alegrías, hay muchos buenos momentos, aunque quizás les damos menos atención que a los malos. La vida de todos los días es una vida de satisfacciones, que no siempre reconocemos y gozamos. No las valorizamos lo suficiente. Si lo hiciésemos dejaríamos de fruncir tanto el ceño y sonreiríamos más. Quizás nos preocupamos tanto por lo malo porque la mayor parte de nuestras vidas es buena, y pasamos a considerar lo bueno como lo normal. Sólo lo reconocemos cuando lo perdemos.

Reflexionando sobre nuestras preocupaciones descubrimos que buena parte de ellas las creamos nosotros mismos. San José María Escrivá nos hace notar que “la mayor parte de los conflictos que se plantean en la vida interior de muchas gente los fabrica la imaginación: que si han dicho, que si pensarán, que si me consideran... Y esa pobre alma sufre, por su triste fatuidad, con sospechas que no son reales”.

EL CLARO RUMBO

“Empieza por tener paz en ti mismo, y así podrás dar paz a los demás”.
(San Antonio)

“El que tenga oídos que oiga”.
(El Evangelio según San Mateo)

La gente en paz da un mensaje. ¿Qué mensaje damos con nuestras vidas a los que nos rodean: nuestra familia, nuestros amigos, nuestros empleados o empleadores, nuestros conocidos, los extraños?

Aparentemente lo damos expresando en palabras nuestros valores, nuestras creencias, nuestras opiniones. Pero esas palabras no siempre encajan con nuestros actos. Hablamos de amor pero actuamos con egoísmo, hablamos de lealtad pero actuamos a la conveniencia de momento, hablamos de sacrificio pero somos los primeros en aprovecharnos de las circunstancias. Hay entonces el mensaje que damos con nuestras palabras y el que damos con nuestros actos. En la mayoría de nosotros esos mensajes no son congruentes. En los que están en paz sí lo son.

Los que están en paz saben quiénes son y actúan de acuerdo a lo que saben que son; dejan que los demás los conozcan como son, no tienen que forzar en los otros la imagen falsa que les gustaría que se tenga de ellos. Viven enraizados en su autenticidad. No viven en una desgarradora tensión, en un balance inestable que agota, que angustia, que mata. El conocerse a sí mismos les da control sobre sus vidas. No es que ello sea la panacea. Ese control no los libra de preocupaciones, queda siempre la preocupación de perderlo. Hay, sin embargo, gran diferencia entre sentirse como hoja arrastrada por el viento o saberse como timonel de su propio barco, aunque sea enfrentando a la tormenta.

Lo que busca este pequeño libro es ayudarnos a dar firme rumbo, con seguridad y con alegría, al barco de

nuestras vidas. Con seguridad, porque las corrientes son fuertes y traicioneras. Con alegría, porque estaremos al mando de nosotros mismos. Los que están en paz son seguros y alegres. El que va al timón con rumbo claro mira adelante con confianza en sí mismo, canta y sonríe. San Pedro de Alcántara anota que “la alegría espiritual es el principal remo en esta navegación nuestra”.

Estar al timón de nuestro barco no es algo que se logra de la noche a la mañana, toma toda la vida y a medida que la vivimos tendríamos que ser mejores navegantes. San Juan Crisóstomo explica que “en el mar de la vida ocurre una cosa semejante a los que por primera vez navegan. Aunque sean de suyo valerosos, a causa de su inexperiencia se turban, se alborotan, se marean. En cambio, los que han recorrido muchos mares y pasado muchas borrascas, arrecifes, bajíos, escollos, acometidas de monstruos marinos, ataques de salteadores y piratas, y continuas tempestades, van en su barco más tranquilos y confiados que los que andan por la Tierra”. Pero no olvidemos que podemos llevar mucho navegado y poco aprendido.

No es fácil aprender. San Ignacio de Antioquia nos estimula diciendo: “donde mayor es el trabajo, allí hay más rica ganancia. Hay que trabajar duro, por mucho tiempo, sin ver una luz clara y cuando ya se la ha vislumbrado se la pierde una y otra vez, volviendo a esas negras noches del alma”. Pero hay que perseverar hasta poder decir con certeza, con esperanza, con alegría:

He pasado muchas negras horas
sin saber ni qué buscar ni dónde ir,
he pasado muchas negras horas
sin poder comprender lo que hay en mí.

En ese largo túnel de la vida,
he visto por fin, a lo lejos, una luz,
pálida luz, lejana, titilante,
que me llama, que me invita, donde voy.

Este pequeño libro hay que leerlo con fe en esa luz. Con fe que mediante nuestro esfuerzo podemos mejorar nuestras vidas. Sin fe sólo vemos el hoy con sus sobresaltos y sus incertidumbres; con fe podemos soñar con un mañana de ilusiones y de promesas, y caminar confiados y con una sonrisa hacia él. Sonríen de verdad los que tienen fe, los otros hacen muecas.

Este pequeño libro busca ayudarnos a estar en paz y a alcanzar La Vida Plena. El estar en paz no es otra cosa que la actitud correcta frente una vida con un claro rumbo y con un claro compromiso: La Vida Plena. Plena quiere decir completa, llena. La Vida Plena es, entonces, la vida completa, opuesta a la vacía, sin propósito, sin esperanza, sin alegría. Vamos, pues, en busca de La Vida Plena. Y, como aconseja San Agustín: “Busquemos para encontrar, encontremos para buscar más y más”, dentro de nosotros mismos.

EL CAMINO BUSCADO Y ENCONTRADO

LO QUE SOMOS

“No hay nada escondido que no salga a la luz, ni nada tan secreto que no llegue a conocerse claramente”.
(El Evangelio según San Lucas)

“¿Quién eres tú para que tema al hombre mortal que hoy es y mañana no parece?”
(Kempis)

Cuando se nos pregunta qué somos generalmente respondemos citando nuestra profesión: soy albañil, modista, ingeniero, abogado, o citamos nuestra actividad: trabajo en una fabrica de muebles, tengo una tienda de comestibles, estoy jubilado, soy ama de casa. Dependiendo de las circunstancias de la pregunta podemos también responder de varias maneras: soy partidario de este o ese equipo de fútbol, soy de derecha o de izquierda, soy musulmán, soy un defensor de los derechos humanos, soy un amante de la música renacentista y así, sin fin.

Nos identificamos por lo que hemos aprendido, por lo que hacemos, por lo que nos gusta, tratando siempre de ubicarnos en un grupo ya establecido. ¿Por qué? Porque es más fácil y seguro; encontramos identidad y satisfacción en el grupo. Nos evita enfrentarnos con lo que realmente somos.

Pensamos que nos diferenciamos de los que nos rodean solamente por nuestras características exteriores: nuestra actividad, nuestras posesiones, nuestros gustos. Hasta llegamos a decir que por dentro, sin nuestras togas y nuestros uniformes, todos somos iguales. No es así. Herencia y circunstancias nos hacen por dentro muy diferentes unos de otros. Eso no siempre nos gusta. Nos hace sentirnos incómodos. Nos da temor que el ser diferentes nos haga ser rechazados. Preferimos engañarnos pensando que, en nuestro grupo al menos, por dentro todos somos iguales o muy parecidos.

Nuevamente, no es así.

Somos diferentes por dentro, además de por nuestra herencia y circunstancias, porque cada uno de nosotros tiene responsabilidades intrínsecas a su naturaleza humana individual; jugamos papeles diferentes. Tenemos una vida interior totalmente propia, el jardín umbroso de lo nuestro. El descubrimiento de nuestra vida interior es la gran tarea de nuestra existencia. No nos sentiremos realizados si no descubrimos plenamente ese papel, esa vida interior. No son los del vecino, los del amigo o los del pariente, son los nuestros, profundamente individuales y diferenciados.

Al identificar papeles y vidas interiores nos separamos de la masa con la que con tanta insistencia queremos confundirnos y pasamos, por fin, a ser nosotros mismos, en toda nuestra complejidad, en lugar de ser simplemente mezclas informes de ingeniero, amante de la natación, jugador de cuarenta o padre de familia.

La respuesta a la pregunta ¿qué somos? es: somos seres humanos, llenos de esperanzas y de ilusiones, de creencias y de convicciones, de amores y de rechazos, de temores y de fortalezas. Somos como un brillante con

muchas facetas, que se hacen infinitas en número a más nos observamos, a más nos conocemos, a más dejamos que la luz de nuestra introspección ilumine riquezas escondidas, nuestro jardín umbroso. Cuando tratamos de perder nuestra identidad y nuestra variedad para identificarnos con un partido político, con un equipo de fútbol o con una empresa nos descartamos a nosotros mismos. Pasamos a ser parte de una columna en las páginas amarillas de la guía telefónica encabezada por un nombre común. Ya no con un nombre propio, el nuestro. Por otro lado, el pasar a actuar como somos, el ser auténticos, hace que los que nos rodean ya no puedan con facilidad predecir qué vamos a hacer, lo que nos hace un poco misteriosos, como calidoscopios, hermosos en su variedad pero turbadores en su complejidad, cuya clave individual la tiene cada uno.

Difícil, ¿no es verdad? ¡Claro que sí! Es más fácil seguir los caminos trillados, llenos de respuestas preparadas que ya ha abierto una multitud delante nuestro. Es incomparablemente más difícil abrir nuestro propio camino, iniciar la ardua, lenta y muchas veces nunca totalmente exitosa tarea de ser nosotros mismos. Sin temor a mirarnos por dentro, sin temor a ser diferentes, sin temor a expresar nuestros puntos de vista y nuestros sentimientos.

En el mundo son recordados los pocos hombres y mujeres que tuvieron el coraje de expresar sus opiniones, de sentir y de soñar, de jugar su papel en el momento que les tocó vivir. Como dice San Pablo: “un poco de levadura hace fermentar toda la masa”. Eso no quiere decir hablar sobre todo, opinar sobre todo, gritar sobre todo, sino hablar, opinar y gritar, si hace falta, sobre lo que sabemos, dentro del papel y de la vida interior que cada uno de nosotros tiene que descubrir dentro de sí. Si un actor no conoce el libreto de su vida, ¿qué puede hacer en el escenario si no es imitar a otro actor o hacer el ridículo?

Lo anterior, sin embargo, no nos ayuda mucho. ¿Cómo descubrimos ese libreto, cómo hallamos nuestro

camino en medio del mundo, en medio de sus ruidos y de su desorden, en medio de tantas cosas y personas que nos halan y nos empujan? Algunos, creyendo que la razón es lo que los hace seres humanos, han emprendido el camino de sus vidas con la razón como guía, sustentándose en la filosofía y en la ciencia. Hablemos primero de ellos.

EL CAMINO DE LA RAZON

“¿Sabes el daño que puedes causar al tirar lejos una piedra si tienes los ojos vendados?”
(San José María Escrivá)

“Con la medida que midáis se os medirá”.
(El Evangelio de San Mateo)

El buscar qué somos ha sido la labor tradicional de la filosofía, el camino de la razón. Los primeros filósofos buscaban identificar cuáles eran los elementos primarios de los cuales surgía el resto: uno sugirió aire, otro fuego, otro un material indeterminado. Otro filósofo se preocupó del problema del cambio: decía que nadie cruza dos veces el mismo río. A ese se opuso el que pensaba que nada cambia, que la apariencia del cambio es el resultado de la visión defectuosa que del Universo nos dan nuestros sentidos. Otro concluyó que nunca se llega a ningún sitio, puesto que primero se recorre la mitad de la distancia, luego la mitad de la mitad y así sucesivamente, por lo que siempre falta una mitad, cada vez más pequeña, pero nunca cero, para llegar.

Concepciones abstractas, ingeniosas muchas, hermosas algunas, desoladoras otras, alrededor de las cuales se ha desarrollado el pensamiento filosófico durante la historia de la humanidad, haciéndose cada vez más complejo, alejándose de nuestro diario afán. Temas apasionantes, pero que no nos ayudan a vivir.

Más cercanas a nosotros están las reflexiones de los filósofos sobre la vida. Muchas de ellas con un profundo sentido humano, pero siempre basadas en la opinión de una persona, en la aplicación sistemática de su razón al accionar de todas las personas. Reflexiones geniales, cuestionadas por las reflexiones, geniales también, de otros. Reflexiones que nos dejan admirados y asombrados, pero que no señalan un rumbo claro a nuestras vidas. No tienen la autenticidad definitiva.

La filosofía es hoy una tarea árida y abstracta, alejada de nuestras diarias realidades. En buena parte es el análisis del pensamiento de filósofos muertos, una especie de arqueología del pensamiento. Los filósofos del pasado nos han abierto muchas interrogantes sobre el por qué de las cosas y de los fenómenos de la naturaleza. Su incapacidad para esclarecerlas es lo que ha agotado el quehacer de la filosofía, la que ha ido poco a poco cediendo el paso a sus hijas, las ciencias: física, química, sicología y tantas otras. Las respuestas que dan las ciencias son las respuestas al cómo, ya no las respuestas al por qué de las cosas, que desde siempre ha buscado la filosofía.

Muchos de los que escogen el camino de la razón a través de las ciencias terminan por concluir que somos el resultado del azar, el resultado del proceso por el cual el Universo se ha hecho cada vez más complejo. Concluyen que somos una etapa de la acción mecánica, electrónica, cuántica de un Universo que no podemos comprender. Se argüirá que sí lo comprendemos. Que la ciencia ha llegado a escudriñar el interior del átomo y a modificar la estructura molecular de la bacterias. Sí, es cierto, pero nada nos dice sobre la naturaleza misma del átomo o de las bacterias, sobre el origen o sobre el propósito de las leyes que los rigen.

La razón es indispensable para sobrevivir en el Universo. Nos hace posible manipular la materia y la energía para nuestros usos, no nos da explicaciones finales sobre el por qué de las cosas, solamente nos permite expresar los fenómenos físicos y químicos en fórmulas matemáticas a fin de poder aprovecharlos para nuestra comodidad o supervivencia.

El trabajo científico puede llevar al orgullo y a la prepotencia de pensar que, eventualmente, se llegará a las causas finales de las cosas. Y que esas causas finales, expresadas en números y fórmulas, darán la llave del ser humano. No ha sido así. Mientras más se avanza en la ciencia menos se la engrana con nuestras diarias vidas, más se aleja de la vida y de sus emociones. El camino de

la razón a través de las ciencias es un callejón sin salida si lo que queremos es encontrar el propósito de la vida humana. Nos hace posible tostar el pan y analizar a control remoto el polvo de Marte, pero no nos ayuda a vivir. Más bien, como ese camino es el de aprovecharse de la naturaleza y de manipularla, desarrolla seres humanos ignorantes de lo qué son y de dónde van, y egoístas, acostumbrados a sacar provecho de las cosas, no a comprenderlas.

Y así, a medida que pasan los años, el camino de la razón abierto por filósofos y científicos nos satisface menos y menos, nos deja vacíos y angustiados frente a la nada y al silencio eterno. Podemos desalentarnos y llegar a preguntarnos:

¿Volverán trompetas de nuevo a sonar?,
¿se llenarán mis horas de ilusión y luz?,
¿volverá la esperanza su cuerpo a tocar?
o habrá por siempre que llevar esta cruz
que aplasta y que pesa,
de los largos años,
de las cosas no hechas,
que me quita las ganas de andar,
dejándome solo detrás del cristal
mirando a la gente que pasa y se va
oculto en las sombras, mirando pasar,
los ojos vacíos, parece que en paz
pero, ay, por dentro sintiendo brotar
una pena grande que apagando va
las luces del alma, las ganas de hablar,
dejándome hueco, sin nada que dar,
sentado en silencio, esperando llegue
lo que sé que pronto tendrá que llegar:
un camino nuevo que llame a mi vida
o el hondo misterio que está en su final.

El camino de la razón nos lleva al vacío existencial o a la rutina mecánica, a la repetición de nuestros días sin propósito, hasta que nos llega la muerte.

A las preguntas: ¿somos libres?, ¿tenemos libre albedrío?, ¿actuamos siguiendo las órdenes impresas en nuestro código genético?, la razón tampoco nos da respuestas. Al no tener un código de conducta otro que la razón, los que la siguen han decidido aceptar los comportamientos más repugnantes como la expresión inevitable de la personalidad de algunos. Ante esos comportamientos sólo les queda alzarse de hombros, porque de acuerdo a ellos no hay nada que hacer, están escritos en la interioridad de nuestras células.

No podemos menos que preguntarnos: ¿hay otro camino? La respuesta, a Dios gracias, es que sí lo hay.

EL CAMINO DEL CORAZON

“Así debes tú huir y adentrarte en el secreto del corazón”.
(Kempis)

“Cristianos, ¿qué habéis hecho con la luz?”

A muchos no nos satisface el aplicar la razón donde la razón no aplica, no nos satisface tomar ese rumbo desolado y estéril al final del cual está el barranco insondable de la nada. Y nos preguntamos

para qué vivimos,
si tiene algún fin,
si somos tan sólo un breve momento,
la mezcla fortuita de sombra y de luz
que dura un instante y luego se esfuma,
polvo que viene, polvo que va.

A algunos a veces nos gusta pensar
que en el ancho mundo somos algo más
que la raya incierta que traza el azar,
que de nuestras vidas algo siempre queda,
que de nuestros sueños algo quedará,
que el ancho mundo tenemos un puesto
que ese puesto importa, que no morirá.

Nos gusta pensar que en la vida
la muerte es tan sólo un pasar,
que en el fondo seguimos viviendo,
que participamos de la eternidad.

Hay algunos que sienten se encuentran
pasando una etapa de un largo pasar,
buscando un camino escondido.

Hay algunos que sueñan que van a durar.

No sueñan en vano porque sí hay otro camino. Ya no el camino de la razón, con sus evidentes limitaciones, sino el camino del corazón, de lo que nos dice, de lo que clama lo más íntimo de nuestro ser, silenciando el orgullo de filósofos y científicos, descartando el desaliento de sus conclusiones. El camino de reconocer que el Universo, y nosotros como parte de él, hemos sido creados por un Dios quién ha establecido las leyes que hacen que las cosas sean como son, que ha hecho que estemos aquí y que, al contrario de sus otras creaciones, nos ha dado la capacidad de reconocerlo, de vislumbrarlo, de sentirlo. Un Dios que nos ha preparado para vivir en el mundo que ha creado y que nos ha iluminado el camino para regresar a Él. Que para vivir en el mundo nos ha dado la razón y que para ese regreso nos ha dado el corazón. El camino del corazón reconoce lo evidente, que Dios sabe más.

El camino de la razón es el camino de la Tierra. El camino del corazón es el camino hacia Dios. Por eso el filósofo que trata de explicar lo que siente y lo que le rodea usando tan sólo las herramientas de la filosofía no encuentra a Dios. Tampoco el científico, que en sus investigaciones sólo encuentra neutrinos y amperaje, y decide que Dios no existe. El hombre y la mujer que usan el corazón lo encuentran en todas partes. Por eso es tan cierto decir que valemos lo que vale nuestro corazón. Sin embargo, así como la razón sin corazón es dura y fría, el corazón sin razón es loco y desorientado. El uno necesita de la otra.

La existencia intuida de Dios ha acompañado al ser humano durante toda su vida en la Tierra; nunca nos ha faltado una clara intuición de Dios. Si se nos preguntase si somos o si no somos miraríamos al que nos cuestiona con sorpresa. Claro que somos, contestaríamos, dando una respuesta tajante sobre algo que tenemos absoluta certeza. Si se nos pidiese probarlo no podríamos hacerlo, nuestra razón no esta hecha para probar nuestra existencia, el pedido mismo nos parecería absurdo. Sabemos que existimos por la certeza avasalladora que

tenemos de ello. Cuando se nos pide probar la existencia de Dios nos encontramos en igual situación y tendríamos igual respuesta: la certeza avasalladora que sobre la existencia de Dios han tenido todos los que han habitado la Tierra desde el principio de los tiempos, inclusive aquellos que han decidido dar la espalda a Dios, empeñándose en vivir sin él, y cuyas vidas son el perenne e inútil esfuerzo de cubrir los ojos del corazón, de convertirse en máquinas que serán eventualmente descartadas.

Habiendo reconocido esa avasalladora certeza, volvamos a cuestionarnos qué somos. La respuesta tiene ahora que ser: somos lo que Dios ha creado para sus propios fines. Somos nuestro cuerpo y somos lo que Dios ha puesto en nosotros, que nos hace reconocerlo y reconocer el camino hacia él. Parte de nosotros comparte la naturaleza material de la piedra, del sol, del venado y de la palmera, pero, por otra parte, comparte también algo que no podemos definir, a lo que nos sentimos más unidos cuando, por las circunstancias o el esfuerzo propio, nos alejamos de nuestra naturaleza material, nos vaciamos del ruido del mundo y nos escuchamos a nosotros mismos. A más nos vaciamos más llenos nos sentimos. Esa llenura es la guía de viaje hacia Dios; la llave a nuestra naturaleza escondida.

Sentimos nuestra naturaleza escondida como un misterio, fugazmente vislumbrado en nuestros momentos de paz, en nuestros momentos de emoción, de fraternidad, de solidaridad, de cariño, de dolor, en los momentos más nuestros que compartimos íntimamente con los que amamos.

Somos, pues, una dualidad entre dos misterios. Uno es la naturaleza que nos rodea, la cual no comprendemos pero sí usamos con la ayuda de nuestros sentidos y de nuestra razón; el otro misterio es el que denominamos de Dios, que escuchamos cuando dejamos de atender el ruido de la naturaleza y de nuestras urgentes urgencias. En la medida que esas urgencias nos avasallen dejamos de escuchar a Dios; en la medida que las controlemos

nos acercamos a Dios. Usando nuestra razón en las cosas de la naturaleza y nuestro corazón en las cosas de Dios alcanzamos el correcto balance entre nuestros dos misterios. Así podemos vivir nuestras vidas con sus alegrías y sus vicisitudes, y que ellas no nos impidan escuchar la voz de Dios.

Hablar del corazón nos da vergüenza. Hablar de Dios también nos da vergüenza. Para algunos es una debilidad secreta, algo que los disminuye. Creen que los fuertes con su razón y su empuje conquistarán la Tierra, mientras que los débiles con su corazón y sus sensiblerías escribirán poemas trágicos a la luz de la luna. Además, el corazón, como lo decimos figurativamente, se rompe a veces y al romperse nos causa dolor y desolación. Es mejor, dicen algunos, ser fríos y calculadores, dispuestos a aprovechar el momento, ser pura razón, para evitar llorar.

Dios y nuestro corazón son, como muchas de las verdades que encontramos cuando miramos dentro de nuestra individualidad, algo que nos emociona y de lo que preferimos no hablar. Preferimos el lugar común a la verdad nuestra. El mismo concepto de verdad es algo que no buscamos muy a menudo.

VERDAD

“No ceses de prepararte para la batalla, a la diestra y siniestra están los enemigos que nunca descansan”.
(Kempis)

“Señor, haz que vea”.
(El Evangelio según San Lucas)

Verdad es algo difícil de definir pero fácil de reconocer. Verdad no es algo como una silla o una piedra, es más bien como una senda por la que se transita, es una forma de actuar, de sentir, de ser. Cuando hablamos de verdad hablamos de cierta permanencia. Verdad no es lo que cambia constantemente, es lo que permanece, los cimientos sobre los cuales se sustentan nuestras vidas.

¿Dónde encontramos la verdad? Dentro de nosotros mismos: preguntándonos y respondiéndonos en la absoluta honestidad del silencio interior. Comprendiendo que, para encontrarla

es necesario alejarse
de las cosas que uno quiere
y emprender solo y con calma
la búsqueda dentro del alma
de esos mil hilos diversos
que nuestras vidas amarran.

Así puesto, suena atemorizante, pero no lo es. Nos ha pasado muchas veces, generalmente antes de tomar una decisión difícil o importante. Para encontrar la verdad algunos prefieren caminar con las manos en los bolsillos, pateando las piedritas que encuentran y dejando que fluyan pensamientos sobre ellos mismos y sobre sus vidas. Otros prefieren situarse en un sitio alto, frente a un amplio panorama. Hay quienes prefieren un lugar oscuro y solitario. Así, cada uno a su manera alcanza la paz interior que trae el haber hallado una respuesta que

clarifica su camino a futuro. Lo que antes era confuso, una encrucijada, ahora se torna en un rumbo claro. No necesariamente fácil, no necesariamente agradable, pero no ya un rumbo cualquiera, ni el que nos señala el vecino, el amigo o el astrólogo, sino el rumbo que nuestra naturaleza escondida, habiéndoselo preguntado, nos ha susurrado tomar.

La verdad también se encuentra después de un golpe, de una tribulación, que por un momento barre nuestras superficialidades y nos hacen cuestionarnos por dentro. San Pedro Damiano dice que “el horno prueba la vasija del alfarero, el hombre se prueba en la tribulación”. Ese golpe o esa tribulación nos hace recogernos dentro de nosotros mismos, descartando lo temporal que nos rodea. En esos momentos de intensa introspección las cosas se nos hacen de pronto claras. Pasamos a estar en condiciones de definir mejor lo que tenemos que hacer, ya no lo que nos agradaría más hacer o lo que sería más fácil o más cómodo.

El buscar un rumbo conlleva la intención de tomarlo. Pero si solamente nos preocupamos de lo inmediato, ¿cómo vamos a interesarnos por el largo camino? Para no tener que mirar dentro de nosotros mismos podemos tratar de descubrir nuestra verdad en las experiencias de otros, en los signos cabalísticos, en las prácticas esotéricas o perdiendo nuestra identidad dentro de un grupo, convirtiéndonos en borregos.

Ahora podemos volver a preguntarnos: ¿qué es la verdad? Y nos contestamos: es aquello que nos ayuda a escoger en las encrucijadas de nuestras vidas, esa clara luz que nos muestra el rumbo, esa clara luz que al mostrarnos el rumbo se hace camino. No es algo raro, no es algo con lo que solamente se encuentran quienes han pasado décadas en cuevas, en silencio, meditando. Es una experiencia nuestra, que se puede hacer frecuente. Después de ese encuentro con nosotros mismos sentimos la paz interior que nos da el haber encontrado, o vislumbrado, respuestas a nuestros interrogantes. Cuando regresamos a nuestras diarias vidas nos

sentimos más tranquilos, como elevados, más alegres, más pacientes, más seguros.

¿Qué pasa después? Generalmente nada más. Volvemos a las correrías de todos los días y dejamos se extinga esa luz interior; volvemos a pensar en el día a día y en lugar de mirar adelante a ese camino que por un momento estuvo iluminado, cerramos los ojos a su llamado. Nos vuelve a arrastrar el mundo que prefiere las tinieblas a la luz. ¡Qué lastima!, porque esos momentos de encuentro con la verdad son los grandes picos de nuestras vidas, los momentos en que somos más que nunca nosotros mismos y menos el torbellino que nos rodea.

No es fácil mantenerse en el camino si sólo rara vez se comprueba que vamos en el rumbo correcto. Tenemos que mirar con frecuencia dentro de nosotros mismos, como el marinero mira con frecuencia la brújula para no extraviarse. Para ello tenemos que buscar momentos de soledad: sin televisión, sin gente, sin ruido, sin urgencias. Si no buscamos a menudo esos momentos perderemos el rumbo. Y, por lo tanto, estaremos yendo a cualquier sitio, que no sabemos ni cuál es ni qué tiene que ver con la verdad que llevamos dentro.

En otras palabras, no tendremos en nuestras manos, firme, el timón de nuestras vidas.

EL CAMINO DE DIOS

“Ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren”.
(Santa Teresa)

“Sígueme”.
(El Evangelio según San Mateo)

El tomar el timón de nuestras vidas hace indispensable saber dónde vamos.

No queremos ser uno
de aquellos que no saben bien
qué es lo que quieren o hacia donde van.

Si no sabemos donde vamos nos dejaremos arrastrar por el viento cambiante de los intereses de los demás. Santo Tomás de Aquino nos advierte que “para que una persona ande rectamente por un camino es preciso que conozca antes de algún modo el fin al que se dirige; como un arquero no lanza con acierto la saeta si no mira primero al blanco al que la envía. Y esto es necesario sobre todo cuando la vida es áspera y difícil, y el camino laborioso”. Es más difícil aún cuando el camino es fácil y placentero, y no nos invita a mirar lejos, sino a sentarnos a su vera y gozarlo. San Gregorio Magno nos advierte que “no nos seduzca ninguna prosperidad halagüeña, porque es un viajero necio el que se detiene en el camino a contemplar los paisajes amenos y se olvida del punto al que se dirige”. Esos son los que

han escogido un camino tan ancho
que se hace difícil saber donde está
su norte, su guía, lejano final.

No es fácil identificar dónde voy, por lo que puede ser más fácil empezar reflexionando sobre dónde vamos todos. Muchos sentimos que nuestras vidas tienen un

destino final más allá de la Tierra, en algún tipo de unión con Dios. Otros tienen la vaga intuición de ello, pero están o muy ocupados para reconocer abiertamente esa dimensión trascendental o ven poco útil el hacerlo. Hay otros que la rechazan y propugnan que nos rijamos por leyes mecánicas o por el azar, ya que al morir se descompone todo lo que somos.

¡Qué duro pensar que es así! ¡Y qué innecesario! Los que así piensan dicen que los que creemos en Dios o en otra vida nos estamos engañando y que tememos enfrentarnos a la realidad de la destrucción total que sigue a la muerte. Este libro no es para ellos. Los que piensan así viven de cara a la noche eterna, sabiendo que en cualquier momento un accidente puede destruir todo lo que son. Llevan consigo una angustia infinita. ¿Y por qué? Porque no quieren ver y aceptar lo evidente. No quieren cerrar los ojos y escuchar la llamada infinita de su naturaleza escondida, que los invita, queda, a una vida de fe.

El perro o el chimpancé no saben de Dios ni se preocupan de la otra vida. Viven de acuerdo a sus instintos y mueren de acuerdo a las circunstancias. Para el ser humano, desde su lejana aparición en la Tierra, no ha sido así. Nosotros hemos sentido desde siempre la necesidad de acercarnos a las fuerzas misteriosas que intuimos nos rodean. En el curso de milenios los toscos diseños a los que adoraba la bestia recientemente trocada en ser humano se han ido ampliando y profundizando. Dios pasó de representar los terrores de la naturaleza a ser el camino, la verdad y la vida, que llena nuestra necesidad de trascendencia.

No siempre queremos aceptar algo tan evidente, ya sea por necesidad, ya sea por desidia o ya sea por una autosuficiencia mal entendida. Y cerramos los ojos del corazón. Santo Tomás de Aquino comenta que “puedo ver gracias a la luz del sol, pero si cierro los ojos, no veo: esto no es por culpa del sol, sino por culpa mía, porque al cerrar los ojos impido que me llegue la luz solar”. Cuando los abrimos ocurre el milagro:

Se abren las grandes ventanas
se abren las puertas de mi alma,
el sol nuevamente me alumbra,
el sol me calienta y me calma.

Y todo es tan claro, tan suave, tan verde,
una brisa tibia agita las hojas y encrespa las aguas,
los pájaros trinan, las grandes encinas
ofrecen su sombra, mil flores perfuman el aire.

Ahora sonrío, sonrisa que sale de dentro
y gozo la vida, sin apresurarla.
Escucho sin prisas, ahora sé callarme,
la vida me acuna, la dejo llevarme.

Tenemos todas nuestras vidas para encontrar ese sol.
No es tarea fácil ni rápida y a más tiempo caminamos en
las tinieblas más difícil se nos hace vivir bajo la luz del
sol o desear encontrarla. Nos acostumbramos a las
tinieblas donde, al fin y al cabo, se puede hacer cualquier
cosa y a nadie le importa.

El ser humano que rechaza la existencia de Dios
rechaza el sustento mismo de su humanidad y revierte a
la bestialidad. El ser humano que acepta la existencia de
Dios reconoce en sí aquello que lo diferencia del animal,
lo que lo hace un ser humano. La creencia que la razón es
lo que diferencia a los seres humanos de los animales no
es correcta; hoy estamos vislumbrando la posibilidad de
construir computadoras racionales. Lo que nos
diferencia del animal o de la máquina es creer en Dios y
buscarlo. Ello nos lleva naturalmente a reconocer que
hay una vida después de la muerte. No hay razón alguna
para pensar que la necesidad de Dios surgió como parte
natural del proceso de evolución. Es innecesaria para el
proceso evolutivo, es innecesaria para nuestra vida en la
Tierra; no la tienen ni la oruga ni el elefante. ¿Por qué la
tenemos nosotros? Porque nuestro dejar de ser animales

y pasar a ser seres humanos no fue el resultado de la evolución o del azar, fue el acto deliberado de Dios.

¿Y para qué? Es imposible que podamos comprender los designios de Dios. Cuando usamos la razón para tratar de comprenderlos nos frustramos y se debilita nuestra fe. Pero no podemos menos que sentir curiosidad sobre cuáles son esos designios que Dios tiene hacia nosotros al hacernos conocer su existencia. ¿Pueden ser el que tan sólo tengamos una temblorosa visión de Él en nuestras vidas, o es que hemos sido marcados por Dios para una vida más allá de esta?

Los argumentos a favor y en contra de esa otra vida podrían llenar volúmenes y no satisfarían a nuestra razón porque no pueden ser validados mediante ella. Nuestra razón nos permite conocer lo que es grande y lo que es chico, lo que es igual y lo que es diferente, lo que es rojo y lo que es gris, nos permite conducirnos en el mundo material de sensaciones. Dios no es una sensación. Dios no es un hijo de la razón, Dios la ha creado para ayudarnos a sobrevivir en la Tierra. La existencia de Dios la sentimos desde mucho más adentro, desde lo más profundo de nosotros mismos. Asimismo, sentimos el llamado de la otra vida. Tenemos hambre de Dios y de la otra vida porque a ellos nos pertenecemos.

Al aceptar la existencia de Dios y la otra vida, y que Dios tiene designios sobre nosotros, el rumbo del barco de nuestras vidas se esclarece; en una forma que no podemos comprender vamos hacia Dios, de acuerdo a los designios que Él tiene para con nosotros. Como el marinero que en medio del mar infinito lleva su barco hacia la tierra lejana que intuye. Ese ir hacia Dios generalmente está unido a un sentimiento religioso y a una religión. Pero no tiene necesariamente que ser así. Se puede intuir la existencia de Dios aún sin tener una religión, así como se puede cumplir los ritos de una religión tan solo por conveniencia social.

San León Magno nos explica que si alguien quiere saber si Dios habita en él “examine sinceramente el

fondo de su corazón e indague con empeño con qué humildad resiste al orgullo, con qué benevolencia combate la envidia, en qué medida vence los halagos y se alegra con el bien ajeno. Examine si no desea volver mal por mal y si prefiere perdonar las injurias”.

Es fácil decir que vamos donde Dios quiere, que tenemos que cumplir con las tareas que Dios nos ha impuesto. No es fácil explicar y menos comprender qué es lo que eso quiere decir, ni cómo ello tiene que moldear nuestras vidas. Para que esa aseveración nos sea útil tenemos que ponerla en el contexto de nuestro diario vivir, de nuestro diario actuar. Casiano nos sugiere que “el fin último de nuestro camino es el reino de Dios, pero nuestro blanco, nuestro objetivo inmediato es la pureza del corazón”. Tener un corazón limpio y claro. Y aquí es útil rescatar el viejo, hoy casi olvidado y desprestigiado, concepto de pecado.

PECADO

“En resistir, pues, a las pasiones se encuentra la verdadera paz del corazón”.
(Kempis)

“Si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala lejos de ti”.
(El Evangelio según San Mateo)

Ya no se habla de pecado. Pecado trae a la mente al diablo con un trinche, a viejas vestidas de negro con mantillas; imágenes alejadas de nuestras diarias vivencias y superadas por nuestro mundo moderno.

El haber descartado el pecado es una de las causas de las dificultades en que se debaten nuestras comunidades. Veamos por qué. Para el cristiano el pecado es una ofensa a Dios, es ir contra los mandamientos dados por Dios. El pecado surge de habernos preocupado sólo de nuestras conveniencias y comodidades, sin importarnos el daño que hacemos a los que nos rodean. El ladrón roba y el asesino mata sin importarles sus víctimas; el violador se preocupa por su placer, no por el daño que causa; el que blasfema calma su ira insultando a Dios; el que abandona a sus padres o a su familia lo hace por librarse de sus obligaciones. Podemos hacer la lista infinita. Y, ¡oh sorpresa!, el pecado visto así no es otra cosa que el resultado del egoísmo. Al preocuparnos exclusivamente de nosotros, de nuestro qué hacer inmediato, al extremo de hacer daño a los otros, pecamos.

Preguntémonos, ¿qué sociedad será más agradable para vivir, más alegre, más segura, más llena de esperanza? ¿Una sociedad llena de pecado, es decir, una en la que cada uno se preocupa de lo suyo, sin importarle hacer daño, grave daño a veces, a los demás, o una sociedad libre de pecado en la que nadie quiere hacer daño a los demás? Pocos preferiríamos la sociedad llena de pecado, escogeríamos la libre de pecado. Puesto así, el

pecado ya no es un rezago medieval, ni una invención de los curas, ni de las reglas impuestas por un Dios que hoy buscamos confundir con la estructura del átomo, ni el falso temor inventado por algunos para controlar a los pequeños, a los incautos, a los crédulos o a los tontos. No. El pecado pasa a ser lo que hace a una comunidad infeliz, insegura, desagradable para los que viven en ella.

En nuestras comunidades modernas lo que se promueve es que cada uno actúe de acuerdo a lo que le sale, a lo que siente, a lo que le es cómodo, a lo que le es fácil, a lo que le es conveniente en el corto plazo. El egoísmo hace que, al actuar así, vayamos invadiendo lo que es de los demás y que poco a poco ya no nos importe si estacionamos frente al garaje de otro o lo estafamos vendiéndole menos de lo que paga o de si cortejamos a su esposa o le mandamos a pegar o a matar. Todos esos actos contra los demás los justificamos porque nos son convenientes, porque incrementan nuestra felicidad y comodidad. Y si nuestra felicidad y comodidad son los únicos bienes que reconocemos, por ellos justificaremos lo que se nos ocurra hacer. Nos corromperemos más y más a medida que vivimos.

¿Y el pecado? Bueno, hemos ido a la luna, no nos hablen de cosas pasadas de moda. ¿Pasadas de moda? Hemos visto que no es así. Una comunidad egoísta es una comunidad en la que impera el pecado, no es una comunidad agradable para vivir, no es la comunidad para dejar en herencia a nuestros hijos.

El pecado surge de vivir con el egoísmo como norma de conducta sin importar si se ofende a Dios, para los que creen en Él, o si se ofende, se daña o se destruye a otros seres humanos. Casiano decía que “quienes viven al albur de las circunstancias y sin regla alguna es imposible que no adolezcan de todos los vicios”. Reflexionemos qué pasa cuando el pecado de otros nos afecta, tratemos de evaluar esos sentimientos amargos que nacen inevitablemente dentro de nosotros cuando se nos veja, se nos insulta, se nos ofende, se nos roba. Reflexionemos a continuación cómo deben sentirse

aquellos a quienes les hacemos lo mismo. Ciertamente que tan mal como nosotros. Alcemos la vista. En una sociedad llena de pecado, de egoísmo, ¡cuántos se sentirán tan llenos de esos sentimientos amargos que ocultan tras una sonrisa! Por afuera la sonrisa hipócrita, por dentro el que me importismo y la negación de valores con que nos enfrentamos a un mundo egoísta y lleno de pecado.

Suena terrible, ¿no es verdad? Tal vez exagero mucho, tal vez solamente un poco. Puestas las cosas así, el que ya no nos importe el pecado parece ser una de las causas de las dificultades en que se debaten nuestras comunidades, por lo que no son tan maravillosas como quisiéramos que fuesen, como podrían ser.

Y hay más aún. El pecado no solamente corrompe nuestras comunidades sino que corrompe siempre al pecador, aunque no perjudique aparentemente a nadie, como sería el caso de un pensamiento malvado. El que piensa en matar se convierte en un asesino aunque nunca haya matado. A medida que dejamos que el deseo de pecado, que la maldad, se apodere de nosotros, nos hacemos inseguros, maledicientes, duros, incómodos e infelices. Perdemos la risa, el brillo de los ojos y la razón de vivir. Perdemos la felicidad.

El pecado nos aleja de las tareas que Dios nos ha dado aquí en la Tierra.

LA FE DEL CARBONERO

“La fe se asemeja a una antorcha, porque por ella se ilumina la
marcha del hombre interior”.
(San Remigio)

“Tu fe te ha sanado”.
(El Evangelio según San Mateo)

¿Qué tareas nos ha dado Dios aquí en la Tierra? La primera es hacia nosotros mismos. Estar siempre conscientes que somos portadores de valores eternos y que tenemos un papel que cumplir en el plan de Dios, desarrollando los talentos que hemos recibido, haciendo realidad nuestros sueños y no dejándonos llevar por la comodidad. El enemigo es la comodidad, la rutina de la comodidad.

La segunda tarea es hacia nuestras familias. Hacia nuestros padres, dándoles apoyo cuando se acerca el fin de sus vidas, haciéndose débiles y dependientes. Hacia nuestro cónyuge, haciendo que comparta nuestras vidas, nuestras esperanzas y nuestros fracasos, no sólo el dormitorio y los compromisos sociales; que seamos una pareja y no dos vidas paralelas. Hacia nuestros hijos, desarrollando en ellos una conciencia recta, ayudándolos a descubrir su potencial y a desarrollarlo dentro de los designios de Dios.

La tercera tarea es hacia nuestra comunidad, dejándola mejor de cómo la encontramos, no solamente al final de nuestras vidas sino en cada uno de nuestros actos, recogiendo un papel en el suelo, consolando a un afligido, defendiendo una causa justa, todo ello sin dejar de escuchar la voz de Dios en medio del ruido ensordecedor del diario vivir.

Tenemos que identificar esas tareas de nuestras vidas y poner todo nuestro esfuerzo y todos nuestros talentos para llevarlas a cabo, siguiendo así el plan de Dios hacia nosotros, hacia nuestras familias y hacia nuestra comunidad. Teniendo como nuestro lema constante el

dejar las cosas más cercanas a la paz de Dios, mejor ordenadas para cumplir con los designios de Dios. Ser instrumentos de su paz, dentro del papel que a cada uno nos toca jugar. Actuar así nos quitará la ansiedad del siempre querer más y nos dará la paz. Nos dará un ancho cauce protegido donde afinar nuestras vidas, no una planicie infinita barrida por el viento.

Dios nos ha creado en el mundo. Si somos cristianos creemos que Dios nos ha creado por amor y que nos ha dado sus mandamientos para instruirnos a cómo actuar en el mundo. Actuando de acuerdo con sus enseñanzas actuamos de acuerdo al plan de Dios. ¿Qué nos dice Jesús?: “si quieres ser perfecto, deja todo y sígueme”. Es decir que las posesiones ya no aten nuestro corazón, que sea libre para actuar sin la trabas que le pone el tener. Esforzándonos para conseguir una posición cómoda para los nuestros, pero reconociendo que el alcanzarla no puede convertirse de un medio en el objetivo de nuestras vidas, tiene que ser tan sólo el sustento físico de nuestra vida en paz.

La religión que escojamos, o la que nuestros padres o la sociedad hayan escogido por nosotros, modela enormemente nuestras vidas. Yo fui educado como católico y practico esa fe. Pero no puedo menos que reconocer que el musulmán que se postra en el desierto a orar siente la misma certidumbre que yo, o el tibetano que reza sin fin. No puedo menos que concluir que lo importante es cómo hacemos que nuestra religión nos ayude a llegar a Dios. Siendo católico mis reflexiones naturalmente tendrán el tinte de mi fe. Pero tinte no es lo mismo que prejuicio.

La religión que escojamos nos ayudará a afinar la dirección de nuestras vidas, a hacer a Dios parte de ellas. Pero el tener una religión no es suficiente. La religión es un camino señalizado hacia Dios. Si lo caminamos lentamente o a desgana o nos sentamos a cada rato a su vera, no llegaremos lejos. El practicar una religión en nuestra vida diaria es un paso indispensable para tomar

el timón del barco de nuestras vidas. Pero no es fácil hacerlo.

No es fácil ir hacia Dios, porque en nuestra sociedad ir hacia Dios es nadar contra corriente. Siempre lo ha sido. Pero particularmente en estos tiempos en que vivimos en que la tentación materialista es fuerte, en que nuestro control de la naturaleza nos abre la posibilidad de comodidades sin cuenta. Pero ya habremos dado un primer paso al reconocer la existencia de Dios y que es justamente ese Dios quien da esas comodidades al que se esfuerza en conseguirlas, para ser usadas y gozadas, pero no para que ellas nos esclavicen. Como dice Clemente de Alejandría, Dios “nos da, por un poco de fe, la Tierra inmensa para cultivar; agua para beber y agua para navegar; el aire para respirar, el fuego para trabajar...”.

Nuestro dilema es que también tienen esa tentación materialista, y la gozan con menos restricciones, los que no creen en Dios, los que no tienen valores, los egoístas. Y la sociedad los premia:

Las medallas de los hombres
se entregan por compromiso,
no se entregan a los pocos
que extrañas luces aprecian,
se premia no al que en la lucha
pone el esfuerzo postrero,
más bien a aquel que trampeando
se pone en fila primero.

Aún para los que queremos ir hacia Dios no es fácil superar la tentación de empujar, golpear, engañar y hasta matar para ponernos en fila primero.

El ir hacia Dios es un derrotero difícil y que nunca termina. Por lo tanto, hay que empezar a recorrerlo temprano en nuestras vidas. Sin mucho equipaje. Por un tiempo aquí, sobre la Tierra y luego desde el lugar en que Dios nos tenga reservado. Así de sencillo. Una fe simple y clara, sin sutiles argumentos ni complejas teologías. La llaman la fe del carbonero. Difícil de entender para lo

que se creen más que el resto. San Agustín nos recuerda que “la fe no es propia de los soberbios, sino de los humildes”, y San Ambrosio que “la fe, si es fuerte, defiende toda la casa”.

No se puede decir mucho más. Decir más implica usar nuestra razón para dar respuestas y ya hemos visto que la razón no da respuestas a las preguntas sobre nuestro destino final porque no está hecha para eso. Si no creemos en Dios ni creemos en sus designios sobre nosotros no sabremos dónde vamos, estaremos cerrando los ojos ante las realidades evidentes de nuestra naturaleza. Y el que cierra los ojos inevitablemente tropieza y cae. Todo se hace sencillo si desde nuestro corazón decimos: creemos en Dios y creemos que tiene designios sobre nosotros en esta Tierra y después de muertos.

Ese reconocimiento nos abre la puerta a La Vida Plena. Dice San Agustín que “la fe es la escalera que lleva al conocimiento, el conocimiento es el premio de la fe”. Solamente al creer y al aceptar esas avasalladoras certezas se aclara el resto. Ahora sí podemos usar la razón para vivir pero cada vez que tengamos dudas tenemos que regresar a nuestro corazón. Y desde allí podremos seguir el consejo de Santa Teresa:

“Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia todo lo alcanza,
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta “.

EL CAMINO ANGUSTIOSO

LA MEDIDA DEL ÉXITO

“Ahora para ser honrado, manso, fiel, coherente, humilde y generoso,
se necesita estar loco”.
(Padre Vicente Agila)

“Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las
riquezas”.
(El Evangelio según San Mateo)

El tomar el camino hacia Dios nos obliga a enfrentarnos a la sociedad, la que trata de arrastrarnos al camino angustioso de buscar exclusivamente el éxito económico. Ante ese arrastre no podemos ser pasivos: un tambor que toca, una campana que tañe. Es indispensable prepararnos, con compromiso y fortaleza, a contrarrestarlo. Sin dejar la sociedad en que vivimos, porque, como dice Tertuliano: “convivir con los paganos no es tener sus mismas costumbres”. Sin olvidar que el camino hacia Dios tiene un precio: el que la sociedad nos considere menos exitosos de lo que hubiésemos sido, a sus ojos, de haber buscado exclusivamente el éxito económico.

Nadie quiere ni considerarse ni que lo consideren un fracasado. Queremos sentirnos exitosos y la mayoría de nosotros, para lograrlo, necesitamos que la gente

alrededor nuestro nos considere exitosos. Algunos no necesitan de esa confirmación exterior, pero la mayoría sí la necesitamos. ¿Cómo mide nuestro éxito la sociedad? Todos tenemos en ella mezclas de funciones diversas: arquitecto, maestra, vecino, padre de familia, empleado, mesero, prestidigitador, médico. Nuestro éxito tendría que ser medido por cuán bien cumplimos nuestra mezcla personal de funciones. Parece sencillo, pero en realidad es complejo, porque para hacer esa medición haría falta que nos conociesen en profundidad, lo que rara vez es posible en nuestros fugaces y superficiales encuentros.

Ello hace que simplifiquemos y midamos el éxito más bien por el consumo ostentoso que hace cada uno. A aquel que consume caviar a solas o atesora sus monedas de oro no lo consideramos exitoso. Ni a aquel que escribe un libro profundo y hermoso que no se vende. Ni a aquel que se entierra en la selva a catequizar o a curar. Ni a aquel que simplemente hace su trabajo bien y no acepta sobornos. Exitoso para la sociedad es aquel quien tiene una casa a todo dar, carros nuevos, ropa a la moda, que viaja constantemente, que está rodeado de un aire de prosperidad económica. Ya no importa cuáles son sus funciones en la sociedad, ni si las hace bien o mal, lo único que se toma en cuenta es si le producen ingresos que le permitan consumir ostentosamente. No tiene importancia lo que haga, mientras haga lo no aceptable con recato.

El medir el éxito por el consumo ostentoso trae ciertas consecuencias que no nos gustan. Por ejemplo, con respecto a valores. Podemos vivir de acuerdo a nuestros valores, pero si no consumimos ostentosamente no se nos considera exitosos, algunos pueden tener ingresos de dudosa precedencia pero mientras se comporten socialmente bien y consuman, se los considera exitosos. Los ejemplos abundan alrededor nuestro. Y así, en nuestra sociedad, los valores pasan a un segundo plano, un apreciado complemento, pero solamente un complemento, del éxito económico.

Otro ejemplo es el civismo. Servir al país desde una función pública no proporciona ingresos importantes. El funcionario público honesto tiene que vivir con relativa modestia. Podrá cumplir muy bien con su función pero la sociedad no lo considera exitoso a menos que consuma. Si roba al erario público o recibe sobornos, pero consume ostentosamente, lo recibimos bien y buscamos su amistad. Aunque nos preguntemos de dónde sale tanto dinero no nos preocupamos demasiado de la respuesta que intuimos. Mientras consuma todo va bien. Y así, el civismo pasa a un segundo plano, un apreciado complemento, pero solamente un complemento, del éxito económico.

Otro ejemplo es la función de madre de familia. Puede ella tener un hogar maravilloso e hijos muy bien educados, pero la sociedad no valora ese trabajo. Más se valora el de la mujer que tiene un empleo, aunque sea rutinario y sin responsabilidades mayores, porque genera ingresos que permiten consumir. Y consumiendo es como se mide el éxito. Por lo que muchas mujeres que valoran su papel como madres de familia se sienten frustradas porque la sociedad no lo valora. Y así, los valores tradicionales de la mujer pasan a un segundo plano, un apreciado complemento, pero solamente un complemento, del éxito económico.

Otro ejemplo son las actividades que no dan mucho dinero. Pintores, músicos, escritores, educadores y religiosos no son bien retribuidos en nuestra sociedad y, por lo tanto, no son valorados. O lo son de boca para afuera, porque lo importante no es que pinten, compongan, escriban, eduquen o sirvan a Dios bien, sino que tengan éxito económico. Su éxito se mide por el dinero que generan, no por la calidad de su obra. Un escritor de novelas pornográficas tiene más éxito en nuestra sociedad que el que escribe tratados históricos. Y así la cultura pasa a un segundo plano, un apreciado complemento, pero solamente un complemento, del éxito económico.

Otro ejemplo es nuestro propio país. Medimos su éxito por la capacidad de consumir que tienen sus ciudadanos, por el ingreso per cápita, no por cuán baja es su mortalidad infantil, cuán seguras sus calles, cuán educativos sus programas de televisión o cuán alta la calidad de sus centros de salud. Y así, el tener una sociedad justa pasa a un segundo plano, un apreciado complemento, pero solamente un complemento, del éxito económico.

Todo ello nos presenta ásperos dilemas en nuestras vidas. Queremos caracterizarnos por nuestros valores, por nuestro civismo, por nuestra cultura, pero no queremos que ello nos impida tener éxito económico. Si tuviésemos que escoger, ¿qué escogeríamos?, ¿valores o éxito económico? Ante la alternativa de una vida honorable pero modesta, ¿preferiríamos gastar ostentosamente fondos de dudoso origen? Dificil pregunta. ¿Cuál es nuestra honesta respuesta? Esa respuesta nos revelará si estamos marchando hacia Dios o si estamos siendo arrastrados por la sociedad.

La sociedad nos arrastra a buscar exclusivamente el éxito económico porque en la sociedad el dinero es el principal bien. Todo está en venta, hasta los seres humanos, hasta nosotros mismos. En nuestro trabajo hemos pasado a ser un producto de consumo más para otros. No debemos sorprendernos por ello. Al fin y al cabo, el supremo árbitro que hemos establecido es el consumir, para lo cual hace falta enriquecerse como sea.

El consumir ostentosamente es cómo la sociedad mide nuestro éxito, éxito que a su vez promueve la venta de nuestros productos y de nosotros mismos, venta de dónde obtenemos los recursos para consumir ostentosamente. Ese es el círculo vicioso de la sociedad de hoy, círculo que a medida que gira más y más rápidamente puede tentarnos a exclamar:

Me encuentro cansado de tanto girar,
de dar tantas vueltas y a nada llegar,
empiezo una cosa que no he de acabar
porque hay otra nueva que quiero empezar.

He perdido el rumbo, no sé donde voy,
quisiera un momento parar el furgón
donde llevo cosas, confuso montón,
para hacer limpieza, hallar lo que soy.

Juan Pablo II lo pone muy claro al decir que “así los valores del ser son sustituidos por el tener. El único fin que cuenta es la consecución del propio bienestar. La llamada calidad de vida se interpreta exclusivamente como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas – relacionales, espirituales y religiosas – de su existencia”. Como dice San Juan de la Cruz, “aunque todo lo tenga nada lo llena. Y cuantas más cosas tiene menos está satisfecho. La satisfacción del corazón no está en tener más”.

EN MEDIO DEL CAMBIO

“Cada uno es lo que es su amor. ¿Amas a la Tierra? Te harás tierra”.
(San Agustín)

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba y razonaba como niño, pero cuando ya fui hombre, dejé atrás las cosas de niño”.
(San Pablo)

El tomar el camino hacia Dios nos obliga también a enfrentarnos al temor al cambio, temor que trata de arrastrarnos al camino angustioso de olvidarnos del resto. El cambio desnuda lo que creemos son nuestras limitaciones. Nos asusta y nos acobarda, nos hace hundir la cabeza en la multitud.

Vivimos y viviremos con el cambio. Para empezar, con el cambio en nosotros, doloroso a veces, expectante otras. Una dura experiencia de cambio común para todos es la transición de adolescentes a adultos:

Rompí las amarras y dejé mi casa,
mi casa de niño, mi cama y mi mesa,
mis libros de cuentos, las fotos de escuela,
dejé mis juguetes, lápices y regla,
mis buenos compases, mi ropa de fiesta,
las cosas tan mías, anclas a una vida
que amé en un momento
y que hoy me es estrecha.

Es ley de la vida, cien veces se empieza,
se cambia de casa, de ropa, de ideas,
se miran las cosas con mirada nueva,
se baraja el naípe, se tiran los dados
y otra vez el juego, la vida, comienza.

No puedo llevarme todo lo que tengo,
la piel que descarto se queda, la dejo,
ya no es parte mía, la nueva que crezco
recoge la forma, el tamaño que hoy tengo,
me gusta mirar la que usaba, de lejos,
a veces la echo de menos, quisiera aún tenerla,
más ya no es posible,
en esa piel vieja, hoy ya no entro.

El entorno en que vivimos también muda la piel. Esa muda se ha acelerado en las últimas décadas. Vivimos en forma radicalmente diferente a la que vivieron por siglos, por milenios, nuestros antepasados. Antes el mundo se movía con el sudor y con las manos de hombres y de mujeres. Lo que hacíamos podía ser entendido por todos, hoy la tecnología hace casi milagros. Ya no es la azada y el ladrillo, que aunque no sepamos usar con pericia, sí entendemos. Ahora es computadoras y rayos láser, que poco entendemos y de los cuales dependemos. Es algo así como regresar al mundo de nuestra niñez, con hadas y con magos.

El cambio ha trastocado nuestra manera de actuar hacia los demás. Ha hecho que ya no estemos tan encasillados como lo estaban nuestros antepasados dentro de estructuras sociales cuyos miembros estaban profundamente relacionados unos con otros. Hoy son cada día más independientes, están cada día más solos. Sentimos cada día menos las obligaciones que han sido tradicionales hacia nuestra parentela y nuestra comunidad. Esa menor dependencia nos tienta a preocuparnos exclusivamente de nosotros mismos. Nos invita a producir más y tener más, porque ahora podemos producir y tener sin necesidad de compartir. Promueve el egoísmo, alejándonos de los que necesitan nuestra ayuda, de la felicidad de dar. Curiosamente, también nos hace reacios a aceptar algo de los otros, ino sea que nos comprometa a una amistad que no nos conviene! Y, así, robamos a los otros la felicidad de dar.

A la par que ha reducido nuestros deberes hacia los demás, el cambio en nuestras sociedades nos ha dado más derechos, que podemos defender a través de las instituciones impersonales que hemos creado. Ya no requerimos del apoyo de los cercanos a nosotros.

Los deberes ponen énfasis en nuestro sentido de familia, de comunidad, de humanidad, los derechos ponen énfasis en nuestro egoísmo. El depender menos de los otros, el poder valérmolas solos en nuestras sociedades organizadas nos está robando las profundas satisfacciones de la vida en común, con sus goces y sus obligaciones.

La comunidad tradicional de parientes y amigos está debilitándose y, con ello, está peligrando la familia. La familia no es una entidad estable fuera de una comunidad, es parte inseparable de la cadena: sociedad, comunidad, familia e individuo. Al preocuparnos exclusivamente de nosotros mismos y de nuestra familia íntima rompemos el nexo con la comunidad de parientes y amigos que eran los soportes de la familia. No debe sorprendernos, entonces, su debilitamiento. En muchas sociedades la familia está disgregándose, dando lugar a unidades más pequeñas: solteros, hijos viviendo con sólo padre o madre, parejas sin hijos; los hijos pasan a ser, en algunos casos, una rémora para enriquecerse y consumir. Se convierten en un impedimento para gastar, en uno mismo, todo lo que se gana.

El deseo de ser exitosos económicamente y las menores obligaciones hacia el resto han aumentado enormemente la competencia en el mundo. Ya no hay rincón seguro, ahora hay que estar muy despiertos para que no nos arrebaten lo que tenemos. Vemos a todos los que nos rodean como competidores, enemigos casi, buscando apoderarse de un pedazo de lo nuestro, buscando crear un mundo a su conveniencia y a su medida donde no cabemos nosotros. Por nuestra parte, buscamos usar nuestras garras, para asirnos a lo que tenemos, y nuestros colmillos, para amedrentar a los demás. Curiosamente, lo que llamamos nuestra

civilización nos hace cada día menos civilizados. Preocupados con pertenencias, con garras y con colmillos rara vez tenemos tiempo de mirar nuestro corazón y los corazones de los demás.

Podemos soñar en dar la vuelta a las manecillas del reloj y regresar al tiempo pasado. No nos gustaría. El pasado es un lugar extraño para nosotros. No podemos tampoco dar la espalda al cambio, estamos inmersos en él. Tenemos que protegernos del cambio con la astucia de nuestra naturaleza animal. Sin dar la espalda a Dios. Buscando que nuestros derroteros sean los que nos susurra nuestra naturaleza escondida. Pero es difícil. El trajinar de hoy nos arrastra, nos presiona, nos exaspera; la tensión nos enferma y hasta nos mata.

En este mundo en rápido cambio, parecería que de lo único que podemos estar seguros es que el mañana será diferente al hoy y al ayer. ¿Verdad? Sólo en parte. ¿Qué no ha cambiado desde que el mundo es mundo? Reflexionemos sobre ello y afinquemos en ello nuestras vidas.

En primer lugar nosotros, los seres humanos. ¡Poco hemos cambiado! De nuestras cosas íntimas podríamos conversar con alguien que vivió hace miles de años. No le podríamos explicar con facilidad cómo funciona un teléfono celular, pero sí podríamos conversar sobre nuestras vidas, sobre nuestras ilusiones e inquietudes, sobre nuestros hijos y nuestros padres, sobre nuestras alegrías y sinsabores, sobre nuestro trabajo. Los textos en escritura cuneiforme de los sumerios y los jeroglíficos de los egipcios hablan de temas cercanos a nosotros: de la vida y de la muerte, y de los negocios.

En segundo lugar, tampoco han cambiado los que nos aman alrededor nuestro: nuestra familia íntima, nuestra familia extendida, nuestros amigos. Allí están y siempre han estado, en el lugar de siempre, los que nos aprecian, los que sienten por nosotros, los que se preocupan por nosotros. Es simplemente cuestión de darles más tiempo.

En tercer lugar también está allí el mundo maravilloso que nos rodea, en su infinita belleza, así como está allí la belleza que hemos creado. Casi no los notamos, preocupados con nuestro diario afán. Nuevamente, es cuestión de darles más tiempo.

Está también Dios. Es cuestión de darle más tiempo.

Casiano nos hace reflexionar: “Si tenemos fija la mirada en las cosas de la eternidad, y estamos persuadidos de que todo lo de este mundo pasa y termina, viviremos siempre contentos y permaneceremos inquebrantables en nuestro entusiasmo hasta el fin. No nos abatirá el infortunio, ni nos llenará de soberbia la prosperidad, porque consideraremos ambas cosas como caducas y transitorias”.

VANIDAD Y SOBERBIA

“Algunas veces conviene para nuestra humildad que otros sepan nuestros defectos”.
(Kempis)

“Más líbranos del mal”.
(El Evangelio según San Mateo)

El tomar el camino hacia Dios nos obliga también a enfrentarnos a nuestra vanidad y a nuestra soberbia, las que tratan de arrastrarnos al camino angustioso de solamente preocuparnos de nosotros.

¿Qué parte de nuestros esfuerzos dirigimos a impresionar a otros, en vana pompa y ostentación, y qué parte a forjarnos como seres humanos completos? ¿Cuánto dedicamos a adornar lo que de nosotros se ve y qué parte a adornar lo que solamente vemos nosotros? Algunos dirán: “lo importante es lo que piensan de mí. Si me piensan exitoso, hábil, rico e inteligente, bien parecido, ¿qué importa si no lo soy en realidad? Lo que importa no es lo que soy, sino lo que la gente piensa que soy”.

Hay los pocos que quieren ser lo que son y no les importa lo que piense el resto. No les interesa impresionar a nadie. Son auténticos. Son los que realmente son.

Hay los que quieren aparentar lo que no son y que para ello se pintan el pelo de colorado o no se bañan o hacen todo tipo de excentricidades para que se los vea diferentes, expresando lo que quisieran fuese su personalidad, pero que en realidad no es otra cosa que su vacío. Son como un cántaro hueco pintado de colores brillantes por afuera, pero que por dentro está lleno de aire. Son esclavos de los demás.

Hay los que hacemos el esfuerzo de vivir, no siempre con éxito, de acuerdo a normas que nos hemos impuesto, muchas veces recogidas de nuestra religión o concepción de la vida, y caminamos a trompicones hacia metas

establecidas por nosotros mismos, pero preocupados de la opinión de los demás. Somos los que no estamos vacíos por dentro, pero tampoco estamos tan llenos de cosas de valor como nos gustaría que la gente alrededor nuestro creyese que estamos. En lugar de esforzarnos por llenarnos de ellas nos dedicamos, como el pavo real, a esponjar las plumas y a hacer ruido para llamar la atención. Citamos a autores que no hemos leído, aparentamos ser catadores de vinos finos o conocedores de platos exóticos, hablamos familiarmente de gente que apenas conocemos, contamos anécdotas que nos enaltecen, pero que acabamos de inventar. ¡Pura vanidad!, que dejada sin control es la semilla de la soberbia.

Esa vanidad nos convierte en esclavos de los demás, al estar siempre pendientes de su aprobación y aplauso. Aprobación y aplauso que viene raras veces, porque los demás también están ocupados en esponjar su plumaje, en exhibir su vanidad.

La vanidad nos impide ser nosotros mismos, nos impide caminar nuestros propios senderos, llegar a nuestros propios destinos. La satisfacción que nos reconozcan, que nos honren, que nos aplaudan, nos hace desconocer nuestro potencial para limitarnos a desarrollar lo que se ve, lo que relumbra.

Nuestra vanidad hace que otros nos manipulen. San Ignacio de Antioquia nos lo advierte: "... me es necesario no prestar oído a quienes podrían tentarme de orgullo. Porque cuantos me alaban en realidad me dañan". Nos aconseja San Juan Crisóstomo: "El desprecio a las alabanzas es lo primero y lo principal que hemos de aprender". Y finalmente San Basilio: "De nada debe huir el hombre prudente tanto como de vivir de la opinión de los demás".

Al ser nosotros mismos ya no dependemos de la alabanza de los otros, dejamos de buscar su aplauso. Es posible que llegue, y si llega hay que alegrarse y emocionarse, pero no hay que buscarlo con ansia ni hay que envanecerse cuando llega, porque allí estaríamos,

nuevamente, pasando a depender de la alabanza de los que nos rodean, volviéndonos esclavos de los demás. No es tarea fácil no depender de ella, porque nos encanta que nos aplaudan, que nos feliciten, que nos encomien.

La vanidad con el tiempo puede convertirse en soberbia. La soberbia nos lleva a valorarnos en exceso y a menospreciar a los demás, a ese creerse más de lo que uno es, a ese orgullo, a esa ambición desmesurada que llevan a alguien a salirse de sus límites. Los soberbios son así castigados al cerrárseles la relación abierta y franca con sus semejantes, privándolos de esa necesidad primordial del ser humano: la vida en comunidad.

La humildad es la vacuna contra la soberbia. No juzgar a los demás, no creernos más que los demás, observar no solamente el exterior, sino el tesoro que se esconde dentro de cada uno. Como dice Gregorio Magno, “aún las buenas acciones carecen de valor cuando no están sazonadas con la virtud de la humildad. Las más grandes, practicadas con soberbia, en vez de ensalzar, rebajan. El que acopia virtudes sin humildad arroja polvo al viento, y donde parece que obra provechosamente, allí incurre en la más lastimosa ceguera”.

En la medida que pongamos todo nuestro esfuerzo en lucimiento, tarde o temprano cualquier brisa suave nos arrancará del suelo, desgarrando nuestras vidas. Viviremos una permanente superficialidad, que tarde o temprano se hará evidente para todos. San Agustín nos recomienda que “si quieres ser grande, comienza por ser pequeño, si quieres construir un edificio que llegue hasta el cielo, piensa primero en poner el fundamento de la humildad. El edificio antes de subir se humilla y su cúspide se erige después de su humillación”. A más profundos sus cimientos mayor su humillación inicial. A mayor su humillación inicial, mayor será su gloria.

EL ANSIA DE TENER

“Si abundan las riquezas no apaguéis vuestro corazón”.
(Salmos)

“No sólo de pan vive el hombre sino de todo lo que sale de la boca de
Dios”.
(El Evangelio según San Mateo)

El tomar el camino hacia Dios nos obliga también a enfrentarnos a la avaricia, la que trata de arrastrarnos al camino angustioso de solamente preocuparnos del tener.

El mundo nos tienta con el deseo de acumular sin limite, con el deseo inmoderado de tener más, nos invita a la avaricia. Los hombres y las mujeres que han reflexionado sobre la vida nos han advertido una y otra vez que la avaricia cambia al ser humano, lo seca. San León dice que “no se encuentra vestigio alguno de bondad en el corazón del que la avaricia ha hecho su morada”. San Agustín es más duro todavía cuando asevera que “la avaricia es insaciable, no teme a Dios ni respeta al hombre, ni perdona al padre ni guarda fidelidad al amigo, oprime a la viuda y se apodera de los bienes del huérfano”. Advierte San Juan Crisóstomo que “la abundancia de riquezas no sólo no sacia la ambición del rico, sino que la aumenta, como sucede con el fuego, que se fomenta más cuando encuentra mayores elementos que devorar” y lo ejemplifica al explicar que “para el goloso, su Dios es vientre, para el lascivo, su tesoro es la impureza.... Cada uno es esclavo del que le ha vencido. Tiene su corazón donde tiene su tesoro”.

Cuando San Gregorio Magno, nos advierte el peligro de que “entregados a las cosas de este mundo, nos vamos volviendo tanto más insensibles a las realidades del espíritu”, no podemos menos que preguntarnos: ¿cuántos cumpleaños de nuestros hijos hemos perdido, a cuántos funerales de amigos cercanos, de familiares, no hemos tenido tiempo de ir, a cuántas reuniones de compañeros de colegio hemos faltado para evitar

encontrarnos con quienes no pertenecen ya a nuestro nivel social o nos pueden pedir algún favor que no podrán retribuir?

La riqueza no es mala en sí, es un poderoso instrumento para hacer el bien. San Agustín nos lo recuerda al decir que “en ti debe haber una fuente, no una bolsa”. Anota San Basilio: “de aquí que no se deba tener al rico por dichoso sólo por sus riquezas, ni al poderoso por su autoridad y dignidad, ni al fuerte por la robustez de su cuerpo, ni al sabio por su eximia elocuencia. Todas estas cosas son instrumentos de virtud para los que las usan rectamente; pero ellas, en sí mismas, no contienen felicidad”. San León Magno anota que “el tesoro del hombre viene a ser como la reunión de los frutos recolectados con su esfuerzo. Lo que uno siembra, eso cosechará, y cual sea el trabajo de cada uno, tal será su ganancia y donde ponga el corazón, su deleite, allí queda reducida su solicitud. Más, como hay muchas clases de riqueza y objetos de placer, el tesoro de cada uno viene determinado por la tendencia de su deseo, y si este deseo se limita a los bienes terrenos, no hallará en ellos la felicidad, sino la desdicha”. San Jerónimo nos instruye que “quien es esclavo de sus riquezas las guarda como esclavo, pero el que sacude el yugo de su esclavitud las distribuye como señor”.

Y eso es. No hay mal en ser señores de nuestras riquezas, sino en que ellas sean señores nuestros. Hay mal cuando las usamos para dominar, para abusar, para comprar cuerpos o conciencias. San Ambrosio concluye: “aprendan los ricos que no consiste el mal en tener riquezas, sino en no saber usar de ellas”.

Es indudable que necesitamos ingresos para vivir y un tesoro, aunque sea pequeño, para algún día retirarnos y para los imprevistos. Necesitamos cubrir nuestras necesidades básicas. Sin alimentación suficiente, ropa con que cubrirnos y un lugar donde habitar la vida se hace insoportable. Pero esas necesidades básicas pueden ser hechas infinitamente elásticas. En la alimentación, entre pan y caviar; en la ropa, entre una túnica de

cáñamo y pieles de marta cibelina; en la vivienda, entre una cueva y un palacio. Prácticamente todo podría forzarse dentro del concepto de necesidades básicas. Siempre estamos casi contentos con lo que tenemos, solo queremos un poquito más que estamos seguros nos contentará para siempre. Por ende, nunca paramos. Pensemos qué de lo que tenemos es superfluo; probablemente concluyamos que nada. Y qué de lo que deseamos es superfluo, probablemente también concluyamos que nada. Si no definimos y expresamos precisamente lo que aspiramos tener nunca pararemos de acumular comodidades y lujos. La sociedad nos llama exclusivamente a ello.

La creciente abundancia de bienes de consumo, la agresiva publicidad con la que se nos los ofrecen y la valorización social que conlleva el tenerlos hace que deseemos tener más y más, y que demos una creciente parte de nuestro tiempo a conseguirlo. Ello nos deja cada día menos tiempo para las otras necesidades anímicas del ser humano, las necesidades no materiales, entre ellas la amistad, el relacionarnos profundamente con otros. Vamos caminando hacia atrás porque nuestras necesidades no materiales van siendo pospuestas para alcanzar un número siempre creciente de necesidades materiales ahora consideradas básicas, indispensables, para la vida, relacionadas con casa, alimentación y vestuario, con cosas, en fin. Ello hace que anotamos con tristeza:

Aquellos que observan nuestro caminar
no pueden ya vernos, sólo ven las cosas
que hemos conseguido con ansia tenaz,
que nos han robado nuestra identidad.

Parecemos sillas o mesas o cuadros,
o casas o libros o joyas o barcos o alfombras,
amarrados fuerte, confuso montón,
un monstruo que avanza, el monstruo que soy.

Amigo que pasas, quiero conversar,
quiero que conozcas mi profundidad,
no soy tan sólo cosas, soy también verdad,
dolores y penas, risas y amistad.

Pero ¿por qué pasas y pasas no más?,
alabas mis cosas, ¡yo te quiero hablar!,
detente un momento, yo estoy aquí adentro,
¡estoy prisionero!,
mas, ¡no quiero escapar!

ESCLAVOS

“Los bienes de la Tierra no son malos, se pervierten cuando el hombre los erige en ídolos y, ante esos ídolos, se postra”.
(San José María Escrivá)

“No amontonéis tesoros en la Tierra, donde hay polilla y herrumbre y ladrones que socavan y roban”.
(El Evangelio según San Mateo)

El sabernos esclavos del éxito económico, del temor al cambio, de nuestro egoísmo, de nuestros bienes, del ansia de tener hace que a veces deseemos liberarnos. Que queramos dejar de ser esclavos porque reconocemos que esa esclavitud hace de nuestra vida una carrera sin fin, una perpetua falta de respiración, un jadeo continuo, se convierte en esa angustia perenne que es el signo de nuestro tiempo y puede hacernos lamentar:

No puedo llorar, ya soy grande,
no hay hombro que acoja mis lágrimas
y así lloro por dentro en silencio.

En el fondo no sé por que lloro.
No puedo quejarme,
tengo lo que ansiaba.
La vida que llevo es muelle y segura,
respeto recibo, me quieren y quiero,
no anhelo morirme ni empezar de nuevo,
ino sé lo que quiero!

Lo que queremos es saber para qué hemos nacido, qué propósito tienen nuestras vidas. San José María Escrivá nos cuenta una historia: “En una ocasión vi un águila encerrada en una jaula de hierro. Estaba sucia, medio desplumada; tenía entre sus garras un trozo de carroña. Entonces pensé en lo que sería de mí si abandonara la vocación recibida por Dios. Me dio pena aquel animal solitario, aherrojado, que había nacido para subir muy

alto y mirar de frente al sol”. ¿Estamos nosotros así, cual es la carroña que agarramos, cuáles son las rejas?

¿Para qué hemos nacido? ¿Para consumir frenéticamente y luego morir? ¿Somos solamente el mecanismo consumidor necesario para que sean rentables industrias y supermercados? Ya hemos visto que no. Hemos nacido para subir muy alto y mirar de frente al sol. Somos portadores de valores eternos y tenemos un destino más allá de estas fronteras terrenales. Somos más importantes de lo que creemos. San Juan de la Cruz no exhorta: “¡Oh almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?” Dejamos que la sociedad nos meta en la jaula y nos alimente con la carroña del consumir.

La sociedad nos presiona para adquirir bienes y servicios de todo tipo, ofrecidos como indispensables y, lo que peor, suficientes, para una vida feliz. Para adquirirlos todo se gasta y nada se ahorra. Ello hace que cada vez más miembros de la familia tengan que generar un ingreso para mantener el nivel de consumo deseado y aún así nunca es suficiente. Nos llenamos de deudas, lo que hace la pérdida del empleo y de la aparentemente buena vida, tan precariamente gozada, una amenaza que aterroriza.

Consumir conlleva necesariamente producir. Para consumir más hay que producir más, para producir más hay que hacerlo con cada vez mayor eficiencia. Como uno de los factores productivos que se busca hacer eficiente es los seres humanos, se nos subordina al proceso productivo. Más aún, en muchas sociedades con altos niveles de desempleo estamos atados a nuestro empleador, sin capacidad de negociar. Nuestra subordinación al proceso productivo y el temor de perder nuestro trabajo, y con ello nuestros ingresos, nos trae tensiones, enfermedad y hasta muerte.

Ahora se dice a menudo: nadie es indispensable, y con ello se nos advierte que podemos ser fácilmente reemplazados, que somos un tornillo más en una compleja maquinaria y que hay muchos tornillos iguales.

Así se nos hace perder nuestra exquisita individualidad como seres humanos. Cuando usamos esa expresión: “nadie es indispensable”, lo hacemos casi con orgullo, no vemos las profundas implicaciones de nuestra deshumanización.

Nuestras vidas y nuestra felicidad parecen ser irremediabilmente dependientes de lo que producimos y de lo que consumimos: luz eléctrica, automóviles, viajes y refrigeradoras. ¿Es realmente así? Si meditamos sobre ello, encontraremos que no. Encontraremos que lo que más apreciamos, y lo que más nos hace falta, es lo que ha estado con nosotros desde siempre: la amistad, el amor, las bromas, el cantar con un grupo de amigos, el jugar con los hijos, el escuchar a los abuelos, el cantar desentonado al son de la guitarra, el esfuerzo de remar en un río, la ternura del hijo recién nacido que le aprieta a uno el dedo, una excelente comida o un buen vino, el caminar por una senda hermosa, el perfume de una flor. Podríamos vivir consumiendo menos y sin tanta sujeción a la moda, pero no podríamos vivir sin lo de siempre, que nos complica la vida pero que hace que valga la pena vivirla.

Las invenciones recientes han hecho la vida cómoda, así como la moda la ha hecho divertida, pero nos han quitado tiempo para lo de siempre. El dedicar cada día más tiempo para poder consumir y estar a la moda, y menos a lo de siempre, es la causa de nuestra angustia de hoy. Ello no quiere decir que deberíamos volver a la vida simple en una choza en las montañas. Esa vida simple nos aburriría y se convertiría en un martirio cuando nos accidentamos o cuando tengamos un dolor de muelas. La vida simple por la que tantos suspiran es para gente simple. Ya no lo somos. Pero sí somos gente ciega, ansiosa por consumir y estar a la moda, dejando de lado las satisfacciones que la raza humana ha estado saboreando por generaciones y que justamente por las invenciones modernas podría saborear hoy mucho mejor que antes.

La alternativa para no ser esclavizado por el consumir no es la pobreza; más aún, la pobreza no quiere decir que no estemos bajo la tiranía del consumir. Como dice Casiano: “De nada nos serviría vivir sin un céntimo si acariciamos el deseo de poseerlo”. San Agustín nos advierte que “todos lo que aman las riquezas, aún cuando no puedan conseguirlas, deben contarse en el número de los ricos”, y duramente añade que “lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. Se poseen cosas ajenas cuando se poseen cosas superfluas”. Finalmente, nos instruye que “el hombre busca las cosas para satisfacer una necesidad y cuando las tiene en abundancia empieza a llenarse de soberbia por ellas; es lo mismo que si alguno, estando herido, se jacta de tener en su casa muchas medicinas, como si no fuera mejor que no necesitase de ellas”.

Tenemos, pues, que usar las cosas con inteligencia, para nuestro beneficio, pero sin atarnos a ellas, resignándonos si tenemos pocas y no dejándonos esclavizar por ellas si tenemos muchas, pero sin despreciarlas; no hay nada de malo en usarlas, ni de bueno en no usarlas. Hay sí de malo en apegarse a ellas, pues para ello no fueron creadas. Así, una vez satisfechas, pobre o ricamente, cómoda o incómodamente, placentera o penosamente, nuestras necesidades de cosas, tenemos que abrirnos a ese otro mundo misterioso, a nuestra naturaleza escondida, a la que llegamos acallando el ruido del mundo para encontrarnos a nosotros mismos y empezar a conocernos.

EL CONOCERNOS

“Al no conocerse rectamente, los malos no se aman en verdad a sí mismos, sino que aman lo que creen que son”.
(San Tomás de Aquino)

“No os complazcáis en vuestra propia sabiduría”.
(San Pablo)

Nos es indispensable saber cómo enfrentarnos a la tentación del éxito económico, al temor al cambio, a la vanidad y la soberbia, al deseo inmoderado de tener. Pocos saben cómo hacerlo. Cuando hablamos de saber, de conocimientos, generalmente nos referimos a la capacitación intelectual o manual que nos prepara para un empleo o para montar nuestro propio negocio. Vemos el conocimiento como el instrumento para ganarnos la vida, para alcanzar mayores ingresos. ¿Hará ese conocimiento nuestras vidas más felices o nuestros problemas diarios menos acuciantes? Si así fuese, todos los que tienen estudios avanzados deberían ser felices. No es así. Hay el cuento del rey que mandó a buscar la camisa del hombre feliz, solamente para descubrir que el hombre feliz no usaba camisa.

En las escuelas, colegios y universidades no se nos enseña, no parece dársele importancia, a

dar tiempo a las cosas,
conversar sin urgencias ni prisas,
escuchar lo que dicen los otros
y dar con cariño un consejo,
mirar como crecen los hijos,
como vienen los nietos,
alegrarnos que hayamos podido
recoger los frutos,
bebemos el vino,
gozar de la dulce cosecha,
andar el camino.

Si lo que hemos aprendido no ha hecho nuestras vidas más felices o nuestros problemas diarios menos acuciantes, es porque no nos hemos desarrollado como personas completas. El esfuerzo por llenarnos la mente de cifras, fórmulas y técnicas para pasar a ser expertos en un campo de actividad puede habernos dejado sin tiempo para aprender a administrar nuestras emociones, para fortalecer nuestra voluntad y para encontrar a Dios. Curiosamente, nuestras sociedades parecen apreciar al que se deja llevar por sus mal educados impulsos, al que hace lo que le sale, evitando el esfuerzo que representa el controlar nuestras emociones, fortalecer nuestra voluntad y dar un rumbo trascendente a nuestras vidas.

En breve, se nos enseña a cómo ganarnos la vida, no a cómo vivir. Cada día consumimos más pero cada día somos menos, porque nos conocemos menos; cada día encontramos más difícil conocernos, no tenemos tiempo y hasta lo encontramos de poca utilidad. La presión para ganarnos la vida ya no nos deja tiempo para nosotros.

Nuestras vidas de hoy, apresuradas y superficiales, nos dan poca oportunidad y motivación a mirar dentro de nosotros mismos. Los antiguos proponían una máxima fundamental para vivir bien: concóctete a ti mismo. San Basilio insiste: “Examínate a ti mismo para conocer qué eres; haz lo posible por conocerte”. Es claro que antes de tomar una medicina tenemos que averiguar si sirve para la dolencia que tenemos; si no conocemos qué dolencia es, ¿no sería más razonable primero identificarla antes de tratar de curarla? Sí, es más razonable, pero muchas veces no lo hacemos en las decisiones de nuestras vidas y aplicamos recetas para nuestro vivir sin conocernos bien o conociéndonos solamente a medias. Y así empezamos en la escalera en la que, como dice San Bernardo, “el primer escalón es el disimulo de la propia flaqueza... El segundo escalón es la ignorancia de sí...”.

Para conocernos no tenemos que hacernos ermitaños. El conocimiento de nosotros mismos no es un conocimiento aislado de la sociedad en que vivimos.

Tenemos más bien que asignar, con regularidad, un tiempo suficiente para examinar críticamente nuestras vidas. Labor nada fácil, porque tenemos una opinión muy buena de nosotros y examinarnos puede desilusionarnos un poco. Tampoco es fácil porque hoy, más que hacer resaltar nuestra individualidad, buscamos poner énfasis en las cosas que hacemos en común, perdiendo nuestra individualidad al hacernos parte de grupos: adolescentes, médicos, vecinos. No tenemos ni el tiempo, y a veces ni el interés, de examinarnos críticamente.

Tal vez no meditamos sobre nuestras vidas porque no sabemos cómo hacerlo. Tal vez tememos que vayamos a encontrar cosas que nos disgusten, barreras escondidas que puedan afectar nuestro éxito o nuestra capacidad de relacionarnos con los demás. Barreras que no queremos ver ni derrumbar, no sea que resulte que lo que nos gusta sea algo difícil de conseguir u, ¡horror!, como ya comenté antes, algo que nos haga diferenciarnos de los demás. Por ello evitamos conocernos. Sin embargo, mal podemos estar al timón de nuestras vidas sin saber si somos un trasatlántico o una goleta, si tenemos velas o motores poderosos, si tenemos una estructura sólida o si hacemos agua.

Decidir no hurgar en nosotros mismos y más bien encajar en el lugar común del resto nos condena a vidas mediocres, ya que hace que usemos solamente parte de lo que somos, que no busquemos esas satisfacciones que nos son propias, pero que nos hacen diferentes, que levantemos altos muros para aislar nuestra individualidad, donde nunca miramos y donde no queremos que mire nadie. Así nos engañamos. Nuestra individualidad se nos sale por todas partes. Los que nos rodean llegan a saber más de cómo realmente somos que nosotros mismos.

Nuestras maneras de ser nos pueden hacer agradables o desagradables a otros. No son ni buenas ni malas. Muchas veces se nos sugiere descartar lo que de nosotros no gusta a los demás y poner énfasis en lo que sí gusta,

para así ser populares y tener muchos amigos. Ello nos impide conocernos y por lo tanto desarrollar nuestros talentos propios. Nos impide ser lo que somos. Nos hace renunciar a ser nosotros mismos.

Frecuentemente nos hacemos promesas de cambio: queremos dejar de fumar, queremos bajar de peso, queremos entrar en un negocio nuevo, queremos hablar más con nuestros hijos y así, hasta el infinito. Promesas que no se cumplen porque al no conocernos no sabemos cómo las podemos hacer realidad. Promesas que no son otra cosa que buenos deseos, que son como tirar un trozo de madera a un río turbulento y esperar que vaya corriente arriba. No irá. Es inevitablemente arrastrado por la corriente.

Antes de tirar maderos, conozcámonos. Observemos la turbulencia del río de nuestras vidas y hagamos el esfuerzo de ver dónde va. Miremos nuestro matrimonio y preguntémosnos: ¿va fortaleciéndose día a día o va debilitándose, hundiéndose en la indiferencia? Nuestra familia, ¿es cada día más unida y más solidaria, o cada uno parece irse por su lado, cumpliendo con los rituales de los regalos y los besos, pero sin corazón ni tiempo para dar? Nuestro trabajo, ¿dónde nos lleva? Nuestras grandes aspiraciones, ¿están más cerca o más lejos de cumplirse? Nuestra salud, ¿va en un claro empeoramiento por nuestros excesos y descuidos o se fortalece gracias a nuestros cuidados?

Responderse a esas preguntas y a muchas de ese tipo no es difícil y una vez hecho tendremos una idea clara de dónde vamos. Puede que nos guste o puede que nos disguste, inclusive puede que nos disguste profundamente. Haber llegado a esa conclusión es ya un logro importante, porque si no tenemos claro dónde vamos llegaremos no sabemos donde. Por otro lado, como dice San Cipriano: “¿Cómo deseas oír a Dios si tú mismo no te oyes?”

El siguiente paso es preguntarnos dónde queremos ir. Como dice Teófilo: “Habiendo dado a conocer la herida, encuentran la medicina”. Pero ya no basado en

aspiraciones irrealizables, sino en las realidades que nos impone nuestra naturaleza escondida. La sorpresa que tendremos es cuánto podemos cambiar sin que sea una tarea titánica o imposible. Cuando nos hemos puesto metas razonables sustentadas en el conocimiento de nosotros mismos empezamos a identificar las pequeñas acciones diarias que nos llevarán donde queremos ir. Y tendrán ya no el sustento efímero de los propósitos hechos en un momento de emoción, sino el sustento de nuestras propias realidades. Inclusive,

a veces en el curso de la vida
podemos volver a comenzar,
borrando el pasado,
seguros que nadie lo va a recordar,
dejando de lado la suma del tiempo,
las cosas que hicimos,
problemas y sombras,
errores y fallas, heridas y penas,
la carga brutal.

Quisiéramos que fuese así, pero no es así, esa carga brutal nos acompañará siempre. Tenemos que aprenderla a cargar.

EN LAS GARRAS DEL MAL

INTERESES O VALORES

“Este horizonte de luces y sombras debe hacernos a todos plenamente conscientes de que estamos ante un enorme y dramático choque entre el bien y el mal”.
(Juan Pablo II)

“Pues todo el que obra mal aborrece la luz y no va a la luz para que no sean censuradas sus obras”.
(El Evangelio según San Juan)

Queremos ser alegres, con esa alegría que tienen los niños cuando se les dice que se les va a dar algo que les gusta. Sentimos alegría muchas veces, particularmente cuando estamos ilusionados por algo, nos llena el corazón, nos da nuevas fuerzas, nos hace brillar los ojos y cantar por dentro. Pero, ¿cómo estar alegres cuando se nos rechaza y se nos calumnia?

Queremos ser confiados. Extender la mano sin temor que al recibirla de vuelta nos falte algo. Que los que nos rodean sean abiertos, transparentes, que nos digan sus

inquietudes como nosotros les queremos decir las nuestras, que no nos escondamos bajo las cortinas de humo de la desconfianza, del temor, de la indiferencia. Pero, ¿cómo ser confiados cuando por todos lados tratan de apoderarse de nuestros bienes, de nuestro buen nombre, de nuestra posición?

Queremos ser amables. Saludar a todo el mundo con un gesto de aprecio, estar siempre dispuestos a dar una mano. Que en todas partes nos sintamos en familia, recibidos no con la sonrisa plástica, que hoy tanto se promueve, del que quiere vendernos algo, sino con la sonrisa cálida del que está realmente agradado de vernos. Pero, ¿cómo ser amables si los demás no contestan a nuestro saludo o nos miran con absoluta indiferencia?

Queremos ser generosos. Estar siempre dispuestos a hacer un favor, a buscar las ocasiones de ayudar a los otros y de recibir gozosos su ayuda. Que cuando en el camino alguien tenga un accidente haya un amontonamiento de vehículos detenidos para ayudarlo. Que cuando la tienda no tenga cambio todos los compradores lo ofrezcan. Pero, ¿cómo ser generosos cuando al serlo nos piensan un poco tontos y ni siquiera se nos lo agradece?

¿Por qué nos dañan otros? ¿Por qué nos impiden ser alegres, confiados, amables, generosos? Porque no nos conocen. Tememos lo que no conocemos y lo atacamos, buscando proteger nuestros intereses porque creemos que la alegría, la confianza, la amabilidad, la generosidad de los otros son tan sólo una careta con la que nos tratarán de arrebatarnos lo nuestro en la primera oportunidad. Y en esta corta vida pensamos que es posible no podamos recuperar lo que nos arrebatan. Vivimos preocupados del hoy. Preocupados en gozar lo más posible de todo antes que nos llegue la muerte.

Ello hace que en lugar de vivir en una comunidad de valores vivamos en una comunidad de intereses. ¿Cuál es la diferencia? Aclaremosla con un ejemplo. Si alguien sentado al lado mío se ha dormido y se le está saliendo

del bolsillo un fajo de billetes mi interés podría dictarme que se los robe, mis valores me dirán si debo o no hacerlo. Desde el punto de vista de mis intereses puede detenerme el temor a que me descubran y castiguen, desde el punto de vista de mis valores concluyo el que el robar me afecta a mí mismo, me convierte en un ladrón. Al aplicar intereses escojo en base a lo que me conviene, a lo que me place. Al aplicar valores primero establezco lo que está bien o está mal. Los que como los girasoles giran permanentemente al sol de sus intereses están siempre inquietos y sin paz. Los que siguen sus valores están en paz y llegan más lejos.

Si actuamos sólo de acuerdo a nuestros intereses no nos preocuparemos de los intereses de los demás. Si los demás actuasen también de acuerdo a sus intereses estaremos constantemente enfrentados, cada uno al acecho, tratando de obtener la mejor tajada. En esas circunstancias robar el dinero o las manzanas del vecino o invadir el territorio del país de al lado es la acción razonable, porque nos conviene o nos beneficia, siempre y cuando seamos más fuertes o más astutos que el otro. Entre los que aplican sus intereses no puede haber acuerdos permanentes, solamente tratos circunstanciales, ajustados a sus respectivas posiciones de fuerza. La aplicación de intereses nunca lleva a relaciones permanentes.

Algunos creen que esa debe ser la norma de conducta, llegando a aseverar que

los valores, los ideales,
nada sirven, nada valen,
no puedo comprar con ellos
ni una casa, ni la valla
que la circunda y protege,
ni la teja que la cubre,
ni la flor que la engalana,
ni el árbol que le da sombra,
ni una silla, ni una cama,
no puedo viajar con ellos
pues no son moneda franca.

Mejor dejarlos de lado,
mejor olvidarme de ellos,
mejor es vivir la vida,
aprovechando el momento.

¿Somos de los que piensan así? ¿Somos de los que solamente buscan aprovechar el momento?

Los valores son permanentes y tienen validez universal. De no ser así un asaltante podría decir que sus valores son asaltar al prójimo. Un valor tiene como característica que si todos lo aplicamos todos estaremos mejor; el asaltarnos mutuamente no cumple esa condición. La aplicación de valores lleva a la solución de conflictos, ya que, aunque los intereses pueden no ser los mismos, ambas partes comprenden que están defendiendo valores que comparten. La aplicación de valores lleva a relaciones permanentes.

No se puede estar en paz en el constante tira y afloja de un mundo regido por intereses, regido por la conveniencia del momento de cada uno, por la búsqueda egoísta del placer, es una vida agotadora en la que hay que dormir con un ojo abierto y un arma rastrillada en la mano. Por otro lado, en un mundo de valores podemos dormir a pierna suelta, porque es fácil anticipar la reacción de los otros y se hace simple decidir la nuestra. Caminamos por sendas iluminadas por nuestros valores comunes.

En nuestras sociedades, ¿dónde debe empezar la aplicación de valores? Es siempre fácil decir que desde el otro lado: desde el estado, desde el colegio, desde el vecino. Debe empezar desde cada uno. Del acto de fe en los valores que supone el aplicarlos. El tener valores no es seguir la corriente, no es que cuando otros los tengan los tendré yo. No, no es así. Tendremos valores cuando cada uno de nosotros, principalmente aquellos que tienen educación o poder, estén dispuestos a aceptar el aparente sacrificio que para nuestros intereses conlleva el tener valores y dejar de aprovecharnos de los más débiles que nosotros. Sacrificio sólo aparente, porque a la larga todos estaremos mejor. Y así, con nuestro ejemplo, demostraremos al resto que sus reales intereses está en seguir sus valores.

Si queremos vivir en una forma diferente a la que nos arrastra el mundo, de la que estamos viviendo, tenemos que vivir de acuerdo a valores y no de acuerdo a intereses. Tenemos, cada vez que nos toque actuar, que meditar un momento sobre cuales son nuestros valores y evitar frecuentes excepciones a ellos que nos den excusas para hacer las cosas de acuerdo a nuestros intereses. Los valores son para aplicarlos en todos los casos, particularmente cuando afectan nuestros intereses. Si no lo hacemos así nos quedaremos en frases bonitas que enmarcaremos, colgaremos en nuestras casas y oficinas, y olvidaremos.

EL RECHAZO Y LA CALUMNIA

“¿Qué te puede hacer el hombre con palabras e injurias? Así se daña más que a ti”.
(Kempis)

“Vete primero a reconciliarte con tu hermano”.
(El Evangelio según San Mateo)

Dice San Basilio: “aunque al varón virtuoso le acontezca alguna cosa desagradable, no por eso perderá su gozo”. Eso es fácil de decir, pero no es fácil de hacer. Nuestro gozo se ve constantemente amenazado por quienes, movidos por sus intereses, nos rechazan o nos calumnian, quitándonos el dulzor de vivir.

Todos estamos orgullosos de nosotros mismos. Por ello nos hace tanto daño que nos rechacen, que nos miren como poca cosa, que nos desprecien; duele aún más cuando nos damos cuenta que se nos rechaza porque somos más sensibles o más cultos. Una manera de evitar el rechazo es tratar de ser aceptados en el grupo que nos rechaza rebajándonos ante sus líderes. ¡Cuán a menudo hemos usado esa táctica en nuestros años infantiles y juveniles! Una vez aceptados en el grupo nos unimos en el rechazo, y hasta en el desprecio, de otros, muchas veces de los que antes eran nuestros amigos y confidentes, de los que piensan como nosotros, con los que compartíamos valores. San Juan Crisóstomo nos dice que “aquel que, después de ser menospreciado, deja de hacer el bien que hacía, da a entender que actúa por el aplauso de los hombres”.

Hay un gran peligro en esa manera de evitar el rechazo; nos obliga a comprometer nuestros valores, a hacer cosas que no nos gustan o con las que estamos en desacuerdo. A veces nos lleva a extremos. Un grupo haría cosas que cada uno de sus miembros, individualmente, jamás haría, pero el grupo aplaude al que más exagera, horrorizándose después de las consecuencias.

San Francisco de Sales nos advierte contra la calumnia: “No digas fulano es un borracho por haberle visto embriagado una vez; ni le llares adúltero por haber visto que cayó en este pecado... que el nombre de vicioso o virtuoso se adquiere por la continuación y el hábito; así que es impostura tratar a uno de colérico o ladrón por haberle visto encolerizarse o robar”. San Agustín anota que “los hombres sin remedio son aquellos que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de los demás. No buscan lo que hay que corregir, sino en qué pueden morder. Y al no poderse excusar a sí mismos están siempre dispuestos a acusar a los demás”.

San Basilio lo pone duramente: “Así como los buitres, que pasan volando por muchos prados y lugares amenos y olorosos sin que hagan aprecio de su belleza, son arrastrados por el olor de las cosas hediondas; así como las moscas, que no haciendo caso de las partes sanas van a buscar las úlceras, así también los envidiosos y los cínicos no miran ni se fijan en el esplendor de la vida, ni en la grandeza de las obras buenas, sino en lo podrido y corrompido; y si notan alguna falta de alguno, la divulgan, quieren que los hombres sean conocidos por sus faltas”.

Peor aún que cobijar la calumnia con nuestra indiferencia o risa es ser portador de calumnias, como el mosquito lo es del vector de la malaria y la rata del de la peste bubónica. ¡Con cuánta facilidad hacemos correr rumores! En pocas horas todos los conocen y pocas horas después ya no se habla de ellos. Pero no se van del todo, quedan como una capa más del cieno que los fabricantes de calumnias van arrojando sobre su víctima, hasta hacer que se diga: “Bueno, tanto he escuchado de él, que ialgo ha ser verdad!”. O ese comentario hipócrita: “No sé si será verdad, sólo repito lo que me dijo alguien “. El que ese alguien sea o no digno de crédito no tiene importancia, recogemos sus comentarios porque nos da la oportunidad de solazarnos en ese placer algo morboso de hablar sobre un tema prohibido, de descubrir en otros nuestras limitaciones, de que nos sientan en la onda.

Cuán diferente el que, escogido como confidente, al escuchar la calumnia replica: “Eso, a menos que tenga sustento, es una calumnia, ¿estás seguro de lo que estás diciendo?”

La adulación es una forma solapada de rechazo y de calumnia. Aseveramos que el objeto de nuestra adulación tiene más de lo que tiene, lo que hace evidente su falta, dejando al adulado peor que antes. San Juan Clímaco dice que el adulador es “ministro del demonio, doctor de la soberbia, destructor del arrepentimiento, aniquilador de las virtudes, maestro del error”. Duras palabras, reflejo del daño que puede hacernos el que nos adula, dándonos una falsa sensación de tranquilidad y de satisfacción. En Imitación de Cristo de Kempis se nos recuerda que “no eres más santo cuando te alaban ni más vil cuando te desprecian. Lo que eres, eso eres”. ¡Tantas veces no sabemos lo que somos!, y nos es más sencillo y más agradable creer lo que nos dice el que nos adula.

Cuando se nos rechaza o se nos calumnia, se nos hiere en lo que más valorizamos: nosotros mismos. Se nos rebaja y se nos humilla. Para aquellos que se sustentan en la opinión de los otros, el rechazo y la calumnia atentan contra lo que son, les hacen profundo y permanente daño. A unos pocos los lleva a abandonar la lucha.

Voy a desterrarme de la vida,
cerrando las puertas que llevan al sol,
voy a buscar el crepúsculo infinito,
los largos silencios de mundos sin voz.

Pocos son los que se sustentan tan poco en los demás que el rechazo y la calumnia no les hacen mella.

LOS BROTES DEL MAL

“Es mucho más digno de compasión quien hace mal que quien lo
sufre”.
(San León Magno)

“No te dejes vencer por el mal, más bien vence al mal con el bien”.
(San Pablo)

Humillados por rechazos y desprecios, y rebajados por calumnias, muchos abrimos nuestro corazón al mal. Santo Tomás de Aquino nos advierte que “como general competente que asedia un fortín, estudia el demonio los puntos flacos del hombre a quien intenta derrotar, y lo tienta por su parte más débil”. El mal entra a escondidas y sin permiso a nuestro corazón, y siembra poco a poco sus semillas; sus primeros brotes son la ira, los celos, el resentimiento, la envidia y el abuso. Con el tiempo el mal se apodera de nuestro corazón y nos hace mezquinos, egoístas, duros, llenos de odio, llevándonos a una vida vacía, angustiosa, amarga. Si esa no es la vida que ansiamos, tenemos que examinar con cuidado y prolijidad nuestro corazón, para arrancar los brotes del mal.

Un brote es la ira que al dominarnos nos convierte en bestias. Se hacen garras nuestros dedos y descubrimos nuestros dientes. Endurecemos el rostro, nos brotan los ojos y nos preparamos a atacar. Igual que una bestia enfurecida. En ese desborde animal se pueden decir y hacer cosas que afecten vidas para siempre, resultando en matrimonios rotos, amistades antiguas destrozadas, homicidios; esas son las huellas de la ira. La ira está agazapada dentro de nosotros, con sueño ligero. Sabemos cuando puede despertar y dar el zarpazo; conocemos nuestros puntos flacos. Otros los conocen también, e incitan a esa bestia a tomar el control de nosotros. Y allí nos observan para divertirse o para aprovecharse.

Luego están los celos. Los celos no tienen nada que ver con el amor. El amor es entrega generosa, los celos son esa ansiedad morbosa que nos domina, que nos llena de inquietud, de dudas, sobre el ser amado. Nos molesta que se acerquen a él, que le hablen, que lo toquen, nos molesta su reacción cariñosa hacia otros. Nos exaspera cuando lo vemos y nos angustia cuando no lo vemos; estamos siempre listos para echarle en cara una imaginaria afrenta a nuestro amor. Los celos viven encaramados en nuestra espalda. Son un tormento constante que nos atenaza y nos daña, marchitando nuestro amor.

El resentimiento es la incapacidad de perdonar y olvidar, es un muro que se levanta entre nosotros y los que amamos, construido de injurias verdaderas o imaginadas. ¡Nosotros agonizando por dentro y el otro sin darse cuenta! El resentimiento va poco a poco matando nuestro amor y el del otro, haciendo la relación con los que amamos una permanente tortura. Abona regularmente la semilla plantada por el mal.

Y también la abona la envidia. Santo Tomás de Aquino es tajante: “De la envidia nace el odio”. San Gregorio Magno anota que “el envidioso sacia su alma atormentada con la pena por la felicidad ajena”. San Basilio es más explícito cuando dice que “los envidiosos llevan retratado en su cara el mal del que adolecen. Sus ojos son áridos y sombríos, los párpados caídos, arrugadas las cejas, el ánimo inquieto por torvo afecto y faltos de un juicio recto para apreciar la verdad”. La envidia hace que nunca estemos contentos con lo que tenemos, al dedicarnos todo el tiempo a codiciar lo que tienen los otros. Cuando recibimos o adquirimos algo nuestro gozo es momentáneo, porque lo comparamos con lo que tienen los otros y nos amargamos. Si estar atados a los bienes de uno es malo, ¡cuán peor es estar atados a los bienes de otro!

Y, finalmente, el mal nos invita a abusar de los que nos rodean, inclusive de los que amamos. ¡Con cuánta facilidad descargamos nuestras frustraciones abusando

de los que son más pequeños, más débiles o dependientes de nosotros. ¡Torturándolos, insultándolos, golpeándolos! ¿Nos sentimos mejor? No. Tan sólo añadimos a nuestras frustraciones el sentimiento de culpabilidad de haber hecho daño: a nuestra hija pequeña, a nuestro amigo, a nuestro subalterno, al vendedor de frutas en una esquina. Algunos dirán: “así es el mundo, el pez grande se come al chico “. Pero ningún pez, por grande que sea, goza torturando al pez chico mientras lo devora. El gozar al torturar es una aberración de nuestra naturaleza humana, es el uso pervertido de nuestra libertad. El ver televisión o leer en el periódico sobre torturas y violencia dicen que es un desahogo inofensivo, imás bien puede ser una enseñanza que nos arrastra! Es a veces propiciar la tentación. Como dice el Santo Cura de Ars: “El demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muerde a quienes se le acercan demasiado”.

En nuestras agitadas sociedades, en que inclusive en familia a veces sólo gozamos de apresuradas comidas y de apresurados saludos y despedidas, los efectos de la ira, de los celos, del resentimiento, de la envidia y del abuso pueden durar mucho tiempo. No está el amor suficientemente presente para contrarrestarlos, para acunarnos y sosegarlos. Dice S. Canals: “Tu mal carácter, tus exabruptos, tus modales poco amables, tus actitudes carentes de afabilidad, tu rigidez son la causa de que te encuentres solo, en la soledad del egoísta, del amargado, del eterno descontento, del resentido, y son también la causa que a tu alrededor, en vez de amor, haya indiferencia, frialdad, resentimiento y desconfianza”.

¡Ira, celos, resentimiento, envidia, abuso! Surgen con una fuerza que doblega cada vez nuestras mejores intenciones. Estamos conscientes del daño que nos hacen y del daño que hacemos, pero, ¡qué difícil es evitarlos! ¿Qué se puede hacer para hacerlo? Reflexionar sobre las ocasiones en que aparecen. No son muchas. Es fácil identificarlas. Conocido el enemigo pasa a ser

posible evitarlo; aunque sea difícil dominarlo y más todavía erradicarlo.

Cuando el que nos causa daño es alguien que amamos, sabemos que vamos a hacer las paces una vez que nos calmemos y la fuerza del amor vuelva a prevalecer en nosotros. Si es así, ¿para qué enfurecernos? Sin embargo, puede ser que no lleguemos a hacer las paces del todo y empiece así el crepúsculo de nuestro amor. Evitamos hablar con el otro abierta y francamente, evitamos hablar sobre nuestros sentimientos porque nos domina un falso orgullo, o nos da vergüenza o pereza abrir nuestros corazones y explicar cómo somos de heridos por la acción inconsciente del otro.

Esos momentos de ira, de celos, de resentimiento, de envidia, de abuso dejan heridas supurantes cuya pus va poco a poco llenando nuestro corazón con el hedor del mal, apagando la calidez del amor y poniendo al mando de nuestro destino una razón tornada fría y calculadora la que junto con una pasión animal desbordada nos hace mezquinos, egoístas, duro llenos de odio. Allí el mal ya no es una semilla o un brote, ahora reina supremo; ya no siembra, cosecha.

Ese es el destino final de vidas dejadas al arrastre del mundo, de vidas que no saben ni quieren saber donde van, de vidas en las que el mal ha tomado las riendas. Vale la pena repetirlo: ese es el destino final de vidas dejadas al arrastre del mundo, de vidas que no saben ni quieren saber donde van, de vidas en las que el mal ha tomado las riendas. Examinemos, pues, esa mezquindad, ese egoísmo, esa dureza y ese odio para diagnosticar cuán cerca están de conquistar nuestra naturaleza escondida.

CON MEZQUINDAD

“Uno comprende en seguida la falta del otro, pero con dificultad se da cuenta de la suya”.
(San Juan Crisóstomo)

“Si no tengo caridad, soy como un bronce que suena o címbalo que retumba”.
(San Pablo)

Hace algún tiempo me vino a ver una antigua cocinera de mis padres. Se notaba que estaba preocupada. Con las lluvias, la modestísima casa de caña que tenía se había venido abajo. Logró salvar lo que recuperó bajo la caña y el zinc. Con ellas bajo el brazo fue a casa de una vecina quien le dio cobijo. Y ahora se enfrentaba a la necesidad de encontrar un lugar para vivir. Había escuchado de las viviendas que construía una institución benéfica y había solicitado una. Le habían pedido un garante y quería conmovirme con su situación para ver si yo accedía a serlo.

Al escuchar el principio de la historia le expresé mis simpatías. Cuando me dijo que estaba buscando casa se me endureció el corazón y me pregunté: ¿cuánto me va a pedir?, ¿cuánto le daré? Luego me habló de la institución benéfica y me tranquilicé. Cuando me dijo que me quería como garante se me detuvo el corazón un instante. Por dentro me pregunté: ¿y si no paga?, ¿por cuánto me quedará colgado? Fortalecí mi espíritu ante la cifra monstruosa que se avecinaba: ¡una casa!, y yo de garante. ¡Qué será de mí!.

Respirando profundo le pregunté cuánto. Y me dio la cifra. Un poco más de lo que costaba un buen juego de llantas, dos meses de pensión en un colegio de buen nombre. Para ella ese juego de llantas, esa pensión escolar era equivalente a una casa, a su casa, a la independencia que da la casa, a la comodidad que es vivir entre cuatro paredes que son de uno. ¡Una casa! Una de las más grandes aspiraciones del ser humano.

Una casa extremadamente modesta, por supuesto, como todo en su vida. Una casa desde la cual observaría por la ventana a la gente que pasa, gritaría a la vecina y llamaría a la amiga. Una casa de caña de una sola habitación donde guardar todo lo suyo, donde mirar por la noche la televisión, donde colgar la hamaca o tender la cama, donde comer y donde protegerse de la lluvia, donde hacer vida familiar y chismorrear con las vecinas, donde estudiarían los hijos y se atendería al enfermo. Una casa. Recordé la emoción al tener la mía.

Cuando me dijo por lo que esperaba que yo fuese garante me dio vergüenza. Me dio vergüenza por haber sido tan mezquino. Por no haber contado todas mis bendiciones y no haberlas comparado con las que a ella le habían tocado. Por haber sintonizado mi corazón a mi bolsillo y haber cerrado uno al unísono del otro, antes de escuchar lo que se me pedía. Me remeció la diferencia entre los mundos en que ella y yo, mis amigos y relacionados, vivíamos. Es cierto que diferencias sociales siempre ha habido y que probablemente siempre habrán. Poco podemos hacer sobre ello. Pero sí podemos estar dispuestos a no ser mezquinos. Estar dispuestos a dar cuando se nos pide algo. Si lo que se nos pide es más de lo que podemos dar siempre podemos dar menos. Lo que no podemos hacer es prevaricar contra un pedido aún no hecho, anticipando nuestra mezquindad a la necesidad todavía no definida de otros.

La casa de la cocinera ya está construida. Me está increíblemente agradecida por el favor que le he hecho. El poner mi firma en un papel le ha dado una casa; le ha hecho realidad su sueño. He sido un mago. Es agradable sentirse un mago, sólo que por dentro me sentí un mago avergonzado.

La mezquindad nos roba la satisfacción de dar, de ser magos. De dar no solamente nuestro dinero, que a veces es lo más fácil de dar porque no tenemos que involucrarnos y nos sirve para librarnos rápidamente del importuno, sino también de dar nuestro tiempo, nuestro consejo, nuestro cariño, nuestra amabilidad. “¡Cuántas

veces las tinieblas de la soledad que oprimen a un alma pueden ser desgarradas por el rayo luminoso de una sonrisa o de una palabra amable”, nos recuerda Juan Pablo II. La mezquindad nos roba el milagro de sentirnos más llenos después de dar.

Meditemos. En nuestras vidas, ¿cuánto apreciamos y buscamos el milagro de dar? No darnos a nosotros mismos, que para ello somos extraordinariamente pródigos, generosos y complacientes, sino dar a los otros y darnos a los otros. No a los que les sobra y a quienes damos por compromiso o como acto propiciatorio de su buena voluntad, sino a los que les falta. Cuando se nos invita a un matrimonio fijamos la calidad del regalo en función de la riqueza del que invita; a más rico, mejor el regalo. ¿No debería ser al revés, dando más al que más necesita?

Cuando tenemos oportunidad de estar con alguien importante o famoso tratamos de acercarnos lo más posible, de conversar con él, de fotografiarnos con él, cuando tenemos que ir al bautizo del hijo de un amigo humilde, ¿buscamos acercarnos lo más posible a él, de conversar con él, fotografiarnos con él? Quizás no lo hacemos porque estamos pensando no en el otro, sino en nosotros. Actuamos como una inversión para que con ella, a futuro, mejoren nuestros ingresos. ¿Cuán a menudo damos con simple desprendimiento, sin que una mano sepa lo que está haciendo la otra, buscando compartir lo nuestro con los que tienen menos?

Si queremos La Vida Plena tenemos que luchar para que el mal no se apodere de nuestro corazón. ¡Cuidado con la mezquindad!, es una manifestación del mal.

CON EGOISMO

“El alma vacila siempre: cuando reflexiona por la eternidad se decide por la virtud; pero cuando mira lo presente prefiere los placeres de la vida”.

(San Basilio)

“Si sólo ruegas por ti, también tú serás el único que suplica por ti”.

(San Ambrosio)

Yo y tú. ¡No! Por supuesto que no. Se dice tú y yo. Es lo cortés, lo educado. Ponerlo al revés, yo y tú, puede dar la impresión de que nos queremos poner primero, que nos pensamos más importantes que el otro, que nos merecemos tener prioridad. Y no es así. ¿O es así? En realidad, el decir tú y yo es solamente una forma cortés y educada para no decir las cosas como realmente son: yo primero, yo segundo y yo tercero. ¿Y tú? Sí, también tú, pero después de mí, si hay tiempo, si sobra algo que yo no pueda usar, vender o guardar. ¡Qué persona tan especial tiene que ser alguien a quien muchos ponen primero, alguien por quien muchos están dispuestos a sacrificarse y hasta morir!

A veces no tenemos más remedio que el tú y yo sea no solamente de cortesía, sino en la realidad. Ello puede ser porque el otro es más fuerte o más rico o más influyente que nosotros y no nos queda más remedio que dejarlo pasar primero, pero es una situación no deseada que tratamos de cambiar usando nuestro ingenio, nuestra inteligencia y, a veces, nuestras malas artes. Buscando que sea yo, yo, yo.

¿Es siempre así? ¿Tratamos siempre de ponernos primero? No, no siempre. A veces somos tú, tú y tú. Ocurre entre personas que se aman: un hombre y una mujer, un padre y un hijo, dos amigos cercanos, una familia unida. Hay muchos casos en que uno está dispuesto a morir por el otro, en que se es todo tú y nada yo. A nadie le sorprende que un padre esté dispuesto a dar la vida por su hijo o un patriota por su país o un idealista por sus ideales. Reflexionemos, ¿cuántas

personas son para nosotros sólo tú? ¿Por quienes estaríamos dispuestos a dejar de ponernos primero, a sufrir incomodidades, dificultades, amarguras, tristezas, estrecheces y hasta la muerte? ¿Hacen una lista larga, o se pueden contar con los dedos de la mano, o con un dedo, o con ninguno?

A los que son solamente tú, a los que siempre ponen al resto primero, a veces los llamamos ingenuos, a veces los llamamos santos. La vida del tú es una vida profundamente acompañada, pero los éxitos económicos y el poder acumulado son menores que en la vida del yo; son vidas más modestas, a veces vividas en la pobreza económica o en la oscuridad.

Preguntémosnos, ¿cuántos hay alrededor mío que me ponen primero? ¿cuántos estarían dispuestos a incomodarse, a sacrificarse o incluso a morir por mí? ¿Muchos, pocos, ninguno? ¡Cuán diferente es aquel a quien muchos ponen primero y aquel a quien nadie pone primero! ¿Quién preferiríamos ser?

Reflexionemos, ¿cuál es la ventaja de ser un solo enorme yo? No hay duda que el que tiene un solo enorme yo, el que se pone siempre primero, es probable que tenga más poder o más riqueza que el que tiene varios tú. Al no pensar en nadie más que en sí mismo no necesita compartir lo que tiene con nadie. Pero ser así tiene un precio. La vida del yo es una vida profundamente solitaria. Pero hay quienes prefieren la soledad y hasta les molesta ser el tú de otro. Prefieren la gloriosa independencia de su yo: saborear solos la copa de sus triunfos, apurar solos el cáliz de sus lágrimas. Y aconsejan romper la puerta para forzar la entrada al mundo de los yos:

Fuerza la puerta, hermano hasta que se abra,
rompe la puerta hermano, únete a la fiesta,
allí te reciben molestos, por el frío que entra,
luego la puerta se cierra y dentro te quedas.

Comiendo hasta hartarte, empuja a la gente,
amable, sonriente, codazos reparte,
notarás que te miran con odio, después ni te miran
y luego de un rato, ¡estás en familia!

Hay otros para quienes su yo no tiene sentido si no lo comparten. Que prefieren compartir sus triunfos y sus lágrimas, cantar abrazados ante el fuego, alegrarse con lo de otros. El que tiene muchos tús tiene que compartir con ellos su tiempo, riéndose con ellos, celebrando con ellos, acompañándolos, llorando juntos, compartiendo las horas alegres y las horas amargas, compartiendo sus vidas. Le queda menos para su yo. ¿Soy yo así?

Preguntémonos en qué mundo preferiríamos vivir, si en un mundo de tús o en un mundo de yos, si en un mundo en que muchos se preocupan de muchos o en el que todos se preocupan exclusivamente de sí mismos. Preguntémonos también en qué dirección va el mundo en que vivimos. Parecería que va hacia muchos yo. Justamente porque nuestra sociedad valoriza el éxito personal del que se pone primero, no el gesto desprendido de que se pone detrás. ¿Es ese el mundo que queremos? Si la respuesta es sí, dejemos las cosas como están. Si la respuesta es no, empecemos a cambiarlas en nosotros mismos. Es sorprendente cómo los que nos rodean se dan rápidamente cuenta de ese cambio y como cambia su actitud hacia nosotros. Dejamos de ser sus competidores y pasamos a ser sus amigos.

Si queremos La Vida Plena, tenemos que luchar para que el mal no se apodere de nuestro corazón. ¡Cuidado con el egoísmo!, es una manifestación del mal.

CON DUREZA

“Está reservada la misma pena para los que hacen el mal y para los que lo consienten”.
(San Bernardo)

“Debemos tolerarnos mutuamente”.
(San Pablo)

No es fácil vivir. No lo es para nadie, ni para el grande ni para el pequeño. Lo es más difícil en ciertos momentos y en ciertas épocas. Por ejemplo, cuando el Imperio Romano empezó a desmoronarse. Aquellos que habían vivido bajo su égida, como lo habían hecho sus padres, sus abuelos y los abuelos de sus abuelos, sintieron una comprensible desesperación. Se veían frente a un mundo cambiante en que los bárbaros iban a destruir su sistema de vida y sus instituciones, a trastocar el conocido y seguro flujo de sus existencias.

Para sobrevivir en esos tiempos surgieron muchas filosofías de vida. Una propugnaba que gozásemos lo más posible, que nos dedicásemos a una vida de placer sin pensar en el mañana. Otra decía que debíamos evitar el dolor a base de no hacer nada en exceso, porque ello justamente nos traía dolor, que debíamos llevar una vida moderada y algo aislada del mundanal ruido, para así paliar la incertidumbre. Una tercera filosofía de vida suponía que el mundo se repetía infinitamente, que volveríamos a vivir nuestras vidas, exactamente las mismas, infinidad de veces. “Si es así”, decían, “¡para qué dejar que los hechos de la vida afecten nuestro corazón! Vivamos con una actitud de suprema desligadura a emociones y dolores”. Los principales exponentes de esa filosofía de vida fueron, como para subrayar su universalidad, un esclavo y un emperador.

Duros tiempos y dura doctrina aquella, que forjaba hombres y mujeres duros. Para algunos hoy la actitud correcta hacia los otros es esa, la dura, la que da poco y exige mucho, de acuerdo a conceptos fijos e inmutables,

de lo que se cree es lo correcto. Son aquellos que rara vez alaban algo o premian el esfuerzo de otros con una sonrisa, aquellos que rara vez se permiten reír o llorar. Y, curiosamente, su dureza los hace sentirse superhombres. Ven todo en blanco y negro, no han aprendido a ver colores y menos a diferenciar matices. Cuando se sienten llamados a cambiar las cosas las cambian arrasando con todo aquello que no está de acuerdo con sus propias y rígidas normas, ya sea en el hogar, en la escuela, en la empresa, en la nación. Una vez que tienen una opinión nadie se las puede hacer cambiar, aunque sea evidente que están equivocados. Dicen, como Pilatos, que “lo que he escrito, está escrito “. San Agustín comenta que “no se es recto por ser duro, ni se alcanza un estado de ánimo perfecto por ser insensible”.

Si los miramos con cuidado nos daremos cuenta que los hombres y las mujeres duros son débiles, que no se atreven a dar rienda suelta a sus emociones, que se esconden tras una muralla de mecanismo, tratando de actuar racionalmente de acuerdo a una justicia seca y sin compasión. Justamente descartan lo que para tantos es lo más valioso de la vida: los momentos tiernos en familia, la emoción del amor, la alegría de compartir con los amigos, el perdonar. Vidas, en fin, de quieta desesperación, que a veces los llevan a lamentarse:

Queriendo encontrar una mano extendida
he gritado por dentro,
nadie me ha escuchado, gritar es inútil,
los gritos, nos dicen, son cosas de niños,
no son cosas que hacen los hombres maduros.

La dureza surge a veces del temor que se nos hiera al descubrir lo delicado, lo frágil de nuestros sentimientos. Detrás del hombre y de la mujer duros hay muchas veces alguien profundamente tierno y sensible a quien el mal trato del resto ha endurecido el corazón. A esos aparentemente duros es a quienes hay que tratar con más delicadeza, porque nuestras burlas, nuestros

desplantes, nuestros sarcasmos, pueden hacerle un daño permanente del que no nos damos cuenta. Cuando nos reímos de los versos emotivos, aunque malos y vacilantes, de un muchacho de quince años, estamos ayudando a tapiar la entrada a su corazón.

Esas experiencias, y muchas otras similares, hacen que poco a poco vayamos cerrando nuestro corazón, no sea que nos lo hieran o que el mantenerlo abierto nos haga muchas veces saltar las lágrimas, lo que nos hace sentir incómodos ante el resto. Ese es el camino que lleva hacia la dureza a los que son sensibles.

También está el caso de los expeditivos, de los que nunca tienen tiempo ni paciencia para nadie, que disfrazan su impertinencia como sinceridad, que aman poner las cosas en claro, no guardarse nada. Son tajantes y definitivos, dejando sin lugar al comentario del otro.

Si queremos La Vida Plena tenemos que luchar para que el mal no se apodere de nuestro corazón. ¡Cuidado con hacernos duros!, es una manifestación del mal.

CON ODIO

“La paciencia...modera nuestra ira, frena la lengua, dirige nuestro pensar, conserva la paz, endereza la conducta, dobllega la rebeldía de la pasión, reprime el tono de orgullo, apaga el fuego de los enconos...”.
(San Cipriano)”

“Sus pecado le quedan perdonados por el mucho amor que demostró”.
(El Evangelio según San Lucas)

A veces nos sentimos llenos de amor. Conocemos bien esa sensación, es como caminar sobre nubes, hasta las piedras parecen que nos sonríen. Podemos vislumbrar y tocar el cielo mismo. Otras veces nos sentimos llenos de odio. Todo lo vemos a través de nuestros ojos inyectados de sangre. El odio afecta profundamente nuestras vidas, las condiciona, las colorea, las moldea. El odio no es la ira momentánea, que hace erupción y luego pasa. El odio permanece en nosotros como una máquina maligna que trabaja en la oscuridad y que hace que nuestros actos vayan siempre en la dirección de satisfacer nuestro odio, de ver sufrir, de ver humillados, de ver aplastados a los que odiamos. En el que odia así, el mal sembrado en su corazón ha florecido y ha dado fruto. Se ha hecho adicto a la droga del odio, como el ciego en el carro de la muerte.

Avanza dando tumbos el carro de la muerte,
crujiente y oscuro, sangrante y extraño,
halado por flamígeros corceles,
corriendo desbocados, heraldos de la suerte,
las bocas espumosas, los cascos relucientes,
los cuerpos sudorosos, las duras riendas tensas.

Sentado en el pescante, el látigo en la mano,
un ciego enloquecido azuza a aquellas bestias,
que avanzan cual guadaña que va segando vidas
y arrollan a su paso al niño y a la anciana,
al malo y al que es bueno, al joven y a la dama,
a nadie discriminan bajo sus cascos duros,
aplantan y golpean, arrancan y desgarran.

Las almas que se escapan de cuerpos ya sin vida
recógelas en sacos de burda contextura
fantasmas andrajosos, oscuros y horrorosos
que ululan y que aúllan un himno sin palabras
colgados de los lados del carro que ebrio avanza,
caballos y cochero, fantasmas, sacos de almas.

¿Estoy exagerando? No, no lo estoy. Lo que describo aplica a los que están llenos de odio. Algunos de ellos han arrasado ciudades, países, nacionalidades enteras, han sido causa de la miseria de cientos, de miles, de millones; se han rodeado de fantasmas andrajosos, oscuros y horrorosos que han llevado a cabo su tarea de muerte y desolación con fanatismo. No han sido muchos, pero han dejado huellas llenas de sangre, de dolor.

Rara vez nos sentimos llenos de odio, aunque sí sentimos como va creciendo en nosotros su volumen. Las fuentes del odio son tan variadas como nuestras vidas: en la escuela, ante el profesor injusto, ante los compañeros que se ríen de nosotros; en nuestra casa, ante el hermano mayor que nos empuja a un lado, ante el padre o la madre que prefiere al otro hermano; en el trabajo, cuando se nos relega; en la sociedad, cuando se nos pisotea, cuando se nos trata injustamente, cuando se abusa de nosotros. Todo ello nos va poco a poco llenando de odio. Es la ponzoña acumulativa de nuestras malas experiencias con otros que al pasar los años no va dejando lugar para nada más que odio en nuestro corazón. Es una enfermedad de la madurez, de la vejez; raras veces los jóvenes han tenido tiempo para llenarse

de odio hasta rebosar. Sin embargo, bajo insoportables condiciones sociales, como las que imperan en los campos de refugiados, los jóvenes sí se llenan de odio. La combinación de odio y de juventud convierte lo que fueron originalmente ideales en armas letales, que primero destruyen a sus poseedores. En el joven el odio surge del idealismo brutalmente frustrado, en el viejo de la falta acumulativa de amor.

La ira, los celos, el resentimiento, la envidia, el abuso nos llevan poco a poco al odio. Son fuegos momentáneos y recurrentes que van chamuscando nuestro corazón, nuestros buenos sentimientos, nuestro amor. San Agustín anota que “en comparación con el odio la ira no es más que una mota de paja, pero si la fomentas llegará a viga. Si la desarraigas y la arrojas no es nada”. Como dice Santo Tomás: “hay que cuidarse de que la ira pase al corazón, cosa que ocurre cuando se transforma en odio”.

El odio es el efecto acumulativo de las ofensas que recibimos o creemos recibir de otros. Por eso, al sentirnos vejados, humillados, insultados o despreciados no podemos dejar las cosas así y que esos vejámenes, humillaciones, insultos y desprecios se vayan acumulando dentro de nosotros. Esa acumulación de ofensas terminará por ahogar nuestro amor y el odio reinará en nosotros. Para que no sea así necesitamos dar un desagüe a nuestro odio. En vista de que el odio surge del inmediatismo de nuestra naturaleza animal, para desaguarlo tendremos que respirar hondo y mirar a la lejanía, al horizonte, atisbar nuestro llamado divino, meditar sobre la trascendencia de nuestras vidas y acercarnos a las de los que amamos para que su amor vaya desaguando el odio. ¿Fácil? No, no es fácil, es harto difícil, pero indispensable.

Es fácil actuar bien hacia los que nos quieren bien, hacia los que están prestos a ayudarnos, a trabajar con nosotros, a divertirse con nosotros. Es más difícil hacerlo con aquellos que nos quieren hacer daño, que son injustos con nosotros, y también con aquellos que hacen las cosas mejor que nosotros, que son más exitosos que

nosotros. Podemos ir al extremo de San Francisco de Asís, derramando amor hacia todo el mundo sin importarle lo que pensaban de él o lo que le hacían. Pocos son los que podemos, o queremos, actuar así. Es posible que sí tengamos que devolver golpe por golpe, como por ejemplo contra aquel que quiere asaltar nuestra casa, pero no tenemos que odiarlo, aunque nos sea difícil quererlo. ¿Por qué? Porque al odiarlo introducimos el odio en nosotros y el odio nos va poco a poco corroyendo por dentro. Después de un tiempo sólo tenemos espacio para nuestro odio y nos gozamos en él. Juan Pablo II nos advierte: “Cada uno de los hombres – y toda la humanidad – vive entre el amor y el odio. Si no acepta el amor, el odio encontrará fácilmente acceso a su corazón y comenzará a invadirlo cada vez más, trayendo frutos siempre más venenosos”. Lo dice también Pío XII: “El demonio ha invadido la Tierra con el odio: haced que reviva con fuerza el amor. Muchos son todavía malos, porque hasta ahora no tuvieron suficiente amor”.

Si queremos La Vida Plena, tenemos que luchar para que el mal no se apodere de nuestro corazón. ¡Cuidado con el odio!, es una manifestación del mal.

PERDONAR Y OLVIDAR

“Pues, ¿de qué servirá al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?”

(El Evangelio según San Mateo)

“Cuánto más ames, más subirás”.

(San Agustín)

La mezquindad, el egoísmo, la dureza y el odio, si no los combatimos, pueden ahogar los valores eternos que constituyen nuestra naturaleza escondida. Hay solamente una manera de combatirlos: perdonar y olvidar.

¡Perdonar y olvidar! Se aprende a perdonar y olvidar justamente perdonando y olvidando; la profunda paz que ello nos trae nos va poco a poco invitando a volver a hacerlo una y otra vez. Cuando se nos dice que hay que perdonar “setenta veces siete” no se nos propone ser débiles o pusilánimes, se nos propone protegernos del daño permanente y acumulativo que nos hacen las ofensas no perdonadas y no olvidadas. El perdonar y olvidar es el secreto para estar en paz. Es lo que nos da y lo que nos devuelve la paz. El que perdona poco es el que ama poco, el que ama poco no alcanza La Vida Plena. Hay que perdonar y olvidar porque el resultado de no hacerlo es destruirnos y ayudar a destruir a otros: los inocentes alrededor nuestro en lo que descargamos nuestras frustraciones. Al mal lo ahoga la abundancia del bien.

El perdonar y olvidar no solamente desahoga nuestra ponzoña, tiene un fin mucho más excelso: ayuda a hacer felices las vidas de los demás.

Para vivir La Vida Plena hay que aprender a perdonar y olvidar.

Una regla sencilla, antigua y efectiva.

CON MUCHOS OTROS

HUELLAS Y CANCIONES

“El que se condeule de las necesidades ajenas lleva la cruz en su corazón”.

(San Gregorio Magno)

“Traten a los demás como quieren que ellos les traten”.

(El Evangelio según San Lucas)

Caminando por una playa solitaria encontramos unas huellas. Nos pueden anunciar gozo o peligro. Pueden ser las huellas leves de un pie pequeño; pensamos en un niño recogiendo caracoles marinos y sonreímos. Pueden ser dos pares de huellas muy juntas; pensamos en una pareja conociéndose en el amor. Pueden ser abiertas y profundas; pensamos en alguien caminando caviloso en busca de sí mismo. Pueden ser irregulares y vacilantes; pensamos en un viejo, gozando de la brisa marina. Pueden ser las de un animal inofensivo, pueden ser las de una fiera. Huellas diversas despiertan sentimientos diversos.

El camino de nuestras vidas lo compartimos con muchos otros. Un camino feliz es un camino que compartimos con familiares y amigos, un camino vacío es el que no compartimos con nadie, un camino desgraciado es el que compartimos con nuestros

rencores y con nuestros temores. Si no queremos viajar solos tenemos que meditar cómo atraer compañeros de viaje para juntarnos todos, gozosamente, en una gran caravana, compartiendo tanto el camino polvoriento como los bulliciosos paraderos al fin de cada jornada. Tenemos que preguntarnos: ¿qué huellas deja esa caravana?, ¿qué huellas deja la familia, el grupo social, la comunidad a la que nos pertenecemos?, ¿qué sentimientos esas huellas despiertan en los demás? A nuestro paso, ¿dejamos huellas de amor o de temor, de participación o de indiferencia, de compasión o de intransigencia, de generosidad o de mezquindad?

El aprender a compartir con los demás es, junto con conocernos, nuestra tarea más importante. Si no queremos ser mezquinos, egoístas, duros, llenos de odio tenemos que actuar hacia los demás primero y siempre con amor, tenemos que participar en sus vidas, tenemos que evitar juzgarlos, tenemos que ser generosos. Si queremos La Vida Plena las huellas que dejamos no pueden inspirar temor, sino deseo de acercarse a nosotros.

No es fácil acercarnos a los demás y menos abrirnos a los demás, estamos demasiado preocupados por nuestro yo, aislados en nuestros intereses, trabajando en lo que queremos aparentar ser. Y podemos concluir que

mejor que no diga las cosas que siento,
tal vez es mejor que me quede en silencio,
tal vez no me entiendan, tal vez les sorprenda,
creerán que estoy loco o creerán que estoy ebrio,
mejor dejó puesta la vieja careta que todos conocen
y tras ella repito las mismas palabras,
reitero los mismos lugares comunes,
haciendo y diciendo lo que otros esperan,
nunca hablando de aquello que importa,
la sonrisa puesta,
tapando las cosas que queman, que duelen
y que a nadie parece que importan.

¡Cuán equivocados estaremos si decidimos actuar así! Es imposible que esa vida nos satisfaga. Queremos ser lo que somos. Arrancarnos la careta y acercarnos a los demás. Pero por más que nos esforzamos rara vez llegamos al corazón. Ello es así porque todos tenemos nuestro corazón a buen recaudo, no sea que nos lo hieran al descubrir nuestros sentimientos. Rara vez lo abrimos. Hay una ocasión en que lo abrimos con facilidad: al escuchar las canciones que nos dicen algo, que nos llenan de recuerdos, que recogen las emociones e inquietudes de nuestra generación. Esas canciones nos abren el corazón. Ayudan a dar profundidad y anchura a nuestras vidas, ayudan a que deje de ser el mezquino y luchado presente para convertirse en el largo y ancho camino.

Las canciones hablan de gente como nosotros, de sus experiencias, de sus tristezas y de sus alegrías, hablan de las etapas de sus vidas, de los pasos altos y bravíos, de las sendas amables, de las risas y de las lágrimas. Hablan un idioma común a los seres humanos. Cuando las escuchamos con el corazón abierto dejamos de ser empresarios, políticos, estudiantes o amas de casa, dejamos de ser las cosas que nos diferencian de los demás. Aquel que no tiene tiempo para escuchar canciones no tiene tiempo para vivir.

Todos tenemos canciones preferidas, aquellas que nos llegan al corazón, que abren los baúles de nuestros recuerdos, que nos hacen sentir alegres, tranquilos y confiados, que nos facilitan el mañana. Escuchémoslas en el grupo de nuestros amigos, de nuestros hijos, y entonémoslas con buena o mala voz, pero con entusiasmo, con sentimiento. Escribamos los nombres de las canciones que en algún momento de nuestras vidas tocaron nuestro corazón; gravemos esas canciones una detrás de otra y guardemos esa grabación cerca de nosotros. Y así, cada vez que nos sintamos abrumados y sin camino cierto, escuchemos esas voces de dentro, ese rosario de recuerdos, esas melodías que nos sacan del cascarón y nos abren a las vidas de otros, dándonos consuelo y esperanza.

Ay los dulces recuerdos de antaño,
aromas, silencios, texturas,
visiones, palabras, recuerdos.

A veces se siente que halan, que llaman,
a veces se olvidan, se guardan,
se ocultan, muy dentro del alma.

A veces un dulce recuerdo la puerta golpea
y cuando la abrimos el recuerdo ha huido,
más queda el aroma, la sombra de un ruido,
velada sonrisa,
una faz oculta en el velo del tiempo,
un ansia,
campanas lejanas que no sé donde he oído,
y luego el silencio y luego el vacío.

Si en algún momento sentimos que un amigo se ha alejado de nosotros o queremos hacer uno nuevo, enviémosle nuestras canciones diciéndoles lo que son. No sería raro que compartamos más canciones que opiniones y que cantando juntos terminemos dándonos un abrazo. El primer rasgueo de la guitarra abre el corazón más que cien razones. Hace que comuniquemos nuestras emociones en lugar de nuestras frivolidades.

VIVIR POR AMOR

“Ni el don de la fe, ni otro alguno, dan la vida si falta el amor”.
(Santo Tomás de Aquino)

“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque
amamos a los hermanos”.
(El Evangelio según San Juan)

De paso por la Tierra, vamos camino a nuestra patria.
No es fácil ese camino hacia Dios. Es un camino cuesta
arriba, montaña arriba. Los que deciden recorrerlo son lo
que aceptan el desafío que los hace ser seres humanos
completos.

Ellos son los que al nacer,
miran solamente el cielo,
buscando siempre atisbar
algún lejano lucero,
a veces se les confunde
entre lo negro del cielo,
a veces brilla brillante
y es fácil seguir su fuego.

El camino hacia el lucero
nunca es un amplio sendero,
es a veces campo abierto,
boscosa peña pendiente,
cenagal, pantano, roca,
o calcinante desierto,
es difícil no caer,
es difícil llegar lejos.

Claros sobre nuestro destino, tenemos que decidir
cómo actuar hacia los otros seres humanos en nuestro
camino hacia Dios. Cómo actuar frente a sus
aspiraciones y a sus enojos, cómo resolver dilemas que
con respecto al resto tenemos todos los días. Como dice
San Jerónimo: “También en lo pequeño se busca la

grandeza del alma”. Añade: “siempre suele suceder que las cosas que han de llegar a mucho empiezan por poco”.

Hagámonos la reflexión de cómo actuaría hacia los otros aquel que solamente aspira lograr las metas materiales y temporales que se ha impuesto: hacer fortuna, ser electo, ganar una competencia, porque no tiene otro norte que su propio egoísmo. Haría todo lo que fuese necesario para alcanzar esas metas y en el menor tiempo posible, ya que no sabe cuánto tiempo le queda en la Tierra. Y lo haría sin valores pero con oportunismo, alzándose de hombros ante lo que le ocurra a los otros: empujaría, robaría, mataría si fuese necesario, en la consecución de sus metas. Lo único que lo detendría sería el temor a que la sociedad lo castigase, que trataría de evitar usando la astucia o el soborno si fuesen necesarios. Cualquier medio sería bueno si le ayudase a alcanzar lo que quiere: el fin siempre justificaría los medios. La norma a usar sería el egoísmo: sólo yo y nadie más que yo. La actitud ante el triunfo sería la soberbia; ante el fracaso, la amargura y el desaliento.

Ellos son los que al nacer,
miran solamente el suelo,
nunca tropiezan ni caen
avanzan con paso ligero,
si encuentran una barrera
cambian camino al momento,
buscando siempre avanzar
buscando ser los primeros.

Lo importante es caminar,
y caminar bien ligero,
lo que quieren es llegar
y al llegar ser los primeros,
no importa donde se llegue,
no importa por cual sendero,
no importa el precio pagado,
si se ha llegado primero.

Reflexionemos ahora cómo actuaría hacia los otros el que va hacia Dios. En primer lugar, sabe que va a llegar. La vida es para él un camino y la muerte es un encuentro seguro. Por lo tanto no tiene urgencia. El que va hacia Dios puede estar seguro que lo encontrará al final de su vida. En segundo lugar, escoge sus metas de tal manera que no lo desvíen de camino. En tercer lugar, su perspectiva es mucho más amplia. La muerte, que puede ocurrirle en cualquier momento, no le asusta, no la ve como el fin temido que le impedirá conseguir lo que aún le falta. No tiene por lo tanto, la desesperada urgencia del otro. Actúa con tranquilidad. ¿Cómo reacciona ante el que va delante de él y tropieza? ¿Lo pisotea en su esfuerzo de adelantarlo como haría el que solamente escucha su egoísmo? El que es así ve al resto de los seres humanos como sus competidores por los limitados bienes de la Tierra, como sus enemigos, y por lo tanto está siempre en guardia contra ellos, al acecho.

El que va hacia Dios los ve como seres humanos en los que Dios ha prendido la misma llama, que van en la misma dirección, con los que puede compartir su misión y sus desazones, sus preocupaciones y sus alegrías. No los ve ni como competidores ni como enemigos, más bien los ve como quienes pueden hacerle más fácil el camino. Tiene hacia ellos un sentimiento de hermandad. Si Dios los está llamando hacia Él, al ayudarlos en su camino lo que está haciendo es coadyuvar en la labor de Dios. Pasan a ser hermanos en el sentido más amplio de la palabra, comparten un mismo origen y destino.

No todos reaccionan como hermanos cuando actuamos hacia ellos como hermanos. Los que van cuesta abajo se tratan de aprovechar de nosotros, tildándonos de tontos o de ciegos, sin darse cuenta que los tontos o ciegos son ellos, que han perdido el rumbo y que están siguiendo el camino de las bestias. Con ellos nuestros encuentros son rápidos y desagradables, porque nos cruzamos y nos estorbamos, mientras que con nuestros compañeros de viaje los encuentros son amables y

largos, porque vamos por el mismo camino y hacia el mismo fin. Con los unos extendemos el puño para defendernos, con los otros extendemos la mano para estrechárselas.

Vale la pena reflexionar sobre el puño que extendemos. Tenemos que hacerlo en defensa de nuestra integridad personal, de nuestra familia, de lo que poseemos. Sin embargo, el extender el puño tiene el peligro de que quede levantado, que nos quedemos airados por dentro. Que el que pasó nos haya hecho perder la paz, dejándonos a la vera del camino echando chispas o, inclusive, nos haya hecho correr en su persecución a recriminarle y tratar de golpearle. Al actuar así, ¿nos acercamos a Dios? Definitivamente no. Esa lucha, de ser indispensable, tiene que comprometer nuestros puños y nuestra razón, y solamente en el momento de la lucha, pero no nuestro corazón. Más que quedarnos furiosos o perseguirlo, tenemos que compadecerlo, mientras camina apresurado con las bestias.

Ante el puño levantado del que no va hacia Dios hay que actuar con compasión, con profunda compasión, al igual que la tendríamos con el ciego que tropieza y cae sobre nosotros haciéndonos daño. Tratando de ponerlo en el camino correcto, nunca criticándolo ya que eso los exasperará todavía más; vemos paisajes opuestos. Si no es posible ayudarlo, hay que evitarlo, no sea que nos arrastre con él. Si no hay manera de evitarlo es mejor recibir las injurias que nos lanza sin contestarlas, no sea que al contestarlas perdamos el control y nos dañemos. El dar la otra mejilla no es una actitud pasiva y servil, es muchas veces la única alternativa posible para no ser arrastrados hacia el mal. En la medida que nuestra actitud cale en el otro, el haber dado nuestra mejilla habrá sido la mayor muestra de amor. Tendremos la mejilla enrojecida y el corazón engrandecido, y habremos sembrado en el corazón del otro semillas que quizás germinen. En cualquier caso, habremos protegido y abonado las que están en el nuestro.

Esos enfrentamientos también los tenemos con los que caminan junto a nosotros. Examinemos las motivaciones de alguien que sube junto a nosotros y que de pronto parece volverse contra nosotros. No lo haría por razones egoístas sino circunstanciales. Puede ser que esté preocupado por su empleo o tenga un hijo enfermo o le duela la cabeza o que sea de carácter irritable. ¿Debemos levantar el puño contra él? ¿Qué lograríamos con ello? Solamente hacer su furia permanente y contagiarnos con ella y, quién sabe, hasta rodar con él en una pelea absurda. San Gregorio Magno nos advierte: “si no tenemos suficiente fuerza para contener al que resbala, resbalaremos nosotros con él”.

¿Cómo hay que actuar ante ese puño levantado del que va hacia Dios con nosotros? La respuesta es: con amor. Siempre con amor. Solamente con amor. Repitémoslo: con amor, siempre con amor, solamente con amor, como quisiéramos que el otro haga con nosotros. Escudriñando el por qué de ese puño levantado, tratando de hacerlo bajar con nuestro gesto, con nuestra palabra. Mantengamos la calma, porque si la perdemos, rodaremos juntos. Si estamos tan indignados que no podemos mantenerla, preferible alejarnos. No sea que nos dañemos y que dañemos a otros.

Como dice Juan Pablo II, “amar es, por tanto, entregarse a los demás. Lejos de ser una inclinación instintiva, el amor es una decisión consciente de la voluntad de ir hacia los otros. Para poder amar de verdad conviene desprenderse de todas las cosas y, sobre todo, de uno mismo, dar gratuitamente, dar hasta el fin. Es el secreto de la felicidad”. El amor está íntimamente ligado a la alegría, así como el odio a la mirada torva y al gesto huraño. Santo Tomás de Aquino dice que “el amor ilumina el corazón”. Al actuar con amor habremos sembrado nuestro amor, que luego cosecharemos. Lo dice Santa Teresa. “Amor saca amor”, y también San Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”. El amor responde muy bien a los cuidados.

¿Cómo nos gustaría que los demás respondiesen a nuestra preocupación por ellos. Diríamos que con gratitud, respondiendo a nuestro gesto generoso, dando las gracias. Hay aquellos que dan pocas gracias, que a todo se sienten con derecho, que hacen difícil la convivencia humana. Santa Teresa dice que “si no reconocemos lo que recibimos no despertaremos al amor”. Juan Pablo II anota que “una palabra buena se dice pronto, sin embargo, a veces se nos hace difícil pronunciarla. Nos detiene el cansancio, nos distraen las preocupaciones”. Quisiéramos que se nos tratase con afabilidad, no dura ni ásperamente, sin darnos importancia. Que se nos responda a lo que preguntamos, con una sonrisa, con dulzura, con interés.

El Santo Cura de Ars nos dice que “el amor se manifiesta mejor con hechos que con palabras”. Pero el decir: “te quiero”, es también importante. San Juan de la Cruz nos dice: “La paga y el jornal del amor es recibir más amor hasta llegar al colmo del amor. El amor sólo con amor se paga”. San Agustín lo pone magistralmente: “Ama y haz lo que quieras, si te callas, calla por amor, si hablas, habla por amor; si corriges, corrige con amor; si perdonas, perdona por amor; ten la raíz del amor en el fondo de tu corazón: de esta raíz solamente puede salir lo que es bueno”. La recompensa del amor es poder amar más.

VIVIR PARTICIPANDO

“Entre soberbios hay siempre contiendas; pues quien tiene un elevado concepto de sí mismo y menosprecia al prójimo no puede soportar sus fallos”.

(Santo Tomás de Aquino)

“He venido para que tengan vida y que la tengan en abundancia “.

(El Evangelio Según San Juan)

El que vive la vida de la ostra se convierte en ostra, el que vive la vida del buitre se convierte en buitre. Si queremos seguir siendo seres humanos tenemos que vivir la vida que los seres humanos han vivido desde que el mundo es mundo: en familia, en amistad, en vecindad, en comunidad, en sociedad. No es posible vivirla diciendo:

Desde el balcón de la vida
miro la vida pasar,
quisiera vivir la vida
mas no me quiero bajar.

Yo prefiero estar tranquilo,
mirando abajo bailar
y cuando me canse de verlo,
mi balcón poder cerrar.

Vivir bien es bajar del balcón, es vivir en comunidad. Vivir en comunidad es vivir rodeado de quienes conocemos, de quienes nos importan y a quienes importamos. No es ser una barca solitaria en medio del mar, sin puerto, identificados tan sólo por lo que consumimos, sin pasado. Nuestra comunidad de parientes y amigos es el puerto desde donde salimos a buscar fortuna y donde nos cobijamos en la tormenta: en ese puerto tienen sus raíces nuestras familias. Nos hace falta ser parte de una comunidad en la que encontremos realización y seguridad, en la cual podamos ser lo que

somos, no solamente lo que consumimos; nos hace falta estar rodeados de familiares y amigos quienes, conociéndonos desde siempre y para siempre, estén prestos a solazarse con nuestras alegrías y a compartir nuestras dificultades. Que no actúen, como dice San Bonifacio, como “perros mudos, centinelas silenciosos, mercenarios que huyen del lobo”.

En ciertas sociedades gran parte de la población vive sola, algunos porque parecen preferirlo así, otros porque nadie quiere vivir con ellos; quizás son viejos o están enfermos o no son simpáticos. La vida emocionalmente aislada de muchos seres humanos es una de las características de nuestro mundo de hoy. En él se valora la intimidad, definida como el que otros no se metan en nuestras vidas. ¡Cómo si ello fuera posible si queremos ser seres humanos completos!

Aunque quisiéramos involucrarnos con otros no es fácil hacerlo porque nuestra sociedad nos da pocas oportunidades para ello, salvo en la época de adolescencia, entre compañeros y compañeras de estudio. Después de esa época nuestras vidas son apresuradas, los contactos son breves y superficiales. ¿Cómo involucrarse con los que nos rodean? Hay dos maneras de hacerlo. Una es hacer favores, no solamente cuando nos los pidan sino en cada oportunidad que tengamos de hacerlos. Si reflexionamos nos daremos cuenta que tenemos infinito número de oportunidades. Aprovecharlas es dar al otro el mensaje: me importas, ¡cuenta conmigo! Los favores son los hilos con que, uno a uno, vamos tejiendo la cuerda gruesa que detiene nuestra caída en los tantos precipicios, en las muchas grietas que encontramos en nuestras vidas.

La otra manera de involucrarnos es participar activamente en celebraciones. Vivir en comunidad impone compartir con los que nos rodean sus buenos y malos momentos y, especialmente, sus grandes momentos. Nuestras vidas están regularmente marcadas por celebraciones, por ritos de paso. Celebraciones que dan realce al cruce de puentes en nuestras vidas o en las

vidas de los que nos rodean. Puentes entre las diversas etapas de nuestras existencias. Momentos en que nos reunimos con los que amamos, con los que esperamos relacionarnos en una forma y otra por el resto de nuestras vidas.

La primera celebración en una sociedad cristiana es el bautizo. Una ceremonia de familia, generalmente pequeña. Se nombran padrinos, que se supone están allí para cuidar del niño o niña si es que faltan los padres: una responsabilidad grande que tomamos a la ligera, confundiéndonos con la necesidad de hacer un regalo mejor que los de los demás el día del cumpleaños de nuestro ahijado o en Navidad. Las siguientes son los cumpleaños. A medida que crecemos nos vamos dando cuenta que son días especiales: regalos, una torta con velas, amiguitos y amiguitas vestidos elegantemente. La preocupación que vengan pocos, la emoción que hayan venido tantos.

Luego viene la Primera Comunión. Una fiesta esplendorosa. Le antecede una larga preparación que nos llena de emoción; por primera vez se nos habla de nuestra naturaleza escondida. Estamos conscientes de lo que va a pasar mientras apretamos y movemos, descuidadamente, nuestras velas encendidas y nuestros padres nos miran con preocupación. Sigue la reunión, íntima a veces, casi social otras. La ceremonia que le sigue, la confirmación, es más sencilla, pero no debería ser así. Es la primera ceremonia religiosa en la que participamos por nuestra propia voluntad, en que por primera vez ejercemos nuestro derecho de adultos a escoger,

Para las chicas sigue la fiesta de quince años. Grande o pequeña, elegante o sencilla, es una fiesta con un significado profundo. Por primera vez padre e hija bailan frente al mundo, por así decirlo, y luego ella baila con otros. Como el anticipo de la entrega definitiva. Luego la fiesta de graduación. Aquí se siente con fuerza el paso a otra etapa de la vida. De pronto dejamos el colegio, con sus reglas, sus travesuras y sus caminos trillados, y

pasamos a la vida, a escoger, a vérnosla por nosotros mismos. Es una fiesta llena de optimismo, de anticipación, de emoción, de grandes puertas abiertas y de lágrimas. La siguiente fiesta es todavía más grande: el matrimonio. Ahora sí nos arrancamos definitivamente del apretado mundo familiar en que habíamos vivido hasta entonces para empezar una nueva vida, fundar una familia. Y allí empieza de nuevo el ciclo, solamente que ya otros serán los protagonistas.

A través de esas celebraciones, de esas ceremonias, buscamos traspasar a nuestros hijos algo del mundo nuestro. Es fácil hacerlo. Esas celebraciones y ceremonias, y las emociones que las acompañan, son compartidas por todas las generaciones. La abuela, mientras cose el encaje en el vestido de novia de la nieta, con cada puntada vuelve a vivir sus emociones de antaño, las que vivieron su madre y a su vez su abuela, las que vivió su hija, y que ahora va a vivir su nieta, y luego sus bisnietas, y así para siempre. Y regresa la dulce y emocionante procesión: bautizo, fiestas de cumpleaños, Primera Comunión, Confirmación, quince años, graduación, matrimonio. Y aunque no es una fiesta, nuestros funerales son también una forma de celebración, la ceremonia que nos une en la muerte, algo que todos vamos a compartir.

Esas fiestas son como los grandes nudos que atan los cabos sueltos de nuestras vidas. Los cabos pueden ser diferentes para una generación y otra, de diferentes colores, de diferentes texturas, de diferentes grosores, pero los nudos son los mismos. Las emociones son las mismas; las risas tienen el mismo timbre, argentino y nervioso; las lágrimas el mismo sabor salado. Mientras corren por las mejillas lavan el pasado y riegan el porvenir.

Cuando nos toque ir a unas de esas celebraciones, a una de esas ceremonias, pensemos sobre su hondo y largo significado. No las dejemos pasar así no más. Son los nudos de nuestras vidas y de las vidas de los que amamos.

VIVIR SIN JUZGAR

“Quien lleva en sus ojos la viga de la indignación, ¿podrá observar serenamente la paja en el ojo de su hermano?”.
(Casiano)

“Dejemos, por lo tanto, de juzgarnos los unos a los otros”.
(San Pablo)

San Agustín nos hace reflexionar cuando pregunta: “¿quién puede juzgar al hombre? La Tierra entera está llena de juicios temerarios. En efecto, aquel de quien desesperábamos en el momento menos pensado, súbitamente se convierte y llega a ser el mejor de todos”. El Santo Cura de Ars nos advierte que “a pesar de todos los datos y de las señales al parecer más inequívocas, estamos siempre en el gran peligro de juzgar mal las acciones de nuestro prójimo”. En el Evangelio de San Mateo, Jesús nos aconseja: “No juzguéis y no seréis juzgados” y “con el juicio que juzgareis seréis juzgados”. Si es así, ¿para qué juzgar?

Porque, ¡cómo nos gusta aplicar nuestras normas, supuestamente rígidas, a otros y verlos fallar! ¡Que divertido es juzgar a los demás! A veces lo que hacemos es contar el último chisme. El chisme es el primer paso para juzgar al resto. En nuestros juicios no solamente osamos juzgar los actos de los otros, juzgamos también sus intenciones, si han actuado de buena o de mala fe. Lo hacemos casi sin darnos cuenta. Como dice el Santo Cura de Ars, “la causa de tantos juicios temerarios es el considerarlos como cosa de poca importancia”. Nos recuerda San Jerónimo: “Quien tiene por costumbre hablar mucho no deja de hablar en ocasiones cosas inoportunas”. Si reconociésemos que la vida es tan dura para los demás como lo es para nosotros, no los juzgaríamos. Más bien recomendaríamos:

Cuando mires a otros no los juzgues duro,
no esperes que cumplan mil reglas tajantes,
que hagan siempre las cosas correctas,
que no sean mezquinos, que sean generosos,
que nunca cierren la puerta al amigo,
que siempre los guíe la regla más pura,
que al deber se ciñan,
que nunca cometan un acto malvado,
que sean consecuentes, constantes y justos,
nunca esperes tanto.

La vida es tan breve, la vida es tan ardua,
la vida es un largo o un corto esperar en la arena,
que venga la ola, que suba la inmensa marea,
que no nos conoce, que es ancha y es ciega,
que arrastra con todo.

¿Cómo puedes querer que alguien quiera,
cómo puedes querer que alguien pueda
actuar siempre a la luz de lejanos ideales
cuando escucha las olas que braman,
la espuma que sube, la hambrienta marea,
hermosos, lejanos ideales!,
ya es mucho pedir que los tengan,
ya es mucho pedir que los quieran.

En verdad, no es fácil vivir. No hay razón para que seamos tan duros con los demás, al fin y al cabo nosotros mismos no somos dechados de perfección. Más aún, mal podemos juzgar porque nunca sabemos todo lo que realmente pasó, ni tenemos la totalidad de los hechos, ni podemos mirar dentro de cada uno. Juzgamos a la ligera, prejuizamos. Dice Santo Tomás de Aquino que “es mejor que alguien se engañe muchas veces teniendo un buen concepto de un hombre malo que el que se engaña raras veces pensando mal de un hombre bueno”. Como dice mi hijo Gabriel: “prefiero ser ingenuo a ser cínico”. El estar juzgando todo el tiempo nos lleva a la intolerancia, a pensarnos el patrón contra el cuál todo debe medirse.

Juzgamos olvidando eso de que quien esté libre de pecado tire la primera piedra. Por otro lado, con nosotros, somos extraordinariamente comprensivos.

Cada uno de nosotros es una combinación única de recuerdos, opiniones, creencias, ideales y maneras de ser. Algunos somos tranquilos y amables, otros violentos, otros irascibles, otros necios, otros diplomáticos. Eso tendría poca importancia si viviésemos vidas solitarias; un ermitaño solamente tiene que aguantarse a sí mismo. Pero vivimos vidas en sociedad, generalmente como parte de una familia, y nuestras diversas maneras de ser inevitablemente se enfrentan en un diario campo de batalla.

Estamos dispuestos a aceptar con más facilidad actitudes que no nos gustan de gente que conocemos poco que de gente que conocemos mucho y, menos todavía, de aquellos que queremos profundamente. Es natural que sea así. El que un completo extraño lleve su vida por sendas que nos parecen inconvenientes no nos preocupa demasiado, quizás le demos un consejo al pasar y si no lo sigue, bueno, es problema de él. ¡Cuán diferente cuando eso ocurre con alguien que amamos! Si vemos a alguien con ropa y peinado estafalarios lo miramos con curiosidad, nos alzamos de hombros y seguimos adelante. Pero si vemos a un hijo nuestro en similar atuendo es probable que nuestra reacción sea totalmente diferente. Allí no estamos dispuestos a que no se siga nuestro consejo y actuamos con una intolerancia a su manera de ver las cosas que puede llevar a un rompimiento de nuestra armonía familiar. Criticamos duro.

¿Por qué es así? Porque amamos a esas personas y nos exaspera ver que hacen cosas que nosotros sabemos, o creemos saber, son inconvenientes para ellos. Esas críticas dentro del hogar muchas veces surgen del amor. En una familia con poco amor es probable que sean indiferentes unos de otros; en una familia en la que todos se aman profundamente es más probable que haya continuos choques porque se preocupan unos de otros: la

esposa se preocupa de la actitud agresiva del marido en el trabajo, el hermano no gusta de las faldas cortas que lleva la hermana, la hermana no gusta de las amistades del hermano, el padre prefiere que el hijo estudie medicina y no arte. Si se aman, cada miembro de la familia querrá lo mejor para el resto y las discrepancias sobre qué es lo mejor causarán conflictos. Igual puede pasar con nuestra parentela o comunidad.

Mirado así, el juzgar dentro de un grupo que se ama toma otro cariz. Es el resultado del amor. Cuando el padre, la madre y los hijos conversan amorosa y abiertamente sobre lo que les preocupa puede desaparecer la preocupación profunda que llevó a criticar, a juzgar prematuramente.

Cuando eso no ocurra, cuidado enfrentamos la preocupación del hermano o del padre con la respuesta: ¡deja en paz a tu hermana!, ¡deja de meterte en la vida de tu hijo! Si todos siguiésemos esos consejos dejaríamos de preocuparnos del resto. Tenemos que reconocer esas preocupaciones como un sentimiento generoso que, por falta de diálogo, puede llevar a tensiones en la familia, en la comunidad. Bajar esas tensiones no es hacer que no nos importen los demás sino comprenderlos. Más bien tenemos que preguntarnos: si al otro le importa tanto que yo haga esto, y su preocupación surge del amor que tiene por mí, ¿no podría darle gusto? ¿No compensa la incomodidad o molestia momentánea de darle gusto con el mantener su amor y su preocupación? Y ya que surge del amor, ¿no podría el otro tener razón y yo estar cegado por quién sabe qué?

VIVIR CON EL CORAZON ABIERTO

“Si dieres el pan triste, el pan y el mérito perdiste”.
(San Agustín)

“El que escaso siembra, escaso cosecha; el que siembra con largueza,
con largueza cosechará”.
(San Pablo)

No alcanzaremos La Vida Plena si no compartimos lo nuestro con otros. San Gregorio Magno hace la reflexión de que “quizás no tenga pan con que socorrer al necesitado; pero quien tenga lengua dispone de un bien mayor que puede distribuir; pues vale más reanimar con el aliento de la palabra al que ha de vivir para siempre, que saciar con el pan terreno el cuerpo que ha de morir. Por lo tanto, hermanos, no neguéis al prójimo la limosna de vuestra palabra”. San Juan Bosco anota: “Es ciertamente más fácil enfadarse que tener paciencia, amenazar a un niño más que persuadirlo; diría incluso que es más cómodo para nuestra inexperiencia y nuestro orgullo castigar a los que nos resisten que corregirlos, soportándolos con firmeza y bondad...”. El Santo Cura de Ars lo resume: “La caridad no se practica sólo con dinero”. La caridad generalmente no pide actos heroicos. Como se dice en Gaudium y Spes: “Esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria”.

San Basilio Magno lo pone sabiamente: “Deberías estar agradecido, contento y feliz por el honor que se te ha concedido, al no ser tú quien ha de importunar a la puerta de los demás, sino los demás que acuden a la tuya. Y en cambio te retraes y te haces casi inaccesible, rehuyes al encuentro con los demás para no verte obligado a soltar ni una pequeña dádiva. Sólo sabes decir: “No tengo nada que dar, soy pobre”, como decimos a los niños que tocan nuestra puerta pidiendo alguna

cosa, lo que sobre”. Y continúa San Basilio: “En verdad eres pobre y privado de todo bien; pobre en amor, pobre en humanidad, pobre en confianza de Dios, pobre en esperanza eterna”. Y hoy en día, también pobres en tiempo, que es lo que más reacios somos en dar a los demás.

San Bernardino de Siena nos dice: “Debes demostrar que das con alegría y con gusto; para esto no hace falta que esté esperando una hora el que se dirige a ti, porque cuando el pobre espera, casi se arrepiente de haber pedido. Un vaso de agua ofrecido con alegría y rapidez agrada más que una garrafa de vino dada con poco agrado y disgusto”. No agreguemos a la vergüenza de pedir, nuestra parsimonia, nuestros aires de superioridad.

Todos estamos conscientes de las grandes necesidades de los que nos rodean; que nuestra comodidad es una isla en ese mar de necesidades. Nos preocupa el hambre, la injusticia, la enfermedad, el abandono, el desconsuelo y la tristeza. Quisiéramos hacer algo para que haya menos hambre, menos injusticia, menos ignorancia, más salud, menos abandono y más alegría. Quisiéramos hacer algo para que los ancianos solitarios tengan alguien con quien hablar de sus cosas viejas y mueran con alguien a su lado, para que los niños sin presente tengan un futuro, para que las chicas violadas y encinta encuentren comprensión y cariño, para que los que duermen en las aceras tengan cobijo, para que los locos y los presos no vivan como animales ni sean tratados como tales.

Pero, ¿qué podemos hacer? ¡Hace falta tanto! ¿Por dónde empezar? ¡Hay tan poco tiempo! ¡Hay tantas ocupaciones en este mundo de hoy, tantos compromisos! Y eso nos hace a muchos, al ver a nuestro hermano herido en el camino, suspirar y seguir apresuradamente de largo. ¡Hay tanto que hacer! ¡Ya lo recogerá alguien!

Algunos se esfuerzan en disminuir esas necesidades generando empleos, tratando humanamente a los que los rodean. Hay también muchos que han decidido dar lo más valioso que tiene el ser humano, que no es el juguete

o el vestido o el dinero que les sobra, sino su tiempo. Y no darlo maquinalmente, casi sin darse cuenta; no mezquinándolo, contándolo, midiéndolo de tal manera que su generosidad pueda luego ser públicamente reconocida, sino dándolo sin contarlo, sin medirlo, generosamente, en silencio, día a día. Sin otra recompensa que esa calidez que se siente al haber no solamente suspirado por el hermano herido, sino también al haberse acercado a él, al haber levantado su cabeza exangüe, al haberle dado de beber y al haberlo alimentado, al haberlo vestido, al haberlo curado y al haberle dado consuelo. Y ello sin necesidad de cambiar tarjetas de presentación y esperar ser aplaudido, simplemente por la calidez que da el dar.

Para encontrar seres así, ¿debemos escarbar profundamente en nuestra comunidad? La verdad que no, la verdad es que hay muchos de ellos y que están en todas partes. Forman una familia inmensa. ¡Hay tantos de ellos y laboran en causas tan diversas! Mil causas diversas, mil necesidades diversas, mil manos generosas para hacerlas más llevaderas. La generosidad no tiene por qué estar a la vista, germina y florece mejor en silencio, sin propaganda, sin aspavientos. Quien recibe nuestra contribución sonrío, a veces por fuera, siempre por dentro.

El más duro trabajo se hace con el que no tiene nada que dar a cambio de lo que recibe; en algunos casos, cuando por ejemplo se ayuda al alcohólico o al drogadicto, se encuentra inclusive resistencia, rechazo, y la tarea se hace cuesta arriba. No la hagamos aún más cuesta arriba criticando al que trata de dar.

Recordemos que las manos no se llenan cuando se arrebatan, cuando se roba, cuando se arrancha, cuando se exige, sino cuando se da. Quien tiene las manos cansadas de tanto dar, las tiene siempre llenas. Nacemos con las manos vacías y morimos con las manos vacías, nada trajimos en ellas y nada nos llevaremos. En el curso de nuestras vidas, preocupados por esas manos vacías, las usamos para guardar lo nuestro y para arrancar lo del

vecino. Las manos así usadas se crisan, las uñas se hacen filudas, los músculos se tensan; son las manos del tener. Baúles y armas.

Las manos no están para eso, están para estar como vinieron, vacías, y como se irán, vacías de tanto dar. Han tenido que tener para poder dar. Esas manos sirven para consolar, poniendo las manos sobre el hombro del afligido, apretando un poco. Para expresar nuestra amistad, estrechando fuerte las manos del otro. Para trabajar, con la pluma, con el martillo o con el bisturí. Para acariciar a nuestros hijos y para enterrar a nuestros muertos. Tenemos que mirar a nuestras manos en forma diferente:

Me miro las manos surcadas de líneas,
los dedos nudosos, las palmas cuadradas
cerradas en puños o abiertas cual ramas.

A veces tranquilas, los dedos curvados,
con calma apoyadas, como descansadas,
manos medio abiertas, esperando nada.

A veces violentas, bruscas, agitadas,
golpeando la mesa o, en puño, una cara,
defendiendo recias la vida o el alma.

A veces tomando de la mano a un niño
o secando amable sus lágrimas raudas,
tocándole el pelo, rozando la cara.

A veces, amigo, te extiengo la mano,
la aprietas con fuerza, la agitas, la halas,
mostrando tu afecto con dedos que oprimen
palma contra palma.

A veces trenzadas con las manos de ella,
caminando juntos en la tarde calma,
apretando a veces y así dando el alma.

Ay mis manos viejas, cruzadas de arrugas,
ay mis manos niñas, redondas, rosadas,
mis manos de joven, recias, aguzadas,
mis manos de hombre tan llenas de rayas,
parecen vacías están llenas de alma.

Cuentan que un día salió al encuentro de Alejandro Magno un pordiosero y le pidió limosna. Alejandro se detuvo y mandó que lo hicieran señor de cinco ciudades. El pordiosero, confuso y aturdido, exclamó: “¡yo no pedía tanto!” Y Alejandro repuso: “tú has pedido como quien eres, yo te doy como quien soy “. Demos como quienes somos, no como los demás piensan que debemos dar.

NUESTRO DIARIO AFÁN

NIÑOS Y GUERREROS

“Porque la vida presente es tiempo de lucha”.
(San Bernardo)

“Si no cambian y vuelven a ser como niños, no podrán entrar en el
Reino de los Cielos”.
(El Evangelio según San Mateo)

Sentimos que somos uno por fuera y otro por dentro. Que el de fuera es tan sólo la cubierta exterior del que está dentro. Cuando esa cubierta no encaja con lo que guarda vivimos con desasosiego, inquietos; cuando la cubierta y el exterior son uno solo estamos en paz. El de dentro es el que consultamos de vez en cuando, que nos hace reír o llorar, que nos da el sustento para soportar los embates de la suerte, que pone orden y dirección en nuestras vidas, que canaliza nuestras energías, que formula nuestros sueños, que nos consuela en nuestras tribulaciones. En él se sustenta nuestro diario trajinar. Nos dice que debemos llevar no la vida pasiva del que siempre espera que le digan qué hacer, sino la vida activa del que trabaja duro y encuentra satisfacción en ello, del que lucha sin descanso por lo que cree, del que goza de cada momento y del que está consciente de las

bendiciones que ha recibido; el de dentro nos ayuda a superar el dolor.

Dicen que una imagen vale cien palabras. Tratemos, pues, de poner en imágenes esa vida activa que debemos llevar. Me surgen dos imágenes, yuxtapuestas, inseparables, que hacen un ser humano completo. Una es la imagen de un niño. Tenemos que ser como niños. Siempre dispuestos a la alegría, abiertos a la emoción, llenos de ilusión, prestos a llorar y a reír poco después, siempre repletos de vida, de curiosidad, de anticipación.

La otra imagen es la de un guerrero. Tenemos que ser como guerreros. Preparados, entrenados, sin temor, audaces, dispuestos a luchar y hasta morir por lo nuestro, por nuestras convicciones, por nuestras ilusiones, por nuestra fe. Listos a trabajar arduamente, duramente, sin descanso para fortalecernos; listos a vivir frugalmente y a caminar largas jornadas.

La paz que buscamos no es la de los pasivos, la de los pusilánimes, la de los vacíos, sino la paz de los valientes; no la paz del que ha abandonado ilusiones y se ha convertido en un vegetal, una máquina o un arma, sino la de un niño que ríe y se lanza, con abandono, por la resbaladera más alta del parque de diversiones; no la paz del que está de acuerdo con todo lo que le rodea y que a todo viento se inclina, sino la paz del guerrero que mira pensativo la fogata antes de la batalla en la que está dispuesto a morir por lo que cree porque quiere vivir con lo que cree. El que está en paz lleva la paz por dentro, por afuera lleva una sonrisa y una espada.

Sonrisas y espadas. Niños y guerreros.

VIVIR TRABAJANDO

“¿Para qué buscas descanso, si naciste para el trabajo?”
(Kempis)

“Trabajad como para el Señor, y no para los hombres”.
(San Pablo)

San José María Escrivá nos dice “vive tu vida ordinaria, trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acaba bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada”. Nuestro trabajo tesonero nos saca de los peores momentos y nos permite decir:

Ya vamos saliendo,
momentos muy duros,
momentos muy negros,
muerta la esperanza,
descorazonados,
desilusionados,
sin fin a la vista,
caminos cerrados.

Parece imposible que haya pasado,
lo amargo y lo arduo atrás se ha quedado,
es cierto, fue duro y estamos golpeados,
más ya hemos salido, ¡lo hemos logrado!

El lograr algo, el trabajar, nos da felicidad y satisfacción; quien está ocioso es desgraciado y se marchita. Estamos hechos para tener una ocupación, grave o sencilla, dura o suave, fácil o difícil. Esa ocupación da propósito a nuestras vidas, de otra forma tendríamos que llenarlas con trivialidades, con cosas para matar el tiempo. Nos recuerda San Crisóstomo que “el agua estancada se corrompe... El hierro...consumido por la herrumbre se torna blando e inútil... La tierra que

se deja baldía no se ve que produzca nada sano, sino malas hierbas, cardos y espinas”. Nuestras vidas son breves, el tiempo que tenemos para vivirlas pasa raudo, matar el tiempo es equivalente a matar nuestras vidas, a dejarlas vacías. El trabajo las llena. Como dice Casiano, “quienes no quieren hacer nada se condenan, por su inactividad, a una agitación continua”. Como una cucharilla revolviendo el café, que revuelve y revuelve y no va a ninguna parte.

Había una vez tres picapedreros dándole y dándole a su trabajo. Alguien que pasaba les preguntó que hacían. Uno contestó: “pico estas piedras”; el otro precisó un poco más: “hago bloques de piedra”; y el tercero contestó: “participo en la construcción de una catedral”. Los tres hacían lo mismo pero lo hacían con propósitos muy diferentes en mente. El que desprecia su trabajo, porque le parece poco importante, sólo piensa que está picando piedras. El que gusta de su trabajo y ve como encaja en la estructura de la sociedad comprende que todos tenemos papeles diferentes que jugar y que lo que realmente importa no es el papel, sino cuán bien lo jugamos.

El trabajo ocupa buena parte de nuestras vidas, es la fuente de nuestro bienestar material y del reconocimiento en el medio en que vivimos. El propósito que tenemos en mente al hacerlo condiciona profundamente nuestras vidas. Como en el caso de los picapedreros, hay aquellos que actúan mecánicamente, haciendo lo que se les dice, sin mostrar interés en por qué se les dice, otros tienen una visión vaga e incompleta, y otros sí saben por qué. Estos no solamente es más probable que tengan más éxito en su trabajo, con seguridad encontrarán más satisfacción en él.

Algunos dicen que no les gusta su trabajo y que lo hacen mecánicamente, pero que les pagan bien. No hay paga que compense el convertirnos en autómatas. Muchas madres de familia dicen que quieren trabajar, icómo si cuidar niños y el hogar no fuera trabajar! Algunas lo hacen para no vivir la soledad del hogar, en

muchas sociedades rodeadas de vecinos que no conocen y sin familiares cercanos. La vida del hogar en esas condiciones, con niños pequeños, puede ser particularmente fuente de frustración. Otros suspiran por su jubilación, para dedicarse a las miles de cosas a las que siempre han querido dedicarse. Una vez jubilados, esas miles de cosas se hacen humo pronto y no hay nada que llene sus días vacíos; algunas vidas se marchitan porque ya no hay nadie que les diga qué hacer. ¡Ay de aquellas marionetas que dependen para hacer algo en que alguien les diga qué, cómo y dónde hacerlo!

El trabajo no es hacer sin pensar lo que nos digan los otros, no es la acción refleja que nos da lo necesario para vivir o para llenar el tiempo, es parte integral de nuestro desarrollo como personas. Somos el fruto, no del trabajo que hacemos, sino de la forma en que lo hacemos: con aburrimiento o con decisión, con pasividad o con entusiasmo. La forma en que trabajamos es la medida de nuestra decisión de vivir La Vida Plena. San Clemente nos advierte que “el buen trabajador recibe con libertad el pan de su trabajo; pero el perezoso y holgazán no se atreve a mirar la cara del amo”.

Muchas veces nos referimos a los negocios en forma despectiva, como una labor mezquina que obnubila y que hace desaprovechar los deleites del espíritu. Nos reímos y hasta despreciamos al hombre o a la mujer que por trabajar hasta tarde se pierde el concierto o no puede leer el libro de poesías. ¡Cuán equivocados estamos! El trabajar en lo nuestro, el poner en ello todo nuestros esfuerzo corporal o mental, buscando para nosotros y para nuestras familias una vida cómoda y segura es una clara indicación que estamos en el camino hacia Dios. La mayoría de nosotros laboramos con esfuerzo, con dedicación, durante largas horas y ello nos hace mejores. El que de vez en cuando, o con mucha frecuencia, nos perdamos el concierto o el libro de poesías no descalifica nuestro esfuerzo, más bien es una confirmación que lo estamos poniendo.

Más meritorio es ese esfuerzo si estamos ayudando a otros a desarrollarse y medrar en base a lo que hemos construido. ¡Pocos logros son mayores que dar trabajo a otros! El hacer que nuestro esfuerzo permita que obtengan los ingresos suficientes para que tengan una vida digna. Mejor es el empleador que paga bien que el que paga mal, pero es mejor el que paga mal que el que nunca ha dado trabajo a nadie. Naturalmente el esfuerzo que alguien pone en su trabajo puede estar dirigido hacia el mal, regido por el egoísmo y coronado por la soberbia, pero, aún así, los que generan trabajo tienen un bien que puede llegar a balancear su mal.

El trabajar duro nos eleva. San Gregorio Magno nos dice que “la pereza hace venir el sueño porque, cuando se deja de querer obrar bien, poco a poco se pierde además el cuidado de pensar bien”. Por lo que añade: “y el alma negligente padecerá hambre; porque el alma, cuando no aspira con ardor a lo más alto, se derrama perezosa por los bajos deseos; y por lo mismo que se dispensa de someterse a disciplina, se derrama en deseos de placeres”.

Al trabajar debemos tener en mente en qué trabajamos. En primer lugar, hay que trabajar en algo bueno, que nos eleve, no en algo que nos hunda. En segundo lugar, hay que hacer nuestro trabajo lo mejor posible, a fin de que podamos estar orgullosos de lo que hemos hecho, ya sea barrer una calle u ordenar a un sacerdote. En tercer lugar, hay que hacerlo con un propósito, que debe encajar con nuestra realización como personas.

VIVIR LUCHANDO

“Si dijeres basta, estás perdido. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio...”.
(San Agustín)

“Que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne...sino contra los dominadores de este mundo tenebroso”.
(San Pablo)

Si se nos pidiese hacer una lista de cuales han sido los grandes logros de nuestras vidas, ¿cuáles escogeríamos?, ¿qué criterios usaríamos para escoger? No es un pedido fácil de cumplir. El tratar de cumplirlo puede que nos lleve a hurgar productivamente dentro de nosotros.

El obvio logro de nuestra sociedad de hoy y de siempre ha sido el económico: formar un capital, pequeño o grande, que permita mirar el futuro con tranquilidad, dar estabilidad y educación a la familiar, hacer lo que a uno le gusta. Un logro decididamente importante. No todos lo alcanzan. Dinero, por el placer de tenerlo, es algo que solamente aprecia el avaro. El resto lo quiere por el placer de gastarlo ahora o más tarde, y por la seguridad que proporciona. Los logros económicos, sin ser indispensables, facilitan enormemente el que podamos mirar el futuro con tranquilidad, dar a nuestras familias estabilidad y educación, y hacer realidad nuestro potencial.

Una vida tranquila conlleva no solamente tener un ingreso suficiente sino también el no estar sujeto a los embates de la delincuencia, a los temores de la guerra, a la acción arbitraria de la autoridad. Nuestra tranquilidad no está aislada del marco social, al contrario, depende grandemente de él. Si no nos preocupamos de mejorar ese marco social, dicho más claro, de mejorar las vidas de los seres humanos que componen la sociedad en que vivimos, nuestra tranquilidad puede en cualquier momento verse penosamente rota. Vivir rodeados de nuestra familia conlleva ver a nuestros hijos tomar

rumbos en sus vidas, enraizados en la sociedad en que viven. Su éxito, su felicidad más bien, dependerá de que esa sociedad les dé oportunidades para trabajar y para educar bien a sus hijos. En una sociedad en descomposición mal podrán nuestros sueños sobre nuestros hijos hacerse realidad.

Desarrollarnos como personas conlleva el involucrarnos en actividades para las que estemos naturalmente inclinados, ya sea en el arte, en el deporte, en la beneficencia social. Una sociedad ordenada y próspera nos facilita desarrollar esas facetas individuales de nuestra personalidad, es difícil pensar que puedan ser desarrolladas en sociedades donde se vive una guerra civil o se convive con una degradante miseria.

Por lo tanto, nuestros logros, que tratamos de sustentar con una situación financiera sana, no pueden desligarse de la sociedad en que vivimos. Las características de esa sociedad influyen profundamente nuestras vidas. ¿Qué es preferible, ser modesto empleado en una sociedad justa, próspera y ordenada o ser rico en una sociedad en caos?

Curiosamente, el mundo parece empeñarse en elevar y ennoblecer justamente a aquellos que atentan contra nuestra tranquilidad, contra nuestra familia, contra nuestro desarrollo como personas. Recordamos en nuestros libros de historia y honramos en las estatuas en nuestros lugares públicos a quienes han favorecido la guerra de conquista y que han puesto armas en las manos de nuestros hijos, a los que han buscado hacernos parte de una masa fanática, a los ideólogos que han trastocado el orden social propugnando eliminar nuestra individualidad. Raras veces recordamos y honramos al educador, al que fundó hospitales, al que ayudó a los pobres, a los empresarios que dieron trabajo, a los que lucharon en silencio. Al único héroe desconocido al que se honra es a un soldado, no es a un maestro o a una enfermera. Pocas veces honramos a los que promueven tranquilidad, apoyan la familia y nuestro desarrollo

como personas, muchas veces honramos a los que se vanaglorian de destruirlos.

Una sociedad en descomposición ofrece un futuro incierto y tenebroso, como dice San Pablo. Por eso tenemos que preguntarnos: ¿qué estamos haciendo para evitar esa descomposición, para mejorar la sociedad en que vivimos? Es posible que concluyamos que no hay esperanza, que es mejor tratar de enriquecerse lo más posible, elevar los muros de las casas, blindar los automóviles y mirar el mundo a través de una mirilla enrejada. Terrible vida, ¿no es verdad? Otro puede escoger irse a vivir en los barrios miserables de las grandes ciudades para trabajar a tiempo completo en mejorarlos. Tampoco, ¿no es verdad?

Tiene que haber un punto óptimo, diferente para cada uno, y cada uno tiene que identificarlo, preguntándose: ¿qué puedo hacer yo? Y, habiéndonos respondido, hacer lo que está en nuestras manos hacer. De no ser así, de poco nos servirá lo que hemos acumulado. No tenemos otra alternativa que luchar por lo que creemos y queremos.

El primer gran paso es aprender a decir no y luchar porque las cosas cambien, en lugar de acomodarnos a ellas. Recordando, como dice San José María Escrivá, que “sin lucha no se logra la victoria, sin victoria no se alcanza la paz. Sin paz la alegría humana es sólo una alegría aparente, falsa, estéril”. O como lo pone Santa Teresa: “No os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí para otra cosa sino para pelear”. Esa actitud puede llevar a extremos, como en el joven idealista que dice:

Me voy hacia el monte, me voy a ocultar,
voy a ser entrenado en forma brutal,
en causar desastres, en cómo matar,
me darán un fusil y una idea,
con ese por ella deberé luchar.

Nunca sabrán ya de mí,
para el mundo de ustedes habré de morir,
cambiaré mi nombre, cambié ya mi sentir,
ya no soy el mismo, he aceptado morir
y así al mundo que amo le ayudo a vivir.

Nos escandaliza ese extremo, pero, por otro lado, ¿por qué nosotros estamos dispuestos a sacrificarnos tan poco? ¿Por qué aceptamos con tanta facilidad la injusticia, el abuso, el crimen? Nos hemos resignado a muchas cosas que tomamos con un levantamiento de hombros. Nos hacemos internamente la reflexión: así es la vida, y con esa reflexión cerramos los ojos ante lo que en nuestro fuero interno sabemos que no debemos aceptar. Hay que abrir los ojos y rechazarlo, aprendiendo a decir que no. Trayendo la luz donde está oscuro. Esa oscuridad reina no solamente por las acciones de los hijos de la oscuridad sino también por la apatía de los hijos de la luz. Como pregunta San Agustín: “¿Habéis visto cuán peligroso es callar?”

Juan Pablo II dice: “Deseo rendir un homenaje a todos estos valientes desconocidos. A todos los que tienen el valor de decir “no” o “sí” cuando esto cuesta. A los hombres que dan un testimonio singular de dignidad humana y de profunda humanidad”. San Ignacio de Antioquia nos da una imagen: “Mantente firme como un yunque golpeado por un martillo”, cuando:

lleguen, ásperas, las horas de lucha
para alcanzar los sueños más preciados,
para buscar defender lo bien ganado.

Hay hombres y mujeres que luchan por lo que creen, hay otros que se alzan de hombros para solamente preocuparse de lo suyo. ¿Cuáles somos nosotros? ¿Por qué luchamos? San Juan Crisóstomo nos dice, “lo grave no es quien en la lucha caiga, sino que permanezca en la caída, lo grave no es que sea herido en la guerra, sino desesperarse después de recibido el golpe y no cure la

herida”. San Agustín nos advierte: “Todos los días hay combates en nuestro corazón, cada hombre, en su corazón, lucha contra un ejército. Los enemigos son la avaricia, la gula, el bullicio”.

Cuando solamente nos preocupamos de nosotros mismos, ¿estamos ayudando a mejorar la sociedad a la que tan íntimamente ligado está nuestro propio bienestar y el de los nuestros? Hay una teoría social que propugna el egoísmo como la mejor manera de que cada uno desarrolle al máximo su potencial productivo. Aunque fuese cierto, no sería agradable vivir en el mundo violento y mezquino que resultaría.

El egoísmo, o más bien, la pereza o la desidia de no molestarnos, de no hacernos conflictivos, tarde o temprano se vuelve contra nosotros y allí comprendemos que hemos perdido la batalla a la que dimos la espalda. No temamos las heridas. No olvidemos que, como dice San Juan Crisóstomo: “los únicos que no reciben heridas son los que no combaten, quienes se lanzan con más ardor contra el enemigo son quienes reciben los golpes”. Esas heridas y esos golpes hacen cantar a nuestros corazones. No temamos que nuestro corazón reciba el golpe. No busquemos que nuestro corazón sea el corazón sin mácula de quien nunca ha luchado por él, busquemos más bien que sea el corazón maltrecho y ensangrentado del que ha luchado por él, una y otra vez, hasta el final de la batalla.

VIVIR GOZANDO

“Acuérdate siempre del fin y que el tiempo perdido jamás torna”.

(Kempis)

“¿Has visto como levantaron aquel edificio de grandeza imponente?

Un ladrillo, y otro. Miles. Pero uno a uno”.

(San José María Escrivá)

¿Para qué sembramos lo que en veinte años será un enorme árbol? Hay dos respuestas, una es: para gozar de la sombra del árbol de aquí a veinte años. Pero en veinte años puede que ya no vivamos allí, un rayo puede haber destrozado el árbol, podemos estar muertos. Los que viven solamente para distantes realizaciones puede que nunca gocen con ellas y que su vida sea un eterno esperar. Más aún, aquel que se hace tacaño para el día de mañana poder gastar a manos llenas, cuando le llega la riqueza puede que ya se haya acostumbrado a ser tacaño y no la pueda gastar: cosechó precisamente lo que sembró, su avaricia.

Hay la otra respuesta. Sembramos la semilla del enorme árbol por lo agradable que es estar al aire libre, hacer un pequeño hoyo en la tierra y colocar la semilla, por el placer de abonarla y regarla día a día hasta ver surgir una minúscula planta, por el placer de verla crecer poco a poco, por el placer de verla cómo se va convirtiendo en un enorme árbol y, quizás algún día, por el placer de sentarnos a su sombra. Aquellos que saben gozar del diario vivir, de las pequeñas cosas de todos los días, además de soñar y trabajar para distantes realizaciones, llevan una vida más feliz que los que se juegan todo a una carta lejana y se olvidan del diario trajinar. Ríen más y son más condescendientes con los demás, viven con menos angustias y tensiones y, por lo tanto viven más.

Para gozar de las pequeñas cosas de la vida tenemos primero que fijarnos en ellas. Saborear el paisaje y no solamente pensar en la ciudad a la que nos dirigimos, gozar en la carpa del circo los momentos bulliciosos y

expectantes antes de que empiece la función. Los niños no saben esperar, quieren que pase el tiempo rápido para que llegue lo que esperan. Lo hacen así porque todavía no han madurado y desperdician un tiempo que ya no regresará. Los adultos también tomamos a veces esa posición de niños, mirando solamente el final del camino, el alcanzar el logro que anhelamos y, cuando lo conseguimos, nos sentimos algo vacíos. Hemos perdido el placer del camino.

El apreciar las cosas pequeñas no requiere grandes cambios en nuestras vidas, únicamente fijarnos en lo que ocurre alrededor nuestro, usando los ojos y los oídos, aspirando el aroma de la flor, sintiendo la textura del cuero, saboreando bien el bocadillo que comemos apresuradamente. La vida, después de todo, tiene siempre el mismo final: la muerte. No hace falta correr hacia ella, está allí, más cerca de lo que creemos cuando somos jóvenes.

¿Cómo podemos hacer más gozosos todos esos breves momentos que uno tras otros hacen nuestras vidas? Fijándonos en cada uno de ellos: en cada beso del ser amado, en cada mordisco del sabroso pastel, en cada nota de la nueva canción. ¿Cosas sin importancia? Realmente no. Imaginemos cuán más agradable sería nuestra sociedad si hiciéramos hincapié en todas esas pequeñas cosas. No seríamos más ricos, pero viviríamos mucho mejor. Y no hay que sólo gozar el momento, sino del antes y del después. Unas vacaciones, por ejemplo. Las semanas anteriores a las vacaciones, preparándonos para ellas, hablando sobre ellas, pueden ser tan agradables como las vacaciones en sí. Esas vacaciones pueden ser revividas luego mirando las fotos que tomamos en el viaje y recordando lo que nos pasó.

Por otro lado, icon qué facilidad llevamos prolija contabilidad de las molestias o daños que nos causan otros!: el que no nos saludaron, el que no nos invitaron, el que se sentaron en el sitio que nos gustaba, el que no hicieron lo que les pedimos, el que hicieron un comentario que no nos gustó. No llevamos, por otro lado,

contabilidad de las molestias y daños que nosotros causamos, nos parecen cosas sin importancia. Nos molesta no recibir el gesto amable, la alabanza dada con generosidad, pero nos da pereza darlos. ¿Quién tiene que dar el ejemplo de darlos? ¿El desempleado, el que vive miserablemente, el hambriento? Claro que no. Lo tienen que dar aquellos a los que la suerte o las circunstancias les han dado educación, comodidades, tranquilidad económica. ¿Cómo dar ese ejemplo? Una vez el primer día, dos el segundo, tres el tercero, y así en adelante, no como una pesada carga que tenemos que llevar y repartir, sino como una gota de agua que va poco a poco horadando la roca de la indiferencia del resto, y, sobre todo, de nuestra pereza.

Nos importa más la superficialidad que la profundidad de una experiencia. Pero más vale una experiencia bien vivida que muchas vividas superficialmente. Si no agotamos una experiencia antes de pasar a otra nos iremos quedando sin experiencias y tendremos que buscarlas cada vez más extrañas y complejas. El mundo actual promueve la superficialidad de la experiencia: visita diez países en tres semanas, aprende un idioma en quince días, resumen breve de la Biblia. Los matices mas hermosos solamente se descubren no apresurando el descubrimiento. La prisa nos hace ansiosos y tensos. No nos da tiempo de esperar a los que marchan algo más lento que nosotros. Corremos para llegar y allí volvemos a correr. El gozo de la vida está en no correr, sino en tener tiempo para las sorpresas que encontramos en el detalle que, pasando raudos, perdemos.

Todos queremos aprovechar nuestras cortas vidas y en esa carrera nos agotamos. Y nos decimos:

Quiero vivir la vida, ¿dónde la puede encontrar?,
he buscado en todas partes, corriendo de aquí para allá,
he quedado sin aliento preguntando dónde está,
si yo la quiero de veras, ¿por qué se me esconderá?

Agotado me he sentado sin ya en la vida pensar
y cuando cierro los ojos clara la miro bailar,
cuando me quedo callado suave la escucho cantar,
cuando me quedo dormido casi la puedo tocar.

Candelabros he apagado, quiero la luna mirar,
quiero mirar lo que alumbra, lo que deja de alumbrar,
cuando la luz es muy fuerte ya no se puede mirar
el juego de luz y sombra que hace la luna al pasar.

De la turba me he alejado, quiero el silencio escuchar,
ese silencio tan grande que parece que va a hablar,
ese silencio tan hondo que parece va a gritar
y cuando el grito se pasma otra vez vuelve a empezar.

La vida no está en la urgencia, la urgencia pasa y va,
la vida se queda quieta, está en el no caminar más,
está en saborear silencios, está en hablar sin juzgar.

Es en mis horas más muertas que está más viva la vida,
en esas horas sin nombre que simples pasan calladas,
en esas horas hermosas, tan tranquilas, tan amadas,
en esas horas tan mías, en esas horas tan mansas,
en esas horas de ensueños, sin desvelos y sin ansias.

Si quiero vivir la vida, no la busco, que se esconde,
no la llamo, que se calla, no la toco, que se escapa,
sin buscarla, sin llamarla, sin tocarla,
con simplemente esperarla, con simplemente desearla,
la vida corre a mi vera, la vida me llena el alma.

VIVIR CONTANDO NUESTRAS BENDICIONES

“Porque si no conocemos qué recibimos no despertamos al amor”.
(Santa Teresa)

“Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura”.
(El Evangelio según San Mateo)

Un poeta aconsejaba: cuenta tus bendiciones. Rara vez lo hacemos. Más bien atesoramos los días amargos, nos quedamos con las sobras, con las contrariedades, con las dificultades, con las desilusiones. ¡Cuán diferentes serían las cosas si más bien conservásemos y rememorásemos lo bueno, los eventos felices, los momentos alegres! Nuestras bendiciones, en fin. Es una bendición estar vivo, tener una familia unida, haber tomado un buen desayuno, tener un traje limpio y bien planchado, conversar con los amigos, leer una historia agradable; son el rosario de bendiciones, grandes y pequeñas, importantes y triviales, que hacen nuestra vida placentera. Nuestra vida está llena de esos momentos, alegres, amables, bellos:

Momentos felices, llenos de esperanza,
carreras y postas, triunfos y victorias,
reuniones de amigos, cumpleaños y bodas,
largas caminatas, una mano en la otra,
momentos sencillos, momentos de gloria.

Momentos de honda ternura,
momentos de risa y de broma,
momentos de escuela, momentos de fiesta,
momentos de adioses y encuentros,
momentos de besos, de golpes, de penas.

Pero no los contamos. Los tomamos como parte del paisaje y no los saboreamos hasta que los perdemos. Y cuando los perdemos, nos lamentamos.

Nos rodean los muchos que tienen menos bendiciones que nosotros: el enano deforme que se arrastra por la acera, la vieja miserable que pide limosna en la puerta de la iglesia, el drogadicto que sólo se encuentra a sí mismo cuando se pierde, el que vive acompañado solamente de su soledad, el que se ha quedado sin trabajo y por ello ha perdido la posición social que antes tenían sus hijos, el suicida. La lista es interminable. Preferimos no pensar sobre esos desgraciados porque sabemos que pudimos, o que aún podríamos, ser nosotros uno de ellos. ¡Mal hacemos si no estamos conscientes de nuestras bendiciones mientras las tenemos! Ellas son como tablones del puente que cruza el río de nuestras preocupaciones e inquietudes. Si no estamos conscientes de ellos y solamente vemos la orilla lejana o nos preocupamos del precipicio, ¿no estamos desperdiciando el gozo de cruzar?

La mayor bendición que podemos recibir es la de tener fe sobre nuestro destino final. Esa fe nos llega cuando dejamos de buscar el aplauso y la alabanza de los demás. Cuando dejamos de mirar a los demás como nuestro sustento. Cuando aprendemos que nuestros logros no necesitan testigos para que tengan valor, cuando empezamos a buscar lo verdaderamente importante, cuando comprendemos que no podemos hacer que nuestra paz, nuestra felicidad en fin, esté condicionada a las circunstancias de la vida y a la opinión y al aplauso de los otros, cuando empezamos a sustentarnos en nuestros valores, en nuestra naturaleza escondida, cuando emprendemos una actividad que demanda mucho de nosotros, una que vale la pena llevar a cabo. ¡Cuando poco exigimos de nosotros, poco recibimos!

Algunos se solazan en otras bendiciones, generalmente poco comprendidas y mal interpretadas. Bendiciones que sólo empezamos a apreciar cuando la fe

ha echado profundas raíces en nosotros. Esas bendiciones, dulces y amargas, suaves y duras son las bienaventuranzas cristianas: felices los que tienen espíritu de pobre, felices los que lloran, felices los pacientes, felices los que tienen hambre y sed de justicia, felices los compasivos, felices los que tienen corazón limpio, felices los que trabajan en paz, felices los que son perseguidos por la causa del bien. Muchos podemos estar tentados a creer que ellas solamente buscan el que los pobres acepten con resignación su destino. No es así. Más bien son una advertencia a quienes las diversiones, la saciedad, el poder y la soberbia están justamente robándoles la felicidad.

Las verdaderas bendiciones son las que evitan que el mundo nos arrastre, las que evitan que dejemos de ser nosotros mismos, las que evitan que vivamos del aplauso y de la vanagloria, las que dan fruto al término de nuestro viaje en la Tierra, las que nos quitan los obstáculos para empezar el camino hacia La Vida Plena. Felices son los que buscan, los que sueñan, los que trabajan, los que esperan.

SOPORTANDO EL DOLOR

“Es fuerte el amor como la muerte”.
(San Balduino de Canterbury)

“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”
(El Evangelio según San Mateo)

La vida pasa y al pasar se va llevando pedazos de nosotros mismos: el amigo que se muere, la casa de nuestra niñez que se vende, el gato querido que se escapa, el país del que emigramos, los hijos que construyen sus vidas lejos de las nuestras, el triunfo que ya nadie recuerda. Ese constante arrancar y reponer duele y a veces duele mucho. Es como una marea que de tiempo en tiempo se lleva todo lo nuestro y que nos deja la infinita nostalgia de lo perdido. ¡Se lleva tanto!

Dulces emociones,
canciones que llegan al alma,
palacios de piedra, palabras hermosas,
inmensos navíos, hermosas novelas,
poemas profundos, pinturas, tallados,
lujosos collares de perlas,
nada se resiste, el tiempo lo lleva.

Las cosas que hicieron los hombres famosos,
sus épicas glorias y enormes cañones,
sus amplios imperios,
sus sabias palabras guardadas en libros de cuero,
la casa modesta del talabartero,
la sabrosa comida en la mesa,
el seto cortado en formas grotescas,
las ruedas pintadas de la tosca carreta,
el plato de cobre que cubre la mesa,
el bello obelisco centrado en la plaza,
las manos cuidadas de dama elegante,
los juegos del niño, las pipas del viejo,

los viejos refranes, las rejas de hierro forjado,
todo mezcla y confunde el paso del tiempo,
igual la sonrisa que dura un instante,
igual la muralla de piedras gigantes,
igual el tocado de joyas brillantes,
igual el arreglo de flores,
igual la columna de bronce,
igual emociones y risas y ensueños,
nada se resiste, el tiempo los mezcla,
se lleva su nombre.

La vida nos trae dolor. El paso mismo de la cosas nos duele. Nadie se salva: rey o esclavo, todos se enfrentan a ese dolor. Como dice el proverbio “el que se da buena vida y no sabe de dolores, vivirá siempre en la indigencia”. Ello no es mucho consuelo para el que ha perdido un ser querido o tiene una grave enfermedad que lo aísla. Con el paso de los años es probable que esos dolores se hagan más frecuentes y más profundos: la muerte de los que queremos nos viene más a menudo con el pasar de los años, con los años las enfermedades nos van poco a poco debilitando y limitando, hasta que morimos. Para los viejos el dolor de no tener ya a nadie con quien recordar sus vidas. El dolor, en sus múltiples manifestaciones, es la más dura carga que llevamos, de allí que el evitarlo se ha tornado en uno de los principales objetivos de nuestra sociedad.

El buscar evitar el dolor físico es algo comprensible. El dolor físico nos puede dificultar vivir La Vida Plena. No es así evitar el dolor que nos puede causar el involucrarnos con otros disminuyendo nuestra participación en las cosas de otros. Ese dolor es parte del precio de vivir La Vida Plena. Los dolores que nos causamos unos a otros son justamente una de las consecuencias de vivir en comunidad. Un hijo nos causa profundas alegrías, es posible que nos cause también profundos dolores, podemos evitar ambas experiencias no teniéndolo. Podemos cerrar los ojos a los otros hasta hacernos impermeables a los que nos rodean, hasta vivir

la vida que no es la que corresponde a los seres humanos: la de la ostra o la del buitre. Si queremos evitar el dolor tenemos que dejar de vivir como seres humanos. “Nuestra vida,” como dice San Gregorio Magno, “está rodeada de espinas”.

La muerte de un ser querido es un llamado a la vida: nos muestra cuán valiosa nos es y cuánto dependemos emocionalmente del resto. El dolor que nos causan otros es la muestra fehaciente que tenemos amor, que nos importa el resto. Como dice San Pablo de la Cruz: “No es posible separar el dolor del amor ni el amor del dolor; por esto el alma enamorada se alegra de sus dolores y se regocija en su amor doliente”. Los que se enorgullecen de no llorar o de no reír se enorgullecen de no ser. Los griegos decían que aquellos por los que no se han dicho honras fúnebres no podían entrar en el otro mundo, se quedaban vagando por la orilla opuesta del río subterráneo esperando que alguien se acordase de ellos. Si no hay nadie que se apene de nosotros cuando morimos, es que no ha valido la pena que hallásemos vivido. Así mismo, el dolor que sentimos por el muerto querido es el mayor homenaje que le podemos dar, que podemos dar a sus familiares y amigos.

No podemos evitar los dolores, son parte de vivir, pero sí podemos cambiar nuestra actitud hacia ellos. Para aquel que no cree en la vida después de la muerte el dolor es una disminución definitiva de su gozo, para aquel que cree que tiene otra vida el dolor es una tribulación temporal. No hay duda que la perspectiva desde la cual miramos nuestras vidas hace que nuestras actitudes hacia el dolor sean diferentes.

Tampoco hay que exagerar el dolor. San Basilio anota que “no hay cosa que necesite más de la moderación y del freno de la razón que las lágrimas”. Para aquellos que somos cristianos hay la consolación de “dichosos los que lloran porque ellos serán consolados”. Dice Juan Pablo II: “El sufrimiento es también una realidad misteriosa y desconcertante... La fe en Cristo no suprime el

sufrimiento, pero lo ilumina, lo eleva, lo purifica, lo vuelve válido para la eternidad”.

FRENTE A LOS LEONES

ESTAMOS DE PASO

“Uno muere a fuego, otro a hierro, otro con pestilencia, otro a manos de ladrones, y así la muerte es el cabo de todos, y la vida de los hombres se pasa así como sombra”.
(Kempis)

“No tengas miedo, solamente ten fe”.
(El Evangelio de San Marcos)

Pasa la vida en la que estamos de paso. San Francisco de Sales anota: “¡Cómo se apresura el paso de los años! Los meses se reducen a semanas, las semanas a días, los días a horas y las horas a segundos”. Como dice el libro de la Sabiduría: “Nuestro nombre caerá en el olvido con el tiempo y nadie tendrá memoria de nuestras obras; y pasará nuestra vida como el rastro de nube... Pues el pasado de una sombra es nuestra vida”. No tenemos tanto tiempo como creemos. La vida pasa, y pasa rauda.

¿Dónde están las horas, tus horas de niño?,
el trompo y el oso, el tren de juguete,
¿dónde están tus horas de joven, de mozo?,
deportes y fiestas, peleas y amigotes.

¿Qué fue de la chica a la que mirabas
camino a la escuela, camino de tu casa,
a la que tomaste la mano a escondidas,
llenándote el pecho de mil locas ansias?

El primer trabajo, la primera paga,
orgullo callado, empezar a ser grande,
ganarte la vida, comprarte la ropa,
ascensos y triunfos, fracasos, derrotas.

Y luego, de pronto, la encuentras y la amas,
tu vida se funde en la de ella y nace el mañana,
y sientas cabeza, amueblas la casa,
con poco dinero, con mucha esperanza.

Y entonces les toca la puerta la vida,
un niño que llora, que embriaga, que encanta,
dormido en su cuna parece tan débil,
pero ata tan duro, cadenas de azúcar y plata.

Y pasan los años y crecen los hijos,
las sienes ralean, se manchan de blanco,
los huesos se ablandan y llega el cansancio,
amigos que mueren, las luces se van alejando.

La vida pasa y pasa rápidamente, y cuando menos nos damos cuenta hemos dejado el colegio, hemos empezado a ganarnos la vida, nos hemos casado y empezamos a proyectarnos en nuestros hijos. La vida parece que va más de prisa a medida que pasan los años; semanas y meses parecen comprimirse.

San Agustín nos dice que “no es otra cosa el tiempo de esta vida sino una carrera hacia la muerte”, y añade que “a nadie se le ha prometido nunca el día de mañana”. San Atanasio nos advierte que “si así pensáramos al levantarnos cada día por la mañana, no consideraríamos que hemos de llegar vivos a la noche, y al acostarnos no

tendríamos por seguro que vamos a levantarnos por la mañana, así de incierta es nuestra vida”.

No podemos olvidar que estamos de paso. Como lo pone San Juan Crisóstomo: “Hemos sido colocados en la vida como huéspedes y forasteros”. Santa Teresa pone énfasis en lo precario de nuestra morada terrena al decir “que no queremos regalos, hijas; bien estamos aquí, todo es una noche en una mala posada”. Pero el estar de paso no nos libera de responsabilidades hacia nosotros mismos, hacia nuestras familias, hacia nuestra comunidad, nos las acrecienta más bien, porque lo que hagamos tiene una proyección mucho más allá de nuestra vida en esta mala, o para algunos cómoda, posada. No nos libera tampoco de cumplir las tareas que Dios no ha encomendado. El sabernos de paso nos permite observar nuestras vidas desde cierta distancia como un viaje que compartimos con el resto y a cuyo fin vemos nuestra patria.

No tenemos mucho tiempo. Ello es así no sólo por la brevedad de nuestras vidas, sino también porque encontrar a Dios y seguirlo no es tarea de un día, es de toda la vida. No es una revelación impresionante acompañada de fogonazos, de trompetas y de visiones celestiales, una puerta dorada que sin mucho esfuerzo de nuestra parte se abre pronto frente a nosotros. Es más bien un camino estrecho, cuesta arriba y contra corriente, muchas veces envuelto en espesa niebla, la que nos turba y nos desorienta, camino que a medida que lo caminamos nos va fortaleciendo. En ese camino tenemos que despojarnos poco a poco de nuestras ataduras a las cosas, no necesariamente de las cosas en sí sino de nuestra esclavitud hacia ellas, para que la carga aligerada nos permita enderezar la espalda, elevar la vista del suelo y poco a poco ir recorriendo el camino, cada vez más arriba, hasta alcanzar la cima cimera. Y que, como dice San Mateo: “Brille así vuestra luz delante de los hombres”.

Quizás seamos uno de esos pocos que llegan a ver la cima antes que se le termine la vida, ser uno de los que están en paz y pueden decir:

Ya voy cerrando las puertas de esta la vida mía,
ya me he cansado de ruidos y de voces y algazara,
ya me he cansado de luces y de brillos y de flores,
ya me he cansado de goces, de alegrías y dolores,
ya me he cansado de gritos, de palabras sin sentido,
de decir una y mil cosas sin saber lo que se ha dicho,
quiero vivir en silencio, para escucharme por dentro,
todo aquello que en la vida he recogido en el alma
quiero que salga de a poco para mirarlo con calma.

No quiero ni me interesa saber lo que ocurre fuera,
no quiero saber de guerras, ni de mercados de telas,
no quiero oír de derrotas, ni de victorias cimeras,
no quiero saber de triunfos, ni de dolores ni penas,
no quiero noticias frescas, ni qué se espera suceda,
recibiré por las tardes a aquel que toque a mi puerta,
para hablar de cosas simples, sin pasión y sin urgencias,
para hablar casi en silencio, con pausas y sin barreras.

EL EJEMPLO DE JESÚS

“En la vida presente estamos como en un camino por el que vamos a
nuestra patria”.
(San Gregorio Magno)

“He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he
guardado la fe”.
(San Pablo)

Pero antes de llegar al fin de nuestras vidas tenemos
que vivirlas, desde que nacemos hasta que morimos.
Vidas profundamente diversas y profundamente
parecidas:

Mañana empiezo el viaje, el viaje de la vida,
las velas desplegadas, se acerca la barquilla
en cuyo oscuro centro se inicia mi aventura,
un largo trecho en calma, en paz y sin premura.

De pronto, duro impulso, me arrastra hacia adelante,
la angustia me atenaza, me estiro retorcido,
hiriente luz me ciega, de pronto siento frío,
me ahogo, inhalo y lloro, me duele, ¡ya he nacido!

Mañana empiezo el viaje, de niño cambio a joven,
camino a ser un hombre, el rumbo a fijar yo,
los lloros y las risas, los juegos y la escuela,
hoy ya no me hacen falta, se quedan, yo me voy.

La vida que vislumbro no es fácil, bien lo sé,
en esa que he escogido no sé si lograré
el que mis sueños grandes no queden en papel,
el que mi vida cumpla los planes que forjé.

Mañana empiezo el viaje, la vida haré nacer,
el amor ha llegado, mi vida completé,
el viento de egoísmo que antes me empujó,
amaina y se disuelve frente a nosotros tres.

Mi casa y mis recuerdos, mis hijos, mi mujer,
se va cerrando el ciclo, ya estoy donde empecé,
con un niño tierno en brazos, el sueño que soñé.

Mañana empiezo el viaje, el viaje hacia la muerte,
el cuerpo que era mío lo voy a descartar,
mis sueños y esperanzas no tienen ya vivencia,
los que estaban sembrados, yo ya los coseché.

La vida es breve, no es algo para desperdiciar. Observemos a tantos alrededor nuestro que han desperdiciado sus vidas. Ya sea porque se dejaron arrastrar por otros, ya sea por falta de voluntad, ya sea por demasiado apego a las cosas, por incapacidad de administrar sus emociones o por falta de un rumbo claro. Vemos a tantos que parecían tener un gran potencial hoy en posiciones mediocres, con vidas mediocres, con esperanzas mediocres. Así como arrastrando los pies en el camino de la vida, con un gesto resignado. Caminando hacia el final apagados por dentro. ¿Queremos ser así?

Nadie respondería que sí. Pero muchos no sabemos qué hacer para evitarlo. No sabemos qué hacer porque vivimos nuestras vidas arrastrados y apresurados, pendientes de los demás para actuar y hasta para pensar; nunca hemos tenido tiempo para nosotros mismos, para esas miradas profundas hacia adentro que nos permitan reconocernos cómo son, reconocer de dónde vinimos y adónde vamos, y fijar el rumbo de nuestras vidas. Muchos de nosotros tenemos una fe religiosa, la que cumplimos por costumbre, por conveniencia social o porque tenemos el vago discernimiento que es importante. Pero eso no es suficiente. La fe no se cumple, se vive.

En este paso raudo por la Tierra constantemente nos preguntamos cómo vivir esa fe, cómo actuar para poder sembrar bien y cosechar en abundancia. No queremos dejarnos arrastrar por el vendaval, por la marea, por los que nos rodean. El caminar hacia Dios requiere de un

gran número de pequeñas y grandes decisiones. ¿Cuál tiene que ser el instrumento por el cual decidimos y escogemos? Sin duda nuestra naturaleza escondida, donde reina suprema nuestra conciencia, dejando que las respuestas vengan de dentro de nosotros mismos, de esa ley natural, de esa brújula invisible que Dios ha colocado en nosotros. Una conciencia a la que podamos acudir con facilidad es nuestro mayor tesoro, una conciencia bien entrenada es la mejor herencia para nuestros hijos. La conciencia nos habla con más claridad cuando no la apremiamos ni la buscamos convencer, sino cuando le preguntamos y esperamos su respuesta. Santo Tomás nos recuerda: “Acudirán a declarar testigos infalibles, a saber, las propias conciencias de los hombres. Sin conciencias seríamos animales.

San Juan Crisóstomo nos dice: “La luz para nosotros es la conciencia que se muestra oscura o iluminada según la cantidad de luz. Si se descuida la oración que alimenta la luz de la conciencia bien pronto se queda a oscuras”. San Agustín reflexiona que “reconoce que tú no eres la luz para ti: a lo mucho eres ojo, no eres luz. ¿Qué aprovecha el ojo limpio y sano si no hay luz?”. Y finalmente, Pío XII nos recuerda: “La conciencia es cómo el núcleo más íntimo y secreto del hombre...allí se determina el bien y el mal; allí escoge él entre el camino de la victoria y el de la derrota”.

Cuando nos preguntamos cómo actuar buscamos el ejemplo de otros: padres, profesores, líderes de opinión. Los cristianos necesariamente buscamos el ejemplo de Jesús. San Máximo nos recuerda que Jesús “es el mismo hoy que ayer, y para siempre; es decir, que se trata de un misterio siempre nuevo, que ninguna comprensión humana puede hacer que envejezca”. Miremos a Jesús como ser humano, alguien como nosotros, y observemos su accionar, su actitud, sus sentimientos, sus amarguras, sus ratos alegres y sus ratos tristes, midiéndolos con los mismos raseros que medimos los nuestros. Los cristianos tratamos de comprender a Jesús para sentirnos acaudillados por Él y seguirlo.

¿Cómo actúa Jesús? Actúa siempre como un instrumento del plan de Dios; nunca pierde de vista la cima cimera a la que se dirige, la razón por la cuál está en la Tierra. Le importa la intención de los otros. Si es correcta Jesús es todo amor, si es incorrecta es todo advertencia, defendiendo sus valores. Hay algo que exige y que recrimina cuando falta: la fe. El que no cree, no puede empezar a vivir. Para nuestras labores diarias, para las grandes empresas que nos proponemos hace falta fe; Jesús recrimina a los “hombres de poca fe”, porque sin fe no puede haber rumbo cierto.

Todo puede faltar por un tiempo, pero cuando falta la fe tenemos que dejar todo y dedicarnos a no otra cosa que encontrarla. No solamente la fe religiosa, sino la fe en el buen fin de todos nuestros actos. Si no hay fe en que todo terminará como lo esperamos, ¿para qué empezar?

¿Qué ejemplo da Jesús? En su naturaleza humana Jesús es un hombre como nosotros, igualmente temeroso del dolor y del abandono. Es un hombre sencillo a quien la gente se le acerca fácilmente, sin temores, llena de esperanza; lleva una vida sobria; es un buen amigo con sus amigos, celebra con ellos; ama profundamente a su prójimo, se enternece, se solaza en cosas sencillas; le gusta rodearse de quienes no tratan de aparentar, de quienes son auténticos, de quienes no viven de la ostentación, de quienes no tienen necesidad de impresionar a otros. Es un hombre extraordinario por el efecto que produce.

¿Por qué? Por la fuerza de su voluntad, por su compromiso con sus valores, por ser muy claro en sus ideas, y profundo; por hablar con autoridad. En Él no hay duda, ni vanagloria, ni soberbia, ni egoísmo; está seguro de sí mismo; no le importa que lo critiquen o que lo abandonen; no le hacen mella ni rechazos ni calumnias; sabe adonde va; nos acerca al misterio de Dios. Su vida fue su mensaje; nunca hubo incongruencias entre lo que decía y lo que hacía. Su mensaje fue dado con tal autoridad y fuerza que dos mil

años después se sigue escuchando a lo largo y ancho del mundo. Hasta los que no creen en ese mensaje no pueden menos que admirar al que lo proclamó.

Como dijeron en su tiempo: “Nunca un hombre ha hablado como este”.

SEGÚN TU PALABRA

“Todo árbol se reconoce por sus frutos”
(El Evangelio según San Lucas)

“Lázaro, sal afuera”.
(El Evangelio según San Mateo)

Al principio de este pequeño libro definimos La Vida Plena. Plena, anotamos, quiere decir completa, llena. La Vida Plena es entonces la vida completa, a la que no le falta ni amor ni dolor, ni reconocimiento, ni fracasos, ni celebraciones, ni alegrías, ni tristezas, ni triunfos, ni comodidades, ni rechazos, ni incertidumbres, ni tranquilidad, ni sobresaltos. Y, como hemos visto, es sobre todo una vida a la que le sobra amor. Todo ello es la trama y la urdimbre de La Vida Plena. La Vida Plena es también la vida llena, opuesta a la vida vacía, sin propósito, sin esperanza, sin rumbo. La Vida Plena se puede convertir en la vida santa. El que tiene La Vida Plena está en paz.

Vivir La Vida Plena es estar comprometido con valores que uno no traicionará. Es la vida de quien se atormentaba entre alternativas y que al fin ha escogido. No es evitar el dolor o el sufrimiento o la duda, es la paz de haber escogido, de haberse comprometido, de haber tomado el camino estrecho y pendiente, y haber decidido seguirlo hasta el fin. En San Mateo se nos exhorta a entrar “por la entrada estrecha, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición. ¡Qué estrecha la entrada y que angosto el camino de la vida!”

¿Cómo reconocer si estamos viviendo La Vida Plena?

El que vive La Vida Plena es sencillo. La sencillez nos evita planificar en exceso los detalles en nuestras actividades; nos hace preocupar más bien de las pocas cosas importantes, dejando que las otras vayan acomodándose solas. La sencillez hace que no nos

preocupemos que todo esté perfecto: el vestido, la comida, la casa, la fiesta. Nos hace buscar un balance placentero, no tenso como la cuerda de un violín. La excesiva preocupación por el detalle nos dejará siempre inquietos, tensos, porque la perfección que buscamos nunca la encontraremos en esta vida. Lo sencillo es más fácil de gozar que lo complicado. Si no es sencillo, no es de Dios. Lo innecesariamente complicado nos hace desperdiciar el tiempo en trivialidades y superficialidades.

El que vive La Vida Plena es alegre. No lleva un permanente gesto taciturno o arrugada la frente, más bien sonrío y acepta el destino que le ha tocado. Es como una luz en medio de las sombras. Por otro lado, la alegría no debe confundirse con la trivialidad. Lo trivial desdice de las altas metas que debemos fijarnos. La trivialidad y la ociosidad nos hacen perder nuestra dirección, nuestro propósito.

Si somos sencillos y alegres nos será fácil estar en paz, y recuperar la paz cuando ocasionalmente la perdemos. Al ser sencillos estaremos menos preocupados de perder algo de lo que tenemos, dejaremos de ser esclavos de cosas y alabanzas. Al ser alegres contagiaremos de nuestra alegría a los que nos rodean y nuestro entorno ya no será tenebroso, aún en las circunstancias más difíciles. Así como al ser sencillos y alegres nos será más fácil estar en paz, nos será también más fácil ser cristianos. La sencillez es el signo del cristiano hacia las cosas; la alegría, hacia sus semejantes; la paz, hacia sí mismo. Sencillez, alegría y paz son los fermentos del amor.

¿Cómo nos mantenemos llenos de esa sencillez, de esa alegría, de esa paz? Silenciando el ruido del mundo, ruido que nos confunde y nos arrastra. Silenciarlo no es encerrarnos en nosotros mismos. Todo lo contrario. Vivimos encerrados en el hoy de nuestras vidas, de nuestras preocupaciones, de nuestras incertidumbres, de sobresalto en sobresalto. Nos hace falta más bien salir del encierro y abrir las ventanas de nuestra

individualidad para ampliar nuestra experiencia y para hacer conciencia de la continuidad de nuestras vidas:

A veces me quedo en quieto abandono
mirando a través de las cosas,
escuchando sin prisa el silencio,
no deseando nada, tan sólo viviendo
y de pronto vuelven, casi sin quererlo,
los viejos amigos, los dulces recuerdos.

Las llaves se encuentran, los cerrojos ceden,
los grandes baúles cerrados se abren de nuevo,
con fuerza, con fuego, con hondo deseo,
retazos, jirones, momentos vividos,
vuelven a la vida, yo vuelvo con ellos.

No es fácil estar solos con nosotros mismos, ni revisar nuestras vidas. No es fácil alejarnos de vez en cuando del resto. Nos sentimos incómodos o inquietos cuando no estamos con otros, cuando no estamos con un libro en las manos, cuando no estamos viendo la televisión. La televisión es un elemento particularmente ladrón de nuestra interioridad, como lo es de la vida familiar. En las familias hay menos conversación, reemplazada por el programa de turno. La televisión nos evita pensar, como hace la música a todo volumen en el caso de los jóvenes. La tecnología de la diversión actúa como un demonio astuto y solapado que busca dominarnos, prostituyendo nuestra naturaleza escondida y llenándola con la fascinación de imágenes o de sonidos. Son las tentaciones con las que matamos el tiempo, con las que desperdiciamos nuestras vidas.

¿Cómo dejar de escuchar el ruido del mundo?
Evitando que nuestra imaginación se desboque.
Dirigiendo toda nuestra atención a solo una cosa a la vez,
cerrando nuestra mente a las distracciones, buscando la profundidad de nuestra experiencia, no su dispersión.
Evitando pensamientos sueltos o cómodos que nos roben nuestra concentración, hasta poder rechazar todo

pensamiento y dejar de escuchar el ruido del mundo. Dejar de un lado lo trivial y llenarnos tan sólo de unas cuantas verdades sencillas y rectas. Algunos buscan llenarse de ellas en retiros espirituales, otros en el viaje diario al trabajo. En esas experiencias no vamos a encontrar el total conocimiento y comprensión, o una iluminación, tan sólo debemos esperar sacar algún provecho. Al silenciar el ruido del mundo dentro de nosotros abrimos la puerta a Dios y le hacemos lugar. Si somos cristianos, el hacer lugar a Dios en nosotros conlleva el compromiso a ser testigos de su mensaje.

Para alcanzar La Vida Plena hace falta reconocer la existencia de Dios, aceptar sus designios sobre nosotros y esperar la vida futura en Él, practicando con constancia nuestra religión. No se puede alcanzar La Vida Plena sin acercarse a Dios. Para ello, en primer lugar, debemos hacerle lugar en nuestras vidas. Hacerle un lugar, y un lugar principal, entre preocupaciones, sueños y emociones. Para los que somos cristianos, La Vida Plena no puede ser otra cosa que vivir como cristianos.

La vida cristiana ha sido siempre una vida contra corriente en el mundo, casi se podría decir una vida contra natura, perennemente rechazada o ignorada o atacada por muchos. “No he venido a traer la paz, sino la espada”, anota San Mateo. Aquel que se rige por los valores cristianos ha sido siempre calificado de misterioso y extraño, o de tonto, algo aparte en nuestra sociedad. No es fácil escoger en la encrucijada de nuestras vidas: el camino de Dios o el camino al que nos arrastra el mundo.

En la medida que busquemos alcanzar el balance entre nuestra naturaleza animal y nuestra naturaleza escondida, y que queramos ayudar a que otros lleguen a su propio balance, tenemos que proclamar el mensaje de nuestros valores con el ejemplo, aunque cause extrañeza o rechazo, o nos robe el aplauso que, siguiendo la corriente del mundo, hubiésemos conseguido. El nadar contra corriente es la fuerza misma del cristianismo; los boteros que reman contra corriente son más fuertes y

duran más que los que reman con la corriente. Los que reman con la corriente dejan de ser ellos mismos y pasan ser parte de la corriente, de la masa, de los sin rostro.

Los cristianos no somos seres sin rostro, blandengues, timoratos o asustados, más bien somos fuertes, arriesgados, seguros. La imagen del cristiano no es la de una señora anciana golpeándose el pecho lleno de escapularios en una iglesia iluminada por velas vacilantes, es la de alguien frente a los leones. San Ignacio de Antioquia nos recuerda que somos “trigo de Dios y hemos de ser molidos por los dientes de las fieras para llegar a ser pan limpio de Dios”. Como niños y como guerreros. Tertuliano advierte: “allí donde somos pasados a cuchillo, triunfamos; y cuando se nos lleva ante el juez quedamos en libertad”. No es fácil, pero si queremos alumbrar nos tenemos que quemar. Todo esto trae muchos momentos amargos y muchos momentos de gloria. Dolorosa, de pié junto a la cruz, acompañando a nuestra fe y nuestro Dios hasta lo que parecería ser el fracaso final y es realmente el preludio del triunfo. La hora más oscura es la que precede al amanecer.

¿Cómo, pues, vivir como cristianos? Estableciendo los valores con los cuales no vamos a transigir, que para los cristianos no pueden ser otros que los mandamientos, a través de los cuales buscamos el reino de Dios y su justicia. Juan Pablo I nos dice que “si fuésemos capaces de guardar los mandamientos, iríamos mejor nosotros e iría mejor el mundo”. Justicia por la cual todos deben poder gozar de lo que les corresponde y no tomar lo del vecino. La búsqueda de la justicia en todo cuanto tiene que ver con el prójimo tiene que ser nuestro constante norte. Los mandamientos buscan proteger esa justicia: “hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. No podemos transigir con la injusticia en el hogar, en el trabajo, en la sociedad. Tenemos que preguntarnos; ¿es eso justo? ¿estamos repartiendo lo que hay que repartir?, ¿estamos reprendiendo justamente, por la intención o solamente por la acción?, ¿lo hacemos por enojo?, ¿estamos tratando a los otros con justicia,

respetando su dignidad humana, reconociendo sus limitaciones?, ¿estamos usando la inteligencia o el poder para acrecentar la justicia en el mundo o por motivos egoístas? Finalmente, ¿estamos actuando de acuerdo a nuestra conciencia y a nuestros valores? Y más aún, como dice Atenágoras: “No nos basta ser justos – la justicia consiste en dar igual a los iguales- sino que se nos propone ser buenos y pacientes”.

La Vida Plena no es solamente la de un místico que lleva una vida de penitencia y rechazo al mundo, es la de alguien inmerso en el mundo, lleno de sencillez, de alegría y de paz, pero dispuesto a dar la vida por sus valores, a ser testigo de sus valores.

Para convivir con nuestros semejantes tenemos que estar dispuestos a escuchar, sin soberbia, sin pensar que somos mejores que el resto, y sin egoísmo, sin tratar de aprovecharnos de la circunstancias. Buscando ser asequibles a nuestro interlocutor para que en la medida que tengamos que recibir una instrucción la recibamos con el corazón, y cuando tengamos que darla, nuestro interlocutor desee seguirla. No imponiendo nuestra ley, sino haciendo que nuestro ejemplo haga que se desee seguirnos. El faro que atraiga a los otros tiene que ser siempre nuestros valores, siempre claramente percibidos. ¿Cuáles son las excusas o justificaciones que tenemos cuando traicionamos nuestros valores?, ¿cómo les damos el beso de Judas?

El que tiene valores firmes choca contra un mundo que busca siempre acomodarse al viento que sopla y, en ese acomodo, progresar. Aquel que no tiene valores, sino sólo conveniencias, no tiene sencillez, porque debe siempre aparentar más de lo que es, no sea que se den cuenta de lo pequeño que realmente es; no tiene alegría, porque vive en la angustia y la preocupación de perder lo que tiene: bienes u honores; no tiene paz, pues debe estar con los sentidos aguzados al viento cambiante, estar siempre pendiente de dónde le viene el aplauso. En resumen, no tiene a Dios. Y rechaza, vehementemente, lo que no tiene.

Después de todo lo anterior, ¿cuál debe ser nuestra actitud? Debe ser una de confianza y de certeza que hemos elegido el camino hacia nuestra razón de vivir. De dependencia hacia los demás, porque es con ellos que caminaremos hacia Dios. De defender nuestros valores, estando dispuestos a sacrificarnos por ellos. No son fáciles esos sacrificios: no hacer el buen negocio, no escabullirnos del problema de nuestro vecindario. Pero a medida que nos adentramos en la búsqueda de Dios empezamos a dar menos importancia al dolor del sacrificio o, más comúnmente, a su temporal incomodidad, y pasamos a ser más conscientes de la paz que nos trae.

Tenemos que tomar, por fin, el timón de nuestras vidas, sin prisa pero con perseverancia. Perseverar obliga a hacer un examen crítico de nuestro avance o de nuestro retroceso. Preguntarnos: ¿he actuado de acuerdo a mi conciencia?, ¿he actuado con sencillez?, ¿he actuado con alegría?, ¿ha crecido en mí la paz interior?, ¿he mantenido silencios dentro de mí?, y finalmente, ¿está aumentando mi amor?

Sin olvidarnos que la llave al reino de Dios es la humildad y que el acceso a Dios es la oración. Orar no es tarea estéril. Como dice el Evangelio de San Marcos: “Todo lo que han pedido en oración, crean que ya lo han recibido y lo tendrán”.

Dios escucha a los que viven para bendecirle.

Y a los que dicen: “Creo, ¡pero ayuda mi poca fe!” Orar a Dios no requiere postrarse de hinojos, cerrar los ojos y fruncir la frente o sacar una vocecilla famélica y chillona o darse repetidos golpes de pecho o entonar un largo lamento o repetir sin cuento que se está lleno de culpa. Rezar a Dios no es hacer teatro, a veces hecho para que los otros observen nuestra religiosidad y entrega. Orar es hablar con quién nos ha creado y nos ha puesto en la Tierra, contarle de nuestras tribulaciones e inquietudes, de nuestras tristezas, de nuestras incertidumbres y pedirle ayuda, con fe.

Cuando Dios da una misión da también la fuerza para llevarla a cabo, hay solamente que empezar y Dios proveerá. San Agustín nos recuerda que “nosotros somos simples braceros, porque Dios es quien siembra”. Pero para ello hay que estar comprometidos con nuestros valores. Un compromiso total con la vida que sabemos nuestra. Tenemos siempre que cuidar que lo que estamos haciendo sea lo que nos ha mandado Dios, no lo que nos manda nuestra soberbia o nuestro egoísmo. Y poder decir, como en ese hermoso himno religioso: “Yo quiero ser, Señor amado, como el barro en manos del alfarero. Toma mi vida, hazla de nuevo. Yo quiero ser un vaso nuevo “.

Nos hará falta el compromiso, la entrega, la aceptación personal de esa muchacha que con simple y clara fe escogió la vida oscura y dolorosa que finalmente la llevaría al pie de la cruz, a la gloria eterna:

“Hágase en mí según tu palabra”.

FIN

abril 2006

No estoy seguro qué es lo que ha pasado,
estoy en paz.
Los temores que tenía ya se han ido,
estoy en paz.
Por las cosas que sufría, preocupado,
ya no me preocupo más,
estoy en paz.
Pues las sombras que nublaban mi futuro
se aclararon,
y hoy, por fin, me siento en paz.

Las angustias que sabía que vendrían han llegado,
en mi mente tanto las había yo agrandado
que las reales, al llegar,
fueron sólo un breve mal momento ya pasado.
Estoy en paz.

No anticipes los problemas de mañana,
incertidumbres voraces que vendrán.
No atormentes mi espíritu con sombras
cuando el sol brilla y sombras no hay.
Déjame hoy gozar de un limpio cielo,
déjame hoy gozar de estar en paz,
déjame sentir que no importa lo que venga
y cuando venga,
sentir que no lo temo,
que lo puedo por mí mismo controlar.

¡Cómo pudiera sentirme siempre sin angustias,
sin temor a lo que viene o va a pasar!,
¡cómo pudiese a lo largo de la vida
ese dulce sentimiento eternizar!

¿Por qué es fugaz?
¿por qué no queda
en lugar de unas horas o unos días
en nuestras vidas desde siempre hasta el final?
¿Qué hace que el viento de las cosas
lo rompa, lo arrastre, lo haga no ser más?

¿Por qué es tan sólo alado y breve instante,
incorpóreo,
como la luz de luna sobre el mar,
como el mirar pasar a la que amamos
y la emoción que acompaña a ese mirar,
instantes que al querer analizarlos
para su receta poder establecer,
se escapan,
como el humo se escapa entre los dedos,
como el viento arrastra la rima y el cantar?

¿No será tratar de analizarlo esfuerzo vano,
empresa fracasada al comenzar?
¿No es verdad que al mirar críticamente
las nubes que parecen, al pasar,
barcos, tigres, gigantes o montañas
se convierten en nubes nada más?

¿No será que la paz que a veces nos embriaga
es tan sólo un momento que poco durará
entre aquello que se va o que se ha ido
y aquello que vendrá?

¿No es mejor gozarlo mientras dure
sin mirarlo de frente, pues se va,
al igual que se van los barcos en la nubes,
si se los busca cuidadoso precisar?

**Sea lo que sea,
hoy me siento en paz.**

Y que Dios
que mora en los cielos
nos dé un buen viaje
y un ángel que nos
acompañe.

Tobías

¿Por qué tenemos en
nuestras manos este libro?

Porque no estamos del
todo contentos con
nuestras vidas.

Quisiéramos darles clara y
firme dirección,
gobernarlas con fortaleza
frente a los sobresaltos de
todos los días.

Quisiéramos iluminar ese
pozo negro y sin fondo
que es la incertidumbre
sobre el futuro.

Quisiéramos estar en paz.

